J. R. R. Tolkien

Roverandom



En 1925, Michael, uno de los hijos de J.R.R. Tolkien, perdió en la playa su querido perrito de juguete mientras estaban de vacaciones. Para consolarlo su padre inventó una historia sobre un perro real que un mago transforma en un perro de juguete. Rover, el perro, también conocido como Roverandom, es enviado a la luna por el "Mago de la arena", y cuando no encuentra lo que busca en el lado oscuro de la luna, lo manda al fondo del mar a que continúe buscando.

Este relato encantador, poblado por un terrible dragón y una vieja y sabia ballena, por el rey del mar y el Hombre de la Luna, era muy apreciado en la familia de Tolkien. En 1936 Tolkien lo presentó a sus editores ingleses para que fuera editado después de El Hobbit. Pero lo que querían los editores era una continuación del mismo, de modo que Tolkien dejó este libro a un lado y empezó a escribir su obra maestra: El Señor de los Anillos.

Muchas décadas más tarde, las aventuras de *Roverandom* son publicadas por primera vez. La edición ha estado a cargo de los estudiosos Cristina Scull y Wayne G. Hammond, autores de la aclamada obra sobre los dibujos y pinturas de Tolkien, J.R.R. Tolkien: artista e ilustrador. En su penetrante introducción, Scull y Hammond descubren las fuentes de Roverandom en las sagas nórdicas y en E. Nesbit, y lo comparan con otras obras de ficción del autor: *El Hobbit, Las cartas de Papá Noel* y *El Silmarillion*.

Lectulandia

J.R.R. Tolkien

Roverandom

ePUB v1.0
Horus01 27.10.11

Título original: *Roverandom*
Traducción de Ramón Ibero y Luis Doménech
Las ilustraciones de Tolkien para Roverandom son reproducidas con el permiso de la Bodleian Library, Oxford.

Este libro está dedicado a la memoria de
Michael Hilary Reuel Tolkien
1920-1984

Introducción

En el verano de 1925, J.R.R. Tolkien, su esposa Edith y sus hijos John (en torno a los ocho años), Michael (en torno a los cinco) y Christopher (menos de uno) estaban de vacaciones en Filey, pueblo de la costa de Yorkshire que aún hoy es muy popular entre los turistas. Fueron unas vacaciones inesperadas para celebrar el nombramiento de Tolkien como profesor de anglosajón en Rawlinson y Bosworth, Oxford, cargo que iba a ocupar el primero de octubre de aquel año, y tal vez respondían el deseo de ofrecerle un período de descanso previo, pues durante dos semestres continuaría enseñando también en la Universidad de Leeds, lo que significaba mantener dos empleos a la vez. Para las tres o cuatro semanas que permanecieron en Filey —como se explica más adelante, las fechas son dudosas—, los Tolkien alquilaron una casita eduardiana que posiblemente había pertenecido al administrador de correos local, construida en lo alto de un acantilado desde el que se divisaba la playa y el mar. Desde este punto, la vista hacia el este no quedaba cortada por ningún obstáculo, y el joven John Tolkien se emocionó cuando, en dos o tres bellos atardeceres, la luna llena emergió del mar e iluminó una «senda» plateada a través de las aguas.

Por entonces, Michael Tolkien estaba profundamente encariñado con un juguete; era un perro en miniatura hecho de plomo y pintado en blanco y negro. Comía con él y dormía con él, y lo llevaba a todas partes; incluso cuando le tenían que lavar las manos se resistía a desprenderse de él. Pero, durante las vacaciones en Filey, Michael fue a dar un paseo con su padre y su hermano mayor y, en la excitación de arrojar piedras al mar, puso su juguete en el suelo o, más concretamente, en la playa cubierta de guijarros blancos. Sobre este fondo, el diminuto perro blanco y negro se hizo virtualmente invisible, y se perdió. Michael quedó muy apenado cuando vio que no recuperaba su juguete, a pesar de que los dos chicos mayores y su padre lo estuvieron buscando aquel día y el siguiente.

Para un niño la pérdida de su juguete predilecto tiene una gran importancia, y no cabe duda de que Tolkien lo tuvo presente cuando decidió idear una «explicación» para el caso: una historia en la que un perro real, llamado Rover, es convertido en un juguete por un brujo, luego un niño muy parecido a Michael pierde en la playa el juguete que, tras conocer a un curioso «hechicero de la arena», vive aventuras en la luna y en el fondo del mar. Ésta es, en definitiva, toda la historia de *Roverandom*, tal como después fue plasmada sobre papel. Que no emergió completamente formada, sino que fue ideada y contada en varias partes, se puede deducir de su naturaleza episódica y de su extensión; y de hecho, esta posibilidad es corroborada por una entrada exasperantemente breve en el diario de Tolkien (escrita casi con toda seguridad en 1926, como parte de un resumen de acontecimientos de 1925) sobre la composición de *Roverandom* en Filey: «Se terminó el cuento de “Roverandom”,

escrito para divertir a John (y a mí mismo a medida que fue creciendo)». Por desgracia es imposible saber exactamente qué quiso decir Tolkien con «se terminó»; tal vez sencillamente que la historia completa (como era entonces) fue contada durante las vacaciones. Sin embargo, la observación entre paréntesis confirma que efectivamente el cuento fue creciendo a medida que su autor lo explicaba.

Resulta curioso que en esa entrada del diario sólo se mencione a John, cuando lo que está detrás de la historia de Rover es la desgracia de Michael. Es posible que Michael se sintiera satisfecho con el primer episodio, que explicaba la desaparición de su juguete, y se mostrara menos interesado que John en la continuación. El propio Tolkien tenía claramente un gran cariño por el cuento, que se hace más sofisticado a medida que avanza. Pero no está registrado en parte alguna, y nadie puede decir ahora con exactitud en qué forma fue concebido originalmente *Roverandom;* si todos sus ingeniosos recursos lingüísticos y sus alusiones a mitos y leyendas, por ejemplo, formaron parte del relato desde el principio o fueron añadidos cuando *Roverandom* estaba ya escrito.

Tolkien también escribió en su diario, después del mismo intervalo de algunos meses, que la familia fue a Filey (desde Leeds) el 6 de septiembre de 1925 y permaneció allí hasta el 27 de septiembre. Pero al menos la primera de estas fechas no puede ser correcta (y está registrada erróneamente en el diario como sábado, no como domingo). Toda vez que el recuerdo que John Tolkien tiene de la luna llena brillando sobre el mar está aún vivo, y que con toda seguridad la escena inspiró la marcha de Rover por la «senda de la luna» que se describe en las primeras páginas de *Roverandom,* los Tolkien debieron de estar en Filey durante el período de luna llena, que, en septiembre de 1925, empezó el jueves, día 1, en términos más precisos se los puede situar en Filey en la tarde del domingo, 4 de septiembre, cuando la costa del nordeste de Inglaterra fue azotada por una terrorífica borrasca. De nuevo el recuerdo de John Tolkien está aún vivo, y se ve refrendado por noticias de prensa. El mar subió horas antes de la prevista marea alta, rebasó el dique marítimo e invadió el paseo de Filey, destruyó diversas estructuras a lo largo de la costa y arrasó la playa, malogrando así cualquier esperanza de encontrar el juguete de Michael que pudiera quedar. Vientos fortísimos sacudieron con tanta fuerza la casita de los Tolkien que éstos permanecieron en vela hasta altas horas de la noche, temerosos de que el tejado se desprendiera. John Tolkien recuerda que su padre contó una historia a los dos niños mayores para que se calmaran, y que entonces fue cuando empezó a hablarles del perro Rover, que se convirtió en el juguete encantado «Roverandom». Sin ninguna duda, la borrasca inspiró el episodio de *Roverandom* en el que la vieja serpiente de mar empieza a despertar y al hacerlo provoca una gran perturbación en la meteorología. («Cuando, en sueños, deshizo una o dos anillas, las aguas se encresparon y se agitaron sacudiendo las casas de la gente y perturbando a los que

dormían en kilómetros y kilómetros a la redonda»).[1]

No hay pruebas de que *Roverandom* fue escrito mientras Tolkien estaba en Filey. Sin embargo, una de las cinco ilustraciones que hizo para el cuento, el paisaje lunar reproducido en este libro, está fechada en 1925, y es concebible que fuera dibujada en Filey durante aquel verano. Tres de las restantes ilustraciones para *Roverandom* datan específicamente de septiembre de 1927, momento en el que los Tolkien estaban de vacaciones en Lyme Regis, en la costa meridional de Inglaterra: *El Dragón Blanco persigue a Roverandom y al Perro de la Luna*, dedicada a John Tolkien; *Casa donde «Rover» empezó sus aventuras como «juguete»*, dedicada a Christopher Tolkien; y la espléndida acuarela *Jardines del palacio de Merking*. En cada una de ellas están escritos el mes y el año; otro dibujo, en el que aparece Rover llegando a la luna en la gaviota Mew, tiene la inscripción «1927-8». Todos estos dibujos también están reproducidos aquí.[2] La existencia de las ilustraciones de septiembre de 1927 sugiere que *Roverandom* fue recontado en Lyme Regis, tal vez porque los Tolkien estaban nuevamente de vacaciones junto al mar y recordaban los sucesos de Filey, acaecidos sólo dos años antes. La dedicatoria a Christopher Tolkien en *Casa donde «Rover» empezó sus aventuras como «juguete»* sugiere asimismo que Christopher tenía ahora una edad que le permitía apreciar *Roverandom* (evidentemente en septiembre de 1925 era sólo un bebé), y que posiblemente la historia fue recontada, al menos parcialmente, porque no pudo oírla la primera vez.

Este manifiesto nuevo interés por *Roverandom* en el verano de 1927 pudo ser lo que hizo que Tolkien pusiera finalmente la historia sobre papel, pues parece ser que efectivamente lo hizo aquel mismo año, probablemente durante las vacaciones de Navidad. Así pues, nos sentimos inclinados a pensar —y a falta de manuscritos fechados y de otras pruebas sólidas, sólo podemos formular conjeturas— sobre la base de dos puntos interesantes, aunque, justo es reconocerlo, poco firmes. Los dos afectan el final del capítulo 2 de *Roverandom*, donde se dice que el Gran Dragón Blanco, hostigado por Roverandom y su amigo el perro de la luna, los persigue en salvaje correría. El dragón es descrito constantemente como un camorrista: «A veces, cuando celebraba un banquete de dragones o tenía un berrinche, lanzaba llamas reales, rojas y verdes, desde su cueva; y eran frecuentes las nubes de humo. Se sabía que una o dos veces había dejado roja toda la luna, o la había hecho desaparecer por completo. En tan incómodas ocasiones, el Hombre de la Luna... bajaba a los sótanos, destapaba sus mejores hechizos y arreglaba las cosas tan rápidamente como podía». En el presente episodio, el Hombre de la Luna pone fin a la persecución de que son objeto los dos perros lanzando un hechizo al estómago del dragón en el último momento. Por este motivo, «el siguiente eclipse fue un fracaso, pues el dragón estaba muy ocupado lamiéndose la barriga», una referencia a la idea, formulada en el pasaje anterior, de que los eclipses eran causados por el humo del dragón.

Elementos de este capítulo de *Roverandom* —por ejemplo, un dragón pendenciero en la luna que formó parte de la historia en septiembre de 1927, como lo demuestra la ilustración fechada— también aparecen, en una forma llamativamente similar, en una porción inédita de la carta-historia que Tolkien escribió a sus hijos en diciembre de aquel año bajo el nombre de «Papá Noel». En ésta, una de las notables series de cartas de «Papá Noel» que Tolkien escribió entre 1920 y 1943, el Hombre de la Luna visita el Polo Norte y bebe más aguardiente de la cuenta mientras come pastel de ciruela y juega al «dragón»[3]. Luego se queda dormido y es empujado por el Oso del Polo Norte debajo del sofá, donde permanece hasta el día siguiente. Durante su ausencia, en la luna aparecen dragones que levantan tal humareda que provocan un eclipse. El Hombre de la Luna se ve obligado a volver a toda prisa y preparar un hechizo terrorífico pura restablecer el orden.[4]

Las similitudes entre esta ficción y el episodio del Gran Dragón Blanco de Roverandom son demasiado grandes para que puedan ser fortuitas; y a partir de ellas es posible suponer razonablemente que Tolkien pensaba en Roverandom cuando, en diciembre de 1927, escribió la carta de «Papá Noel», es imponible decir si Tolkien introdujo por primera vez en la carta la noción de los dragones de la luna que provocan eclipses, o recurrió para ello a una concepción ya existente en *Roverandom.* Pero, en cualquier caso, las dos obras tienen que estar relacionadas entre sí.

Las vacaciones de Navidad ofrecieron a Tolkien tiempo libre, al margen de sus responsabilidades académicas, durante el cual pudo escribir *Roverandom, y* aunque no está fijado definitivamente que lo hizo en diciembre de 1927, otro indicio apunta a esa fecha, al menos como *terminus a quo* para el primer texto existente (no fechado): la referencia en *Roverandom* a un eclipse fallido. En el primer texto, la frase «el siguiente eclipse fue un fracaso» (como se cita más arriba) es seguida de la observación «así dijeron los astrónomos [>fotógrafos]». Y ésa fue sin duda la opinión generalizada, recogida en el *Times* de Londres, sobre el eclipse total de luna que tuvo lugar el 8 de diciembre de 1927, aunque en Inglaterra la gente no pudo verlo a causa de las nubes. En este punto, la carta de «Papá Noel» de 1927 es nuevamente útil, pues sitúa el eclipse que ocurrió durante la ausencia del Hombre de la Luna precisamente en el 8 de diciembre y con ello confirma el conocimiento del hecho real por parte de Tolkien.

El texto más temprano de *Roverandom* es una de las cuatro versiones aparecidas entre los papeles de Tolkien que se guardan en la Bodleian Library, Oxford. Desgraciadamente se ha perdido una quinta parte de él, equivalente al presente capítulo 1 y la primera mitad del capítulo 2. El resto subsiste en veintidós páginas, escritas deprisa en una grafía a veces difícil, en hojas de diferentes tipos (posiblemente arrancadas de cuadernos de ejercicios escolares), y con numerosas enmiendas. A este texto le siguieron tres versiones mecanografiadas, también sin

fecha, en el curso de las cuales Tolkien fue alargando progresivamente la historia e introdujo numerosas mejoras de expresión y detalle, pero no cambios mayores en la línea argumental. El primer texto mecanografiado, en treinta y nueve páginas profusamente corregidas, se basaba esencialmente en el manuscrito y después ha sido de gran utilidad en la tarea de descifrar las partes menos legibles de la primera versión. Pero el texto mecanografiado difiere notablemente de su predecesor en torno a las páginas finales, donde se amplió considerablemente el pasaje en el que se explica que Rover recuperó su forma y su tamaño originales (antes casi un anticlímax, ahora un momento dramático y a la vez humorístico). El nuevo texto llevaba inicialmente como título *Las aventuras de Rover,* pero Tolkien lo cambió a pluma por el de *Roverandom,* que fue el que a la postre prefirió.

El segundo de los tres textos mecanografiados se interrumpe, al parecer por decisión deliberada del autor, después de nueve páginas; en la última sólo hay unas cuantas líneas escritas. Este texto abarca desde el principio de la historia hasta el momento en el que la luna «empezó a tender una brillante senda sobre el agua» (véase más adelante, capítulo 2). Además, un fragmento está mecanografiado en lo que ahora es el reverso de una hoja, que fue rechazada inmediatamente por Tolkien, mientras que, al reanudar el texto, éste fue revisado de nuevo y continuado en el anverso. Hasta donde llega, el segundo texto mecanografiado incorpora enmiendas marcadas en el primero e incluye algunas otras mejoras. Pero tal vez es más importante observar la pulcra presentación de esta versión, comparada con el primer texto mecanografiado. Ahora Tolkien se preocupaba de cuestiones de presentación, tales como paginar las hojas a máquina, en vez de hacerlo posteriormente a mano, y utilizaba el punto y aparte en los diálogos para diferenciar a los interlocutores, mientras que antes (en lo que es claramente un documento de trabajo) a veces aparece todo seguido. Asimismo, el nuevo texto mecanografiado sólo contiene un puñado de correcciones a mano, todas ellas ejecutadas cuidadosamente, y en su mayor parte son sólo errores tipográficos.

Esta presentación mejorada nos lleva a sospechar que Tolkien preparó un segundo texto mecanografiado para mostrarlo a su editor, George Allen & Unwin, hacia finales de 1936. En esa época, *El Hobbit* había sido aceptado con entusiasmo, y aunque sólo estaba en producción y aún no había constituido un éxito, sobre su sólida base Tolkien fue invitado a presentar otras historias infantiles para su posible publicación. Él contestó enviando a Allen & Unwin un libro de ilustraciones, *El señor Bliss;* una historia ambientada en la Edad Media con tintes jocosos, *Egidio, el granjero de Ham,* y *Roverandom.* Si, como creemos, el fragmentario segundo texto mecanografiado respondió a esta finalidad, es posible que Tolkien lo abandonara porque aún no respondía plenamente a su gusto, o porque, como los borradores precedentes, estaba escrito en hojas arrancadas claramente de cuadernos de ejercicios,

con un canto ligeramente rasgado, y el autor quería que su obra tuviera una apariencia más profesional.

Ciertamente, el tercero y último texto completo de *Roverandom* está mecanografiado pulcramente (aunque no sin enmiendas) en sesenta hojas de papel comercial (no absolutamente uniforme); y aquí fue donde se introdujo la distribución en capítulos, junto con otros cambios, pequeños pero numerosos, de diálogo, descripción y puntuación, así como división de los párrafos. Éste es casi con toda certeza el texto que Tolkien presentó a Allen & Unwin y que el presidente de la editorial, Stanley Unwin, entregó a su hijo Rayner para que lo examinara.

En un informe fechado el 7 de enero de 1937, Rayner Unwin declaró que la historia estaba «bien escrita y [era] divertida»; pero, a pesar de esta valoración positiva, no fue aceptada para su publicación.[5] *Roverandom* era al parecer uno de los «cuentos de hadas cortos, en varios estilos» que (se pensaba) Tolkien tenía prácticamente a punto para su publicación en octubre de 1937, como Stanley Unwin escribió en una nota; pero entonces *El Hobbit* tuvo tanto éxito que Allen & Unwin quiso una continuación, con más cosas sobre los hobbits y todo lo demás, pero parece ser que ni el autor ni el editor volvieron a pensar en *Roverandom.* Ahora la atención de Tolkien se centraba esencialmente en el «nuevo Hobbit», el libro que iba a convertirse en su obra maestra: *El Señor de los Anillos.*

No es exagerado decir que tal vez *El Señor de los Anillos* no habría llegado a escribirse si no hubiera sido por historias como *Roverandom,* pues su popularidad entre los hijos de Tolkien, y el cariño que Tolkien sentía por ellas, condujo finalmente a una obra más ambiciosa —*El Hobbit*— y a lo que puede considerarse su remate final. En su inmensa mayoría, estas historias fueron efímeras. Tolkien adoptó gustoso su papel de narrador de historias a sus hijos, al menos a partir de 1920, cuando escribió la primera de las cartas de «Papá Noel». También había historias del malvado Bill Stickers con su adversario Major Road Ahead, de Timothy Titus, hombre pequeñísimo, y del ostentoso Tom Bombadil, que se basaba en una muñeca holandesa que perteneció a Michael Tolkien[6]. Ninguna de éstas llegó muy lejos, aunque Tom Bombadil encontró después un sitio en los poemas y en *El Señor de los Anillos.* Un cuento sumamente extraño y de mayor extensión, *El Orgog,* fue escrito en 1924 y se conserva en un texto mecanografiado; pero no está ni acabado ni elaborado.

Por el contrario, *Roverandom* está completo y bien armado; y además se distingue de las obras de ficción para niños de este período por el ilimitado deleite con que su autor se entrega en él a los juegos de palabras. Contiene gran número de semihomónimos *(Persia y Pershore)* y de onomatopeyas y aliteraciones, de listas descriptivas que producen hilaridad por su extensión (tales como «parafernalia, insignias, símbolos, apuntes, libros de recetas, secretos, aparatos, bolsas y botellas

con hechizos de diversa naturaleza» en el taller de Artajerjes), así como giros decididamente inesperados «[El Hombre de la Luna] desapareció inmediatamente en el aire tenue; y todo aquel que ha estado allí te dirá lo sumamente tenue que es el aire en la luna». Contiene asimismo palabras y expresiones «infantiles» de especial interés, pues rara vez aparecen en los textos publicados de Tolkien, ya que fueron omitidas *ab initio* en los manuscritos o eliminadas durante su revisión. En este caso proceden a buen seguro de la historia, pues ésta fue contada originalmente de viva voz por Tolkien a sus hijos.

El hecho de que Tolkien también incluya en *Roverandom* palabras como *parafernalia* y *fosforescente, primordial* y *galimatías* resulta refrescante en estos tiempos, cuando tales palabras se consideran «demasiado difíciles» para los niños, idea que con toda seguridad Tolkien no habría compartido. «Un buen vocabulario —escribió en abril de 1959— no se adquiere leyendo libros escritos de acuerdo con el criterio que alguien tenga del vocabulario de determinado grupo de edad. Se adquiere leyendo libros que estén por encima de ese nivel» *(Cartas de J.R.R. Tolkien,* pág. 349).

Roverandom es también notable por la variedad de materiales biográficos y literarios que intervinieron en su elaboración. Evidentemente, el primero de ellos fue la propia familia de Tolkien, y él mismo: en *Roverandom* se ven los padres y los hijos de Tolkien, o se alude a ellos (en el caso de Christopher, que es un bebé), mientras que la casita y la playa de Filey aparecen en tres capítulos. Tolkien expresa varias veces sus ideas acerca de los desechos y la contaminación, y narra hechos de las vacaciones de 1925: la luna que brilla sobre el mar, la gran borrasca y por encima de todo la pérdida del perro de juguete perteneciente a Michael. A esto se suma una gran cantidad de referencias a mitos y cuentos de hadas, a las sagas noruegas y a la literatura infantil tradicional y contemporánea: al Dragón Blanco y al Dragón Rojo de la leyenda británica, a Arturo y Merlín, a los míticos moradores del mar (sirenas, Niord y el Viejo del Mar, entre otros muchos) y a la serpiente Midgard, así como préstamos o, al menos, ecos de los libros para niños de E. Nesbit, de *A través del espejo y Silvia y Bruno* de Lewis Carroll e incluso de Gilbert y Sullivan. Es una gama amplia, pero los diversos materiales están bien combinados, con poca incongruencia y mucho regocijo, para aquellos que captan las alusiones.

En las breves notas consignadas después del texto identificamos y comentamos muchas de las fuentes de Tolkien (seguras o probables) para *Roverandom,* como también palabras oscuras, algunos temas que eran específicos de Gran Bretaña y que pueden resultar poco comprensibles para los lectores de otros países, y detalles de especial interés. Pero aquí, en esta introducción general, parece bueno abordar con cierto detenimiento unos cuantos puntos.

En su conferencia de 1939 *Sobre los cuentos de hadas* en la Universidad de St.

Andrews, Tolkien criticó la «minuciosidad de flor y mariposa» que aparecen en muchas descripciones en historias mágicas y citó en concreto *Nymphidia,* de Michael Drayton, donde el caballero Pigwiggen cabalga en una «vivaracha tijereta» *y* tiene «una cita en una prímula». Pero en la época de *Roverandom* Tolkien aún no había eludido ideas fantásticas como gnomos lunares que montan conejos y hacen *pancakes con* copos de nieve y hadas marinas que conducen carruajes de caracolas tirados por peces diminutos. Hacía sólo diez años que había publicado una pieza de juventud, ahora famosa, el poema «Pies de Trasgo» (1915) en el que el autor oye «diminutos cuernos de duendes encantados» y habla de «pequeñas túnicas» y «pies menudos y alegres»; y como Tolkien confesó una vez, en las décadas de 1920 y 1930 «estaba todavía bajo la influencia de la convención de que los "cuentos de hadas" estaban naturalmente dirigidos a los niños» *(Cartas,* pág. 347, borrador de abril de 1959). En consecuencia, a veces adoptó la imaginería y los modos de expresión propios del «cuento de hadas»: los elfos juguetones de Rivendel en *El Hobbit,* por ejemplo, y tanto en esta obra como (y acaso más) en *Roverandom,* una solemne voz de autor (o de padre) en funciones de narrador. Posteriormente, Tolkien lamentó haber «subestimado» de algún modo a sus hijos, y expresó el deseo de que concretamente «Pies de Trasgo» fuera enterrado y olvidado. Mientras tanto, las hadas (más tarde elfos) de la mitología de su imaginado «Silmarillion» conservaban toda su dignidad y nobleza, con pocas huellas de «Pigwiggen».

Roverandom fue arrastrado, de manera casi inevitable, hacia la mitología (o el *legendarium)* de Tolkien, que por entonces ya había desarrollado durante una década o más y seguía siendo una preocupación para él. Entre estas obras se pueden establecer varias comparaciones. El jardín del lado oscuro de la luna en *Roverandom,* por ejemplo, recuerda de cerca la Cabaña del Juego Perdido de *El libro de los Cuentos Perdidos* (I, pág. 29), primer tratamiento en prosa del *legendarium.* En este último, los niños «bailaban y jugaban..., recogiendo flores y persiguiendo las abejas doradas y las mariposas de alas de encaje», mientras que en el jardín de la luna «danzaban adormecidos, andaban como en sueños y hablaban consigo mismos. Algunos estaban aturdidos como si acabaran de despertar de un profundo sueño; otros corrían y reían, ya completamente despiertos: cavaban, recogían flores, levantaban tiendas y casas, cazaban mariposas, jugaban a la pelota, trepaban a los árboles; y todos cantaban» (pág. 46).

El Hombre de la Luna no dirá cómo llegan los niños a su jardín, pero en cierto momento Roverandom mira a la tierra y le parece ver, «largas hileras, débiles y más bien delgadas, de pequeños seres que bajaban a toda prisa» por la senda de la luna; y cuando los niños llegan al jardín, aún despiertos, parece que Tolkien tenía en su mente la visión del *Olórë Mallë* o Senda de los Sueños que conduce a la Cabaña de los Hijos de la Tierra: «puentes esbeltos que descansaban en el aire y resplandecían

como si fueran neblinas de seda iluminadas por una tenue luna», una senda que ojos de hombre no han contemplado, «salvo en los dulces sueños del corazón en tiempos de juventud» *(Libro de los Cuentos Perdidos I,* pág. 260).

Sin embargo, la más intrigante conexión entre *Roverandom y* la mitología aparece cuando Uin, la «ballena más vieja», muestra a Roverandom «la gran Bahía del País Hermoso (como lo llamamos), más allá de las Islas Mágicas», y en «el último Occidente las Montañas del Hogar de los Elfos y la luz de Faéry sobre las olas», y «la ciudad de los Elfos en la colina verde debajo de las Montañas. Ésa es precisamente la geografía del Oeste del mundo en el «Silmarillion», tal como era la obra en las décadas de 1920 y 1930. Las «Montañas del Hogar de los Elfos» son las Montañas de Valinor en Aman y la «ciudad de los Elfos» es Tún, para usar el nombre dado a la vez en la mitología y en el primer texto (sólo) de *Roverandom.* Uin procede también de *El Libro de los Cuentos Perdidos I* (pág. 147), y aunque aquí no es exactamente «la más poderosa y vieja de las ballenas» aún es capaz de transportar a Roverandom hasta donde alcanza la vista de las tierras occidentales, que en este momento del desarrollo del *legendarium* permanecían ocultas a los ojos de los mortales detrás de la oscuridad y las peligrosas aguas.

Uin dice que «lo capturaría» si se descubriera (presumiblemente por parte de los Valar, o dioses, que viven en Valinor) que él había mostrado Aman a alguien (¡aunque fuera un perro!) de las «Tierras Exteriores», quiere decirse, de la Tierra Media, el mundo de los mortales. En *Roverandom* se da a entender en cierto modo que ese mundo es el nuestro, con muchos sitios reales mencionados por su nombre. El mismo Roverandom «era después de todo un perro inglés». Pero, por otra parte, se ve claramente que no es nuestra tierra: por un motivo, tiene bordes sobre los cuales las cascadas se precipitan «directamente en el espacio». Esa tampoco es exactamente la tierra descrita en el *legendarium,* aunque también es plana; pero la luna de *Roverandom,* exactamente igual que la de *El libro de los Cuentos Perdidos,* se desliza debajo del mundo cuando no está arriba, en el cielo.

Como en los veinticinco años transcurridos desde la muerte de Tolkien se han publicado más obras suyas, se ha puesto de manifiesto que casi todos sus escritos están relacionados entre sí, aunque sólo sea en pequeña medida, y que cada uno de ellos arroja una bienvenida luz sobre los otros. *Roverandom* ilustra una vez más cómo el *legendarium* que fue la obra-vida de Tolkien influyó en su manera de narrar historias y anticipa la aparición de escritos en los que *Roverandom* pudo influir, especialmente *El Hobbit,* cuya redacción (posiblemente iniciada en 1927) fue contemporánea de la redacción y revisión de *Roverandom.* Ciertamente pocos lectores de *El Hobbit* dejarán de apreciar, junto con otros detalles, similitudes entre el terrorífico vuelo de Rover con Mew hasta su casa en el acantilado y el de Bilbo hasta la morada de las águilas, y entre las arañas que Roverandom encuentra en la luna y

las del Bosque Negro; que el Gran Dragón Blanco y Smaug, el dragón de Erebor, tienen un vientre blando; y que los tres toscos magos de *Roverandom* —Artajerjes, Psámatos y el Hombre de la Luna—, son, cada uno a su manera, precursores de Gandalf.

Antes de pasar a ofrecer el texto, sólo nos falta decir unas palabras adicionales sobre las ilustraciones que lo acompañan. En *J.R.R. Tolkien: artist and illustrator* (1955) ya las comentamos extensamente; pero aquí, donde finalmente están impresas junto con el texto completo de la historia, se pueden apreciar mejor sus virtudes y sus deficiencias. No fueron concebidas como ilustraciones para un libro y, por su tema, no están distribuidas de manera uniforme a lo largo de la historia, sino que su ubicación responde de hecho a exigencias de producción. Estilo y medio técnico también difieren: dos son dibujos a pluma y tinta, dos son acuarelas, y una es esencialmente un dibujo hecho con lápiz coloreado. Cuatro están plenamente desarrolladas, de manera especial las acuarelas, mientras que la quinta, la imagen de Rover llegando a la luna, es una obra mucho menor, con Rover, Mew y el Hombre de la Luna incómodamente pequeños.

Es posible que en este dibujo Tolkien estuviera más interesado en la torre y en el árido paisaje, donde, sin embargo, no hay ningún indicio que apunte a los bosques lunares descritos en *Roverandom.* El anterior *Paisaje lunar* es más fiel al texto: incluye árboles con hojas azules y «amplios espacios abiertos de color verde y azul pálido, donde las altas y picudas montañas proyectaban sus largas sombras hasta muy lejos, sobre el suelo». Presumiblemente describe el momento en el que Roverandom y el Hombre de la Luna, de regreso de la visita al lado oscuro, ven «cómo el mundo se elevaba, una luna de color verde pálido y dorado, enorme y redonda, sobre los hombros de las Montañas Lunares». Pero aquí el mundo no es plano: sólo se ven las Américas y, en consecuencia, Inglaterra y los otros puntos terrestres mencionados en el cuento tienen que estar en el otro lado de un globo. El título *Paisaje lunar aparece* escrito en la obra en una forma temprana del *tengwar*, escritura élfica ideada por Tolkien.

El Dragón Blanco persigue a Roverandom y al Perro de la Luna también es fiel al texto, y tiene varios puntos de interés además del dragón y los dos perros alados. Encima del título aparece una de las arañas de la luna y, probablemente, una alevilla; y en el cielo la tierra es mostrada de nuevo como un globo. Cuando se puso a ilustrar *El Hobbit*, Tolkien utilizó el mismo dragón en su mapa *Tierras Ásperas, y* la misma araña en su dibujo del Bosque Negro.

La espléndida acuarela *Jardines del palacio de Merking* revela la estructura de «piedra blanca y rosada» como si fuera la decoración de un acuario, tal vez con un atisbo del Pabellón Real de Brighton. Tolkien decidió mostrar el palacio y sus jardines en toda su belleza, en vez de hacer que Roverandom recorriera el espantoso

sendero; probablemente lo que pretendió con ello fue que viéramos con sus ojos. La ballena Uin está en el ángulo superior izquierdo, igual que el leviatán en una de las ilustraciones de Rudyard Kipling para «Cómo la ballena alcanzó su garganta» en su *Precisamente así* (1902). «Merking», como en el título, sólo aparecía en los primeros textos, alternando con «merking» (la única forma en el manuscrito final).

Casa donde «Rover» empezó sus aventuras como «juguete», una acuarela igualmente muy lograda, es, sin embargo, un enigma. Su título sugeriría que representa la casa donde Rover encontró por primera vez a Artajerjes, aunque en el texto no hay indicación alguna de que estaba en una granja o cerca de ella. Asimismo, el retazo de mar al fondo y la gaviota que vuela en lo alto contradicen la afirmación, contenida en el texto, de que Rover «nunca había visto u olido el mar» antes de que fuera llevado a la playa por el pequeño Dos, «y la aldea donde había nacido estaba a kilómetros y kilómetros del ruido y el olor del mar». Tampoco puede ser la casa del padre del niño, que es descrita como blanca y situada en un acantilado con jardines que descienden hasta el mar. Casi nos sentimos tentados a preguntar si originalmente esta acuarela no estaría relacionada con la historia y le fueron añadidos detalles, como el de la gaviota, en el momento de pintarla para darle relevancia. El perro blanco y negro abajo, a la izquierda, es posible que represente a Rover, y el animal negro situado delante de él —como Rover, parcialmente tapado por un cerdo— puede ser el gato Tinker; pero nada de todo esto es seguro.

El texto que ofrecemos a continuación se basa en la última versión de *Roverandom.* Tolkien nunca revisó todo el texto para su publicación, y no cabe duda de que si hubiera sido aceptado por Allen & Unwin como continuación de *The Hobbit,* habría hecho numerosas enmiendas y correcciones en él, a fin de adaptarlo mejor a una audiencia no limitada a su familia. Pero no fue así, y el cuento contiene diversos errores e incoherencias. Cuando escribía deprisa, Tolkien tenía tendencia a ser poco coherente en la utilización de la puntuación y las mayúsculas. Nosotros hemos seguido su práctica (generalmente minimalista) allí donde sus intenciones son claras, pero hemos ordenado la puntuación y las mayúsculas donde nos ha parecido necesario, y hemos corregido unos pocos errores, evidentemente tipográficos. Con el consentimiento de Christopher Tolkien también hemos enmendado un reducidísimo número de frases enrevesadas (conservando otras); pero el texto está, casi en su totalidad, tal como lo dejó el autor.

Por su consejo y orientación en la realización de este libro estamos especialmente agradecidos a Christopher Tolkien, a quien también damos las gracias por proporcionarnos la declaración que aparece en el diario de Tolkien citada en la página viii; y a John Tolkien, que compartió con nosotros sus recuerdos de Filey en 1925. También queremos agradecer la ayuda y las palabras de aliento de Priscilla y Joanna Tolkien; Douglas Anderson; David Doughan; Charles Elston; Michael Everson;

Verlyn Flieger, Charles Fuqua; Christopher Gilson; Cari Hostetter; Alexei Kondratiev; John Rateliff; Arden Smith; Rayner Unwin; Patrick Wynne; David Brawn y Ali Bailey de HarperCollins; Judith Priestman y Colin Harris de la Bodleian Library, Oxford; y el personal de la Williams College Library, Williamstown, Massachusetts.

Christina Scull Wayne G. Hammond

1

UNA VEZ HABÍA UN PERRITO LLAMADO ROVER.[7] Era muy pequeño y muy joven, pues de lo contrario se habría portado mejor; y era muy feliz jugando al sol en el jardín con una pelota amarilla, si no hubiera hecho nunca lo que hizo.

No todos los hombres viejos con los pantalones rotos son malos: unos son hombres de huesos y botellas[8] y tienen sus perritos; y otros son jardineros; y algunos, muy pocos, son brujos que vagabundean como si estuvieran de fiesta, buscando algo que hacer. El que ahora entra en la historia era un brujo. Llegó a pie por el sendero del jardín, vestido con una vieja andrajosa chaqueta, con una vieja pipa en la boca y un viejo sombrero verde en la cabeza. Si Rover no hubiera estado tan ocupado ladrando a la pelota, tal vez habría visto la pluma azul clavada en la parte de atrás del sombrero verde[9] y entonces habría sospechado que el hombre era un brujo, como habría hecho cualquier perrito sensible; pero él nunca vio la pluma.

Cuando el hombre se agachó y recogió la pelota —por un momento pensó convertirla en una naranja, incluso en un hueso o en un trozo de carne para Rover—, Rover gruñó y dijo:

—¡Déjala! —Sin ni siquiera un «por favor».

Por supuesto, el brujo, por ser brujo, lo entendió perfectamente, y contestó a su vez:

—¡Calla, tonto! —Sin ni siquiera un «por favor».

Luego se metió la pelota en el bolsillo, sólo para fastidiar al perro, y se volvió. Lamento decir que inmediatamente Rover le mordió los pantalones, y le arrancó un buen trozo. Tal vez también le arrancó un trozo al brujo. En cualquier caso, el hombre se puso súbitamente furioso y dijo:

—¡Idiota! ¡Anda y conviértete en un juguete!

Y al momento empezaron a ocurrir las cosas más extrañas. Para empezar, Rover era sólo un perro pequeño, pero de repente se sintió mucho más pequeño. La hierba pareció hacerse monstruosamente alta y se agitó muy por encima de su cabeza; y un largo trecho a través de la hierba, como el sol que se eleva sobre los árboles de un bosque, pudo ver la enorme pelota amarilla, donde el brujo había vuelto a dejarla. Oyó el clic de la cancela cuando el hombre salió, pero no pudo verlo. Intentó ladrar, pero sólo le salió un pequeño sonido, demasiado pequeño para que pudiera oírlo la gente común; y supongo que ni siquiera un perro lo habría percibido.

Tan pequeño se había hecho el perro que, si entonces hubiera llegado un gato, estoy seguro, habría pensado que Rover era un ratón y se lo habría zampado. Tinker lo habría hecho. Tinker era el gato negro y grande que vivía en la misma casa.

Nada más pensar en Tinker, Rover empezó a sentir un miedo espantoso en todo el cuerpo; pero los gatos se esfumaron pronto de su mente. De repente desapareció el

jardín alrededor de él y Rover se sintió transportado no sabía a dónde. Cuando volvió la calma, comprobó que estaba en la oscuridad, encima de un montón de cosas duras; y allí estaba él, en una caja que le parecía sofocante, muy incómoda a la larga. No tenía nada para comer o beber; pero, peor aún, comprobó que no podía moverse. Al principio pensó que era porque estaba muy apretado, pero luego descubrió que, durante el día, podía moverse muy poco, y con mucho esfuerzo, y además únicamente cuando nadie miraba. Sólo después de medianoche podía andar[10] y menear el rabo, y, aun así, un poco tieso. Se había convertido en un juguete. Y como no había dicho «por favor» al brujo, ahora tenía que estar todo el día quieto y suplicar. Ése era su castigo.

Después de lo que le pareció un tiempo muy largo y oscuro, Rover intentó una vez más ladrar con suficiente fuerza para que la gente le oyera. Luego trató de morder las otras cosas que estaban con él en la caja, estúpidos, pequeños animales de juguete, hechos sólo de madera o plomo, no perros auténticos encantados como Rover. Pero su situación no era nada buena: no podía ladrar ni morder.

De repente, alguien llegó y quitó la tapa de la caja y dejó que entrara la luz.

—Habría sido mejor poner esta mañana algunos de estos animales en el escaparate, Harry —dijo una voz, y una mano se introdujo en la caja—. ¿De dónde vino éste? —dijo la voz cuando la mano asió a Rover—. No recuerdo haberlo visto antes. En la caja de tres peniques no hay nada que merezca la pena, seguro. ¿Has visto alguna vez algo que parezca tan real? ¡Mírale el pelo y los ojos!

—¡Márcalo a seis peniques[11] —dijo Harry—, y ponlo en la parte de delante del escaparate!

El pobre pequeño Rover tuvo que permanecer toda la mañana allí, en la parte delantera del escaparate, bajo el fuerte sol, y la tarde entera, hasta cerca de la hora del té[12]; y todo el tiempo tuvo que estar quieto y hacer ver que suplicaba, aunque en su interior estaba realmente muy enfadado.

—Tan pronto como alguien me compre me escaparé —dijo Rover a los otros juguetes—. Yo soy de verdad. ¡Yo no soy un juguete, y no quiero ser un juguete! Quiero que venga alguien y me compre enseguida. Odio esta tienda, y no puedo moverme metido como estoy entre las cosas de este escaparate.

—¿Para qué quieres moverte? —dijeron los otros juguetes—. Nosotros no queremos. Es más cómodo estarse quieto, sin pensar en nada. Cuanto más reposes, tanto más vivirás. Así, pues, ¡cierra la boca! Mientras hablas no podemos dormir y a algunos de nosotros nos esperan tiempos duros en familias con niños salvajes.

Los otros juguetes ya no dijeron nada más, con lo que el pobre Rover no tenía absolutamente a nadie con quien hablar, y se sintió muy desgraciado y lamentó mucho haber mordido al brujo en los pantalones.

No puedo decir si fue o no fue el brujo quien envió a la madre a sacar de la tienda

al perrito. En cualquier caso, justamente cuando Rover se sentía más desgraciado, ella entró en la tienda con la cesta de la compra. Había visto a Rover en el escaparate, y pensó que sería un perrito muy lindo para su hijito. Tenía tres hijos[13], y a uno le gustaban de manera especial los perros pequeños, sobre todo los blancos y negros. Así pues, compró a Rover, y éste fue envuelto en papel[14] y puesto en la cesta entre las cosas que había ido comprando para el té.

Pronto Rover consiguió sacar la cabeza del papel. Olía a bizcocho. Pero comprobó que no podía salir; y desde allí abajo, entre las bolsas de papel, lanzó un gruñido de juguete pequeño. Sólo los camarones lo oyeron, y le preguntaron qué ocurría. Él lo explicó todo, y esperaba que le compadecieran, pero sólo dijeron:

—¿Cómo puede gustarte que te hiervan? ¿Te han hervido alguna vez?

—¡No! Nunca me han hervido, que yo recuerde —dijo Rover—, aunque a veces me han bañado, y no es precisamente agradable. Pero espero que hervir no sea ni de lejos tan malo como estar embrujado.

—Entonces con toda seguridad que nunca te han hervido — contestaron—. No sabes nada de eso. Es con mucho lo peor que le puede ocurrir a cualquiera; nosotros sólo de pensarlo nos ponemos rojos de ira.

Como a Rover no le gustaban los camarones dijo:

—No importa, a vosotros os comerán pronto, y yo me quedaré tan tranquilo, mirando.

Después de esto, los camarones ya no tuvieron nada más que decirle y dejaron que se echara y se preguntara qué clase de gente lo había comprado.

Pronto lo averiguó. Le llevaron a una casa y dejaron la cesta encima de una mesa, y sacaron de ella todos los paquetes. A los camarones los llevaron a la despensa, pero Rover fue entregado inmediatamente al niño para el que lo habían comprado, y el niño lo llevó a su habitación y se puso a hablarle.

A Rover le habría gustado el niño, si no hubiera estado demasiado enfadado para escuchar lo que le decía. El niño le ladraba en el mejor lenguaje canino[15] que podía imitar (y lo hacía bastante bien), pero Rover ni siquiera intentaba contestar. Se pasaba todo el tiempo pensando que había dicho que se escaparía de la primera persona que lo comprara, y ahora se preguntaba cómo iba a hacerlo; y durante todo el tiempo tenía que estar quieto y hacer como si suplicase, mientras el niño le daba golpecitos y lo empujaba de acá para allá, sobre la mesa y en el suelo.

Finalmente llegó la noche, y el niño se fue a la cama; y a Rover lo puso en una silla junto a la cabecera[16], todavía suplicando hasta que oscureció. La persiana estaba bajada; pero fuera la luna emergió del mar[17] y tendió sobre las aguas la senda de plata por la que se llega a los lugares del borde del mundo y más allá, para aquellos que pueden caminar por ella. El padre y la madre y los tres niños pequeños vivían cerca del mar en una casa blanca que miraba por encima de las olas a ninguna parte.

Cuando los niños estaban dormidos, Rover estiró las patas fatigadas, tiesas, y emitió un pequeño ladrido que nadie oyó, excepto una vieja y perversa araña en lo alto de un rincón. Luego saltó de la silla a la cama y de la cama a la alfombra, y en seguida salió corriendo de la habitación, bajó las escaleras y recorrió toda la casa.

Aunque le agradaba mucho poder moverse de nuevo, y había sido de noche tan real y apropiadamente vivo, que podía saltar y correr mucho mejor que la mayoría de los juguetes, comprobó que le resultaba muy difícil y peligroso ir de un lado a otro. Ahora era tan pequeño que bajar escaleras era casi como saltar paredes; y subir escaleras era por cierto muy fatigoso y complicado. Y no servía para nada. Naturalmente encontró todas las puertas cerradas con llave; y no había ni una rendija ni un agujero por el que poder escabullirse. Así que aquella noche el pobre Rover no pudo escapar corriendo, y la mañana encontró un perrito muy cansado; estaba sentado en la silla donde lo habían dejado y hacía ver que suplicaba.

Los dos niños mayores acostumbraban a levantarse, cuando hacía buen tiempo, y correr por el arenal antes del desayuno. Aquella mañana, cuando se despertaron y levantaron la persiana, vieron que el sol salía del mar, todo él rojo encendido, con nubes en torno a su cabeza, como si hubiera tomado un baño frío y tratara de secarse con varias toallas. Pronto estuvieron en pie y vestidos; y una vez fuera, bajaron por el acantilado y se encaminaron a la costa para dar un paseo, y Rover con ellos.

En el mismo momento en que el niño Dos[18] (a quien pertenecía Rover) saltó de la cama, vio a Rover en la cómoda donde lo había puesto mientras se vestía.

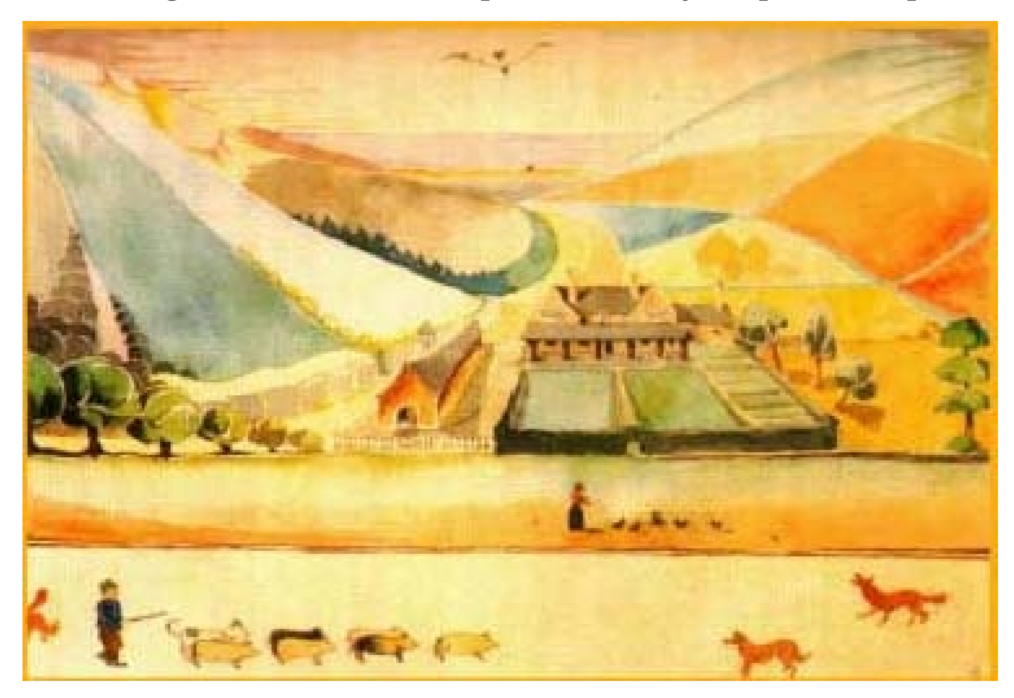
—¡Está suplicando que lo saque! —dijo el niño, y se lo metió en el bolsillo del pantalón.

Pero Rover no suplicaba que lo sacaran, y mucho menos en un bolsillo de pantalón. Quería descansar y prepararse nuevamente para la noche, pues pensaba que esta vez podría encontrar una salida y escapar, y caminar más y más, hasta llegar de regreso a su casa y a su jardín y a su pelota amarilla en el césped. Tenía la vaga idea de que si conseguía volver hasta el césped, todo se arreglaría: se rompería el encantamiento, o despertaría y descubriría que todo había sido un sueño. Así, cuando los niños bajaban por el sendero del acantilado y galopaban por el arenal, Rover intentó ladrar y luchar y revolverse en el bolsillo. Lo intentó, pero apenas pudo moverse, a pesar de que estaba escondido y nadie podía verlo. Aun así, hizo lo que pudo, y la suerte lo ayudó. En el bolsillo había un pañuelo muy arrugado y revuelto, de modo que Rover no estaba completamente abajo, y con sus esfuerzos y el galopar de su amo no tardó en sacar la nariz y husmear un poco alrededor.

Esta vez también quedó muy sorprendido ante lo que vio y olió. Hasta entonces nunca había visto ni olido nada semejante. La aldea donde había nacido estaba a kilómetros y kilómetros del ruido y el olor del mar.

De repente, cuando estaba asomándose, un pájaro enorme, todo él blanco y gris,

pasó rozando las cabezas de los niños y haciendo un ruido como de un gran gato con alas. Rover se asustó tanto que cayó del bolsillo a la arena blanda, y nadie lo oyó. El gran pájaro se elevó y se alejó, sin oír en ningún momento los débiles ladridos de Rover, y los niños siguieron correteando por el arenal y no pensaron para nada en él.



Al principio, Rover se puso muy contento.

—¡Me he escapado! ¡Me he escapado! —ladraba, ladridos de un juguete que sólo otros juguetes habrían podido oír, y allí no había ninguno que lo escuchase. Después giró sobre sí mismo y se echó en la arena limpia y seca, aún fría por haber estado tendida toda la noche bajo las estrellas.

Pero cuando los niños emprendieron el camino de regreso, y en ningún momento pensaron en él, y él se quedó completamente solo en la playa vacía, ya no se sintió tan contento. La playa estaba desierta, sólo había gaviotas. Aparte de las marcas de sus patas en la arena, las únicas huellas que se podían ver eran las pisadas de los niños. Aquella mañana habían ido a pasear a una parte muy solitaria de la playa que rara vez visitaban. Ciertamente no era común que alguien fuera allí, pues, aunque la arena era limpia y dorada, y los guijarros eran blancos, y el mar azul con espuma plateada en una pequeña ensenada debajo de los acantilados grises, flotaba allí una extraña sensación, excepto por la mañana temprano cuando el sol era aún joven. La gente decía que allí ocurrían cosas singulares, a veces incluso por la tarde; y al llegar la noche, el lugar se llenaba de tritones y sirenas, sin hablar de los duendes marinos, más pequeños, que cabalgaban en unos diminutos caballitos de mar con bridas de algas verdes hasta los acantilados y los dejaban en la espuma, en el límite de las aguas.

Ahora estaba claro el motivo de todo el misterio: en aquella ensenada vivía el más viejo de todos los hechiceros de la arena, *Psamatistas*[19] como los llamaban la gente de mar en su lengua acuosa. El nombre de éste era Psámatos Psamátides[20], al menos

eso decía él, y a cada momento organizaba un gran alboroto a propósito de la pronunciación correcta. Pero era viejo y sabio, y acudían a verlo toda suerte de gentes extrañas, pues era un mago excelente, y muy respetuoso (con quien lo merecía) en los tratos, aunque un poco rudo en apariencia. La gente acostumbraba a reír sus chistes durante semanas, después de alguna reunión de medianoche. Pero durante el día no era fácil dar con él. Le gustaba permanecer enterrado en la arena caliente, cuando brillaba el sol, de modo que lo único que sobresalía de él era la punta de una de sus largas orejas[21]; y cuando éstas asomaban, la mayoría de la gente, como tú y yo, las tomaba por pequeños palitos.

Es posible que el viejo Psámatos lo supiera todo acerca de Rover. Ciertamente conocía al viejo brujo que lo había encantado, pues los magos y los brujos son pocos y aunque viven alejados unos de otros se conocen todos muy bien y además no dejan de estar atentos a los tejemanejes de los demás, de modo que no siempre son los mejores amigos en la vida privada. En cualquier caso, allí estaba Rover, tendido en la blanda arena, y empezaba a sentirse muy solo y un poco intranquilo, y allí estaba Psámatos, aunque Rover no lo veía, mirándolo desde un montón de arena que las sirenas habían preparado para él la noche anterior.

Pero el hechicero no decía nada. Y Rover no decía nada. Y pasó la hora del desayuno, y el sol llegó a lo alto y empezó a calentar. Rover miró el mar, que resonaba con una sensación de frío, y un miedo horrible se apoderó de él. Al principio pensó que le había entrado arena en los ojos, pero pronto vio que no cabía error: el mar se acercaba más y más, y devoraba más y más arena; y las olas estaban haciéndose más grandes y más espumosas cada vez.

Estaba subiendo la marea, y Rover seguía tendido justamente debajo de la marca de pleamar, pero él no sabía nada de eso. Al mirar, se sintió más y más horrorizado e imaginó que las olas subían hasta los acantilados y lo arrastraban hasta el mar cubierto de espuma (mucho peor que cualquier bañera jabonosa), mientras él seguía suplicando tristemente.

Eso es por cierto lo que pudo haberle ocurrido, pero no le ocurrió. Me atrevo a decir que Psámatos tuvo algo que ver; en cualquier caso, imagino que el hechizo del brujo no era tan poderoso en aquella misteriosa ensenada, pues estaba muy cerca de la residencia de otro mago. En verdad, cuando las aguas habían llegado muy cerca y Rover estaba a punto de reventar de miedo, mientras pugnaba por alejarse un poco más de la playa girando sobre sí mismo, descubrió de repente que podía moverse.

No había cambiado de tamaño, pero ya no era un juguete. Podía moverse ágil y correctamente con todas sus patas, a pesar de que todavía era de día. Ya no necesitaba seguir suplicando, y podía correr por donde la arena era más dura; y podía ladrar, no ladridos de juguete sino ladridos auténticos, agudos, de un perrito de cuento de hadas en consonancia con su tamaño. Estaba tan complacido, y ladraba tan fuerte, que si

hubierais estado allí, lo habríais oído, nítido y distante, como el eco de un perro de pastor que llega con el viento de las colinas.

Y entonces, el hechicero sacó de repente su cabeza de la arena. Ciertamente era feo, y más o menos del tamaño de un perro grande; pero a Rover empequeñecido por el encantamiento, le pareció horrible y monstruoso, así que se sentó y dejó de ladrar.

—¿Por qué haces tanto ruido, perrito? —dijo Psámatos Psamátides—. ¡Es mi hora de dormir!

De hecho, para él todas las horas eran horas de dormir, a menos que hubiera algo que lo divirtiera, como un baile de sirenas en la ensenada (invitadas por él). En ese caso, salía de la arena y se sentaba en una roca para ver el espectáculo. Las sirenas podían ser muy graciosas en el agua, pero cuando intentaban bailar sobre sus colas a orillas del mar, Psámatos pensaba que resultaban cómicas.

—¡Es mi hora de dormir! —dijo de nuevo Psámatos, cuando Rover no contestó.

Rover siguió sin decir nada, y sólo meneó el rabo pidiendo disculpas.

—¿Sabes quién soy yo? —preguntó el mago—. Yo soy Psámatos Psamátides, ¡jefe de todos los Psamatistas! —Lo dijo varias veces muy orgullosamente, y con cada *P* lanzaba una nube de arena por la nariz.[22]

Rover estaba allí, casi enterrado en la arena, mirando tan asustado y tan triste que el hechicero lo compadeció. De repente dejó de mirarle con fiereza y se echó a reír:

—Eres un perrito muy gracioso. En verdad que no recuerdo haber visto un perrito tan pequeño.

Y entonces rió de nuevo, y después adoptó súbitamente un aire solemne.

—¿Has tenido peleas con brujos en los últimos tiempos? —preguntó casi en un susurro; y cerró un ojo, y miró tan benévola y tan sagazmente con el otro que Rover se lo contó todo. Probablemente no era en absoluto necesario, pues, como te dije, probablemente Psámatos lo sabía ya todo; aun así, Rover se sintió mucho mejor al hablar con alguien que demostraba comprender y tener más sentido que los simples juguetes.

—Fue un brujo —dijo el hechicero, cuando Rover terminó su relato—. El viejo Artajerjes, me parece por tu descripción. Viene de Persia.[23] Pero un día se perdió, como a veces les ocurre incluso a los mejores brujos (a menos que se queden siempre en casa como yo), y la primera persona con la que se encontró fue y lo puso camino de Pershore. Desde entonces ha vivido en esos parajes, excepto en vacaciones. Dicen que a pesar de su edad es un hábil recolector de ciruelas[24], dos mil en un buen día, y le gusta mucho la sidra[25]. Pero eso no viene a cuento. —Con esto Psámatos daba a entender que se había apartado de lo que quería decir—. La pregunta es: ¿qué puedo hacer por ti?

—No lo sé —dijo Rover.

—¿Quieres ir a casa? Me temo que no pueda darte el tamaño adecuado, y menos

sin pedir permiso antes a Artajerjes, pues no quiero pelearme con él en este momento. Pero creo que puedo aventurarme a enviarte a casa. Después de todo, Artajerjes siempre puede hacer que vuelvas, si así lo desea. Aunque, por supuesto, la próxima vez puede enviarte a un sitio mucho peor que una tienda de juguetes, si está realmente enfadado.

A Rover esto no le gustó en absoluto, y se atrevió a decir que si volvía a casa tan pequeño era posible que nadie lo reconociera, salvo el gato Tinker; y en su estado actual no le gustaba mucho que Tinker lo reconociera.

—¡Muy bien! —dijo Psámatos—. Tenemos que pensar alguna otra cosa. Mientras tanto, como ya eres nuevamente real, ¿te gustaría comer algo?

Antes de que Rover tuviera tiempo de decir «¡Sí, por favor! ¡SÍ! ¡POR FAVOR!», en el arenal, delante de él, apareció un platito con pan y salsa y dos huesos menudos, del tamaño adecuado, y un pequeño bol lleno de agua con BEBE PERRITO BEBE escrito alrededor de él en pequeñas letras azules. Rover comió y bebió todo lo que había, antes de preguntar:

—¿Cómo lo has hecho? ¡Muchas gracias!

Rover se acordó al momento de añadir «muchas gracias», pues los brujos y los de su especie parecían gente un poco quisquillosa. Psámatos sólo sonrió; por tanto Rover siguió tendido en la arena caliente y se puso a dormir, y soñó con huesos, y con gatos a los que perseguía hasta que se encaramaban a un ciruelo sólo para ver que se convertían en brujos con sombreros verdes que le arrojaban ciruelas enormes, como calabazas. Y durante todo el tiempo estuvo soplando un viento suave, de modo que Rover quedó casi sepultado en la arena.

Por eso es por lo que los niños nunca lo encontraron, a pesar de que bajaron a propósito a la ensenada para buscarlo, tan pronto como Dos se dio cuenta de que lo había perdido. Esta vez su padre estaba con ellos; y después de buscar y buscar hasta que el sol empezó a descender y llegó la hora del té, no quiso permanecer más tiempo allí y los llevó de regreso a casa: sabía demasiadas cosas extrañas acerca de aquel lugar. Después de aquello, Dos se tuvo que contentar durante algún tiempo con un perro de juguete de tres peniques (de la misma tienda); pero, a pesar de haberlo tenido durante un tiempo tan corto, nunca olvidó a su perrito suplicante.

Sin embargo, en este momento te lo puedes imaginar sentado, muy triste, delante de su taza de té, sin perro; mientras tanto, muy lejos tierra adentro, la anciana señora que había cuidado de Rover y lo había mimado cuando era un animal normal, de tamaño normal, estaba escribiendo un anuncio para localizar un perrito perdido: «orejas blancas y negras, responde al nombre de Rover»; y mientras tanto el propio Rover dormía lejos, en el arenal, y Psámatos dormitaba junto a él con los cortos brazos plegados sobre la gorda barriga.

2

CUANDO ROVER DESPERTÓ, el sol estaba muy bajo; la sombra de los acantilados caía directamente sobre el arenal, y a Psámatos no se le veía en ninguna parte. Una gran gaviota se había posado muy cerca y lo miraba, y por un momento Rover tuvo miedo de que se lo fuera a comer.

Pero la gaviota dijo:

—¡Buenas tardes! He estado esperando mucho tiempo a que despertaras. Psámatos dijo que despertarías hacia la hora del té, pero ya hace mucho tiempo de eso.

—Por favor, ¿qué quiere usted de mí, señor Pájaro? —preguntó Rover muy cortésmente.

—Mi nombre es Mew[26] —dijo la gaviota—, y estoy esperando a que salga la luna para llevarte lejos de aquí, siguiendo la senda de la luna. Pero antes tenemos que hacer una o dos cosas. ¡Monta encima de mí y verás cómo te gusta volar!

Al principio, a Rover no le gustó en absoluto. Aun así, todo fue bien mientras Mew se mantuvo cerca del suelo, deslizándose con las alas extendidas, tiesas y quietas; pero cuando salió disparada hacia arriba, o se puso a girar bruscamente a uno y otro lado, siguiendo un camino distinto cada vez, a descender de pronto y a chapotear, como si fuera a sumergirse en el mar, entonces el perrito, con el viento silbándole en las orejas, deseó estar otra vez a salvo abajo, en tierra firme.

Así se lo dijo varias veces a Mew, pero todo lo que ella contestó fue:

—¡Aguanta! ¡Aún no hemos empezado!

Llevaban un rato volando, y Rover empezaba a sentirse cansado cuando de repente Mew gritó: «¡Allá vamos!» Y Rover estuvo realmente a punto de irse, pues Mew se elevó verticalmente en el aire como un cohete, y luego se deslizó a gran velocidad, en línea recta, a favor del viento. Pronto estuvieron tan alto que Rover pudo ver, muy lejos y exactamente sobre la tierra, el sol que se ponía detrás de unas montañas oscuras. Se dirigían hacia unos acantilados negros, muy altos, de roca escarpada, demasiado escarpada para que alguien trepara por ella[27]. El mar se agitaba y se replegaba debajo, y aunque en las paredes de roca no aparecía nada, estaban cubiertas de cosas blanquecinas, pálidas en el crepúsculo vespertino. Cientos de aves marinas estaban posadas allí, en estrechas repisas, unas veces hablando tristemente entre ellas, otras sin decir nada, y otras lanzándose de súbito desde sus perchas para abatirse y girar en el aire, antes de zambullirse en el mar, allí abajo, donde las olas parecían pequeñas arrugas.

Aquí vivía Mew, y aquí tenía que visitar a varias amigas, incluida la más vieja y más importante de todas las gaviotas de lomo negro, y recoger mensajes antes de partir. Así pues, dejó a Rover en una de las estrechas repisas, mucho más estrechas

que el peldaño de una escalera, y le dijo que esperara allí y tuviera cuidado de no caer.

Puedes estar seguro de que Rover tuvo cuidado de no caer, y de que, con un fuerte viento soplando de costado, no se sentía nada cómodo, acurrucándose tan pegado a la pared del acantilado como podía, y gimiendo. Era en verdad un sitio muy desagradable para un perrito embrujado y asustado.

Finalmente, la luz del sol se apagó en todo el cielo, y una niebla se extendió sobre el mar, y en la creciente oscuridad aparecieron las primeras estrellas. Entonces, por encima de la niebla, lejos en el mar, la luna emergió redonda y amarilla y empezó a tender una brillante senda sobre el agua.

Mew volvió poco después y recogió a Rover, que estaba temblando de pies a cabeza. Las plumas del pájaro le parecieron calientes y confortables después de haber permanecido en la fría repisa del acantilado, y se arrimó a Mew tanto como pudo. Entonces Mew se lanzó al aire, por encima del mar, y todas las demás gaviotas saltaron de las repisas y gritaron y les dijeron adiós, mientras ellos, ya lejos, volaban raudos siguiendo la senda de la luna, que ahora se extendía directamente desde la costa hasta el borde oscuro de ninguna parte.

Rover no sabía en absoluto a dónde llevaba la senda de la luna, y estaba demasiado asustado y excitado para preguntar, y en cualquier caso empezaba a acostumbrarse a las extraordinarias cosas que ahora le ocurrían.

Mientras volaban sobre el mar, siguiendo el resplandor plateado de la senda, la luna se elevó y se hizo más blanca y más brillante, hasta que ninguna estrella se atrevió a quedarse cerca y ella estuvo completamente sola, brillando en el cielo oriental. No cabía duda de que Mew, siguiendo las órdenes de Psámatos, iba hacia donde Psámatos quería que fuera, y no cabía duda de que Psámatos ayudaba a Mew con su propia magia, pues ciertamente volaba más deprisa y más recto que las gaviotas grandes aun a favor del viento, cuando tienen prisa. Sin embargo, transcurrió toda una eternidad antes de que Rover viera algo, aparte de la luz de la luna y el mar, abajo; y durante todo el tiempo la luna fue haciéndose más grande y más grande, y el aire más frío y más frío.

De repente, en el límite del mar, Rover vio una cosa negra, que crecía a medida que volaban hacia ella, hasta que pudo ver que era una isla. Por encima del agua y hasta ellos llegó el ruido de tremendos ladridos, un ruido formado por todas las diferentes clases y e intensidades de ladridos que existen: gruñidos y gañidos, aullidos y quejidos, bufidos y mugidos, lamentos y gimoteos, quiebros y requiebros, mordisqueos y lloriqueos, y el ladrido más descomunal, como salido de un gigantesco sabueso en la cueva de un ogro. De repente, todo el pelo de Rover alrededor del cuello se le volvió muy real otra vez y se le puso tieso como cerdas; y pensó que le gustaría bajar y pelearse con todos aquellos perros a la vez, hasta que se acordó de lo

pequeño que era.

—Ésa es la Isla de los Perros[28] —dijo Mew—, o más bien la Isla de los Perros Perdidos, adonde van todos los perros perdidos que merecen o tienen suerte. No es un mal sitio para perros, me han dicho; y pueden hacer tanto ruido como quieran sin que nadie les diga que se callen o les arrojen algo. Dan un bonito concierto, todos ladrando a la vez con sus ruidos predilectos, siempre que la luna brilla. Me han dicho que allí hay también árboles de hueso, con frutos como jugosos huesos con carne que caen de los árboles cuando están maduros. ¡No! ¡Ahora no vamos allí! ¿Te das cuenta? Ahora no se puede decir que seas exactamente un perro, aunque ya no seas propiamente un juguete. En realidad, creo que Psámatos no sabía muy bien qué hacer contigo cuando dijiste que no querías ir a casa.

—Entonces, ¿adónde vamos? —preguntó Rover. Estaba molesto por no poder ver de cerca la Isla de los Perros, después de haber oído hablar de los árboles de hueso.

—Por la senda de la luna directamente hasta el borde del mundo, y luego a través del borde hasta la luna. Eso es lo que dijo el viejo Psámatos.

A Rover no le gustó en absoluto la idea de ir más allá del borde del mundo, y la luna le pareció un sitio frío.

—¿Por qué a la luna? —preguntó—. En el mundo hay montones de sitios donde no he estado. Nunca oí que en la luna hubiera huesos, o incluso perros.

—Al menos hay un perro, pues el Hombre de la Luna tiene uno[29]; y como él es un viejo honrado, y también el más grande de todos los magos, con toda seguridad que allí habrá huesos para los perros, y probablemente para los visitantes. En cuanto a por qué te han enviado allí, me atrevería a decir que lo descubrirás en el momento oportuno, si conservas la calma y no pierdes el tiempo gruñendo. Considero muy amable de parte de Psámatos preocuparse por ti; de hecho, no entiendo por qué lo hace. No es propio de él hacer algo sin una buena y poderosa razón, y tú no pareces ni bueno ni poderoso.

—Gracias —dijo Rover, profundamente herido—. Son muy amables todos esos magos al preocuparse por mí, estoy seguro, aunque es bastante enojoso. Una vez que te has enredado con magos y sus amigos, nunca sabes lo que va a ocurrir en cualquier momento.

—Eso es mucho mejor de lo que merece un perrito mimado y bullanguero —dijo la gaviota, y después ya no tuvieron más conversación durante un buen rato.

La luna se hizo más grande y más brillante, y abajo el mundo se hizo más oscuro y más distante. Luego, en un abrir y cerrar de ojos desapareció el mundo, y Rover pudo ver las estrellas que brillaban en la oscuridad de debajo. Más allá divisó el rocío blanco de la luz de la luna, donde las cascadas se precipitaban sobre el borde del mundo y caían directamente en el espacio. Esto le hizo sentir un vértigo insoportable, y se acurrucó entre las plumas de Mew y cerró los ojos durante mucho, mucho

tiempo.

Cuando volvió a abrirlos, la luna estaba toda debajo de ellos; un mundo nuevo, blanco, que brillaba como la nieve, con amplios espacios abiertos de color verde y azul pálido, donde las altas y picudas montañas proyectaban sus largas sombras hasta muy lejos, sobre el suelo.

En lo alto de una de las montañas más altas, tan alta que pareció que iban a chocar contra ella cuando Mew descendió velozmente, Rover alcanzó a ver una torre blanca. Era blanca con líneas rosadas y verde claro, brillando como si estuviera construida con millones de conchas marinas todavía cubiertas de espuma y resplandecientes; y se alzaba en el borde de un precipicio blanco, blanco como un acantilado de creta, pero a la luz de la luna brillaba con más intensidad que una distante lámina de cristal en una noche sin nubes.

Por lo que pudo ver Rover, no había sendero para bajar de aquel acantilado; pero de momento eso no importaba, pues Mew descendía velozmente y pronto se posó en el tejado de la torre, a una altura tan vertiginosa por encima del mundo-luna que los acantilados del mar, donde Mew vivía, parecían bajos y seguros.

Para sorpresa de Rover, de inmediato se abrió cerca de ellos una pequeña puerta, que daba al tejado, y un viejo con una barba larga y plateada asomó la cabeza.[30]

—¡No está mal! —dijo—. He estado midiendo el tiempo desde que pasasteis por el borde; mil seiscientos kilómetros por minuto, he llegado a contar. ¡Tenéis prisa esta mañana! Me alegro de que no chocarais con mi perro. Me pregunto en qué lugar de la luna estará ahora.

El viejo sacó un telescopio larguísimo y se lo puso en un ojo.

—¡Allí está! ¡Allí está! —gritó—. ¡De nuevo molestando a los rayos de luna, maldita sea! ¡Baja de ahí, chico! ¡Baja de ahí, chico! —añadió hablándole al aire, y en seguida se puso a silbar una larga y clara tonada.

Rover levantó los ojos y miró al aire, pensando que el divertido viejo tenía que estar loco al silbar a un perro que estaba arriba en el cielo; pero vio con asombro un perro pequeño de alas blancas que muy por encima de la torre perseguía unas cosas que parecían mariposas transparentes.

—¡Rover! ¡Rover! —gritó el viejo; y justamente cuando nuestro Rover saltó sobre el lomo de Mew para decir «¡Aquí estoy!», sin detenerse a preguntar cómo era que el viejo sabía como se llamaba, vio que el pequeño perro volador descendía directamente del cielo y se posaba en los hombros del viejo.

Entonces se dio cuenta de que el perro del Hombre de la Luna se tenía que llamar también Rover. No le gustó, pero como nadie se preocupaba por él, se tendió de nuevo y empezó a gruñir entre dientes.

El Rover del Hombre de la Luna tenía buen oído y al momento saltó hasta el tejado de la torre ladrando como loco; luego se detuvo y gruñó:

—¿Quién trajo ese otro perro?

—¿Qué otro perro? —dijo el Hombre.

—Ese ridículo, pequeño chucho que está en el lomo de la gaviota —dijo el perro de la luna.

Entonces, como es natural, Rover saltó de nuevo y ladró con todas sus fuerzas:

—¡Tú sí que eres un ridículo, pequeño chucho! ¿Quién dijo que te podías llamar Rover, si te pareces más a un gato o a un murciélago que a un perro?

Ahí puedes ver que los dos iban a hacerse muy amigos antes de que pasase mucho tiempo. En cualquier caso, ésa es la manera como los perros pequeños hablan usualmente a los forasteros de su misma especie.

—¡Eh, vosotros dos, levantad el vuelo! ¡Y dejad de hacer tanto ruido!

Quiero hablar con el cartero —dijo el hombre.

—¡Ven aquí, chiquitín! —dijo el perro de la luna; y Rover recordó entonces que efectivamente era muy chiquitín, incluso al lado del perro de la luna, que sólo era pequeño; y en lugar de lanzar un rudo ladrido, sólo dijo:

—Ya me gustaría, si tuviera alas y supiera volar.

—¿Alas? —dijo el Hombre de la Luna—. ¡Eso es fácil! ¡Ten un par y vete!

Mew rió, y efectivamente lo arrojó fuera del lomo, por encima del borde del tejado de la torre. Pero Rover no había hecho más que abrir la boca, y sólo se había imaginado cayendo y cayendo como una piedra sobre las blancas rocas del valle, kilómetros hacia abajo, cuando descubrió que le habían regalado un par de hermosas alas blancas con puntos negros (para que le hicieran juego con el pelo). No obstante, había recorrido un largo trayecto antes de que pudiera dejar de caer, pues no estaba acostumbrado a las alas. Para eso necesitó un rato, aunque ya antes el Hombre de la Luna había dicho a Mew que su Rover había estado persiguiendo al perro de la luna alrededor de la torre. Empezaba a cansarse de aquellos primeros esfuerzos, cuando el perro de la luna descendió hasta la cima de las montañas y se posó en el borde del precipicio, a los pies de las paredes. Rover bajó detrás de él, y pronto los dos estuvieron sentados uno al lado del otro, tomando aliento con la lengua fuera.

—De modo que te llamas Rover por mí[31] —dijo el perro de la luna.

—No por ti —dijo nuestro Rover—. Estoy seguro de que mi ama nunca había oído hablar de ti cuando me puso mi nombre.

—Eso no importa. Yo fui el primer perro que se llamó Rover, el Vagabundo, hace miles de años; por lo tanto, ¡a ti te tuvieron que poner el nombre de Rover después de mí! ¡Yo también *era* un vagabundo! Nunca me quedaba quieto en un sitio, ni pertenecí a nadie antes de venir aquí. Desde que era un cachorro no hice otra cosa que escaparme; y estuve corriendo y vagabundeando hasta que una bonita mañana, una mañana muy bonita, con el sol en mis ojos, caí por el borde del mundo mientras perseguía una mariposa.

»¡Una sensación horrible, te lo aseguro! Afortunadamente en ese momento la luna pasaba por debajo del mundo[32], y después de descender durante unos momentos espantosos a través de las nubes, y dar contra estrellas fugaces, y cosas parecidas, caí en ella. Fui a parar a una de las enormes redes plateadas que las gigantescas arañas grises tejen aquí, de una montaña a otra, y justamente la araña se disponía a bajar por la escalera de hilos para regañarme y sacarme de allí, cuando apareció el Hombre de la Luna.

»Él ve absolutamente todo lo que ocurre a este lado de la luna con ese telescopio suyo. Las arañas le tienen miedo, porque sólo las deja en paz si tejen hilos y cuerdas de plata para él. El Hombre tiene sospechas más que fundadas de que ellas capturan los rayos de luna, que son de él, y eso no está dispuesto a permitirlo, a pesar de que dicen que ellas viven exclusivamente de alevillas y murciélagos de las sombras. En la escalera de la araña el Hombre encontró alas de rayos de luna y convirtió rápidamente a la araña en una piedra. Luego me agarró y me dio unas palmaditas y dijo:

»“¡Ha sido una caída terrible! Será mejor que tengas un par de alas para prevenir cualquier otro accidente, ¡y ahora sal volando y diviértete! ¡No te preocupes de los rayos de luna, y no mates mis conejos blancos! ¡Y vuelve a casa cuando tengas hambre, la ventana del techo está normalmente abierta!”[33]

»Yo creía que era un individuo honrado, pero más bien loco. Pero no te equivoques en esto de su locura. En verdad yo no me atrevería a causar daño a sus rayos de luna o a sus conejos. Puede transformarte y darte formas horriblemente incómodas. ¡Y ahora dime por qué viniste con el cartero!

—¿El cartero? —dijo Rover.

—Sí, Mew, el cartero del viejo hechicero de la arena, naturalmente — dijo el perro de la luna.

Apenas había acabado Rover el relato de sus aventuras cuando oyeron silbar al Hombre. Corrieron hasta el tejado. El viejo estaba sentado allí, con las piernas colgando del borde, arrojando sobres al aire con la misma rapidez con que abría las cartas. El viento los transportaba en remolinos, hasta el cielo, y Mew volaba tras ellos y los capturaba y los metía luego en una pequeña bolsa.

—Acabo de leer sobre ti, Roverandom, mi pequeño perro —dijo—. (Yo te llamo Roverandom y Roverandom tendrás que ser; aquí no puedo tener dos Rovers.) Y estoy totalmente de acuerdo con mi amigo Sámatos (no quiero poner esa ridícula *P* para complacerle) en que ha sido mejor para ti detenerte aquí un momento. También he recibido una carta de Artajerjes, si sabes quién es, e incluso si no lo sabes, en la que me dice que te haga volver en seguida. Parece muy molesto contigo por haberte escapado, y con Sámatos por haberte ayudado. Pero a nosotros no nos preocupa, y tú tampoco tienes por qué preocuparte, mientras estés aquí.

»¡Ahora sal volando y diviértete! No te preocupes por los rayos de luna, y no mates mis conejos blancos, y ven a casa cuando tengas hambre! ¡La ventana del tejado está normalmente abierta! ¡Adiós!

El Hombre de la Luna desapareció inmediatamente en el aire tenue; y todo aquel que ha estado allí te dirá lo sumamente tenue que es el aire de la luna.

—¡Bueno, adiós, Roverandom! —dijo Mew—. Espero que te diviertas armando trifulcas con los brujos. Adiós por ahora. No mates a los conejos blancos, *y* todo irá bien, y volverás a casa sano y salvo, tanto si quieres como si no.

Entonces, Mew salió volando tan rápidamente que antes de que pudieras decir «¡zas!» se convirtió en un puntito en el cielo, y luego desapareció. Ahora Rover no sólo volvía a tener el tamaño de un juguete sino que además le habían cambiado el nombre, y lo habían dejado completamente solo en la luna, completamente solo si no fuera por el Hombre de la Luna y su perro.

A Roverandom —como también nosotros haremos bien en llamarlo, a partir de ahora, para evitar confusiones— no le importaba. Las nuevas alas eran muy divertidas, y la luna llegó a parecerle un lugar muy interesante, de modo que se olvidó de seguir pensando por qué Psámatos lo había enviado allí. Aún tenía que transcurrir mucho tiempo antes de que lo averiguara.[34]

Mientras tanto vivió toda suerte de aventuras, en solitario y con el Rover de la luna. No volaba muy a menudo por los aires, lejos de la torre, pues en la luna, y especialmente en el lado blanco, los insectos son muy grandes y feroces, y a menudo tan pálidos y tan transparentes y tan silenciosos que es difícil oírlos o verlos venir. Los rayos de luna sólo brillan y vibran, y Roverandom no les tenía miedo; las grandes alevillas blancas con ojos feroces eran mucho más inquietantes; y había moscas espada[35] y escarabajos de cristal con mandíbulas como cepos de acero, y unicornios pálidos con aguijones como lanzas, y cincuenta y siete variedades[36] de arañas dispuestas a engullir todo lo que capturaban. Y peor que los insectos eran los murciélagos de las sombras.

Roverandom hacía lo que los pájaros hacían en aquel lado de la luna: volaba muy poco, excepto cerca de casa, o en espacios abiertos con buena visión todo alrededor, y lejos de los sitios donde se escondían los insectos; y andaba de un sitio a otro muy silenciosamente, sobre todo en el bosque. Allí la mayoría de las cosas se hacían en silencio, y hasta los pájaros rara vez cantaban. Los ruidos que había, venían sobre todo de las plantas. Las flores —las campanas blancas, las campanas claras y las campanas de plata, las campanas tintineantes y las trompetitas y los cuernos de crema (una crema muy pálida) y muchos otros con nombres intraducibles— emitían tonadas durante todo el día. Y las hierbas-plumas y los helechos —cuerdas de violín mágicas, polifonías y lenguas de bronce y ruidos del bosque— y todas las cañas de los estanques blancos como leche continuaban la música, suavemente, inclusive de

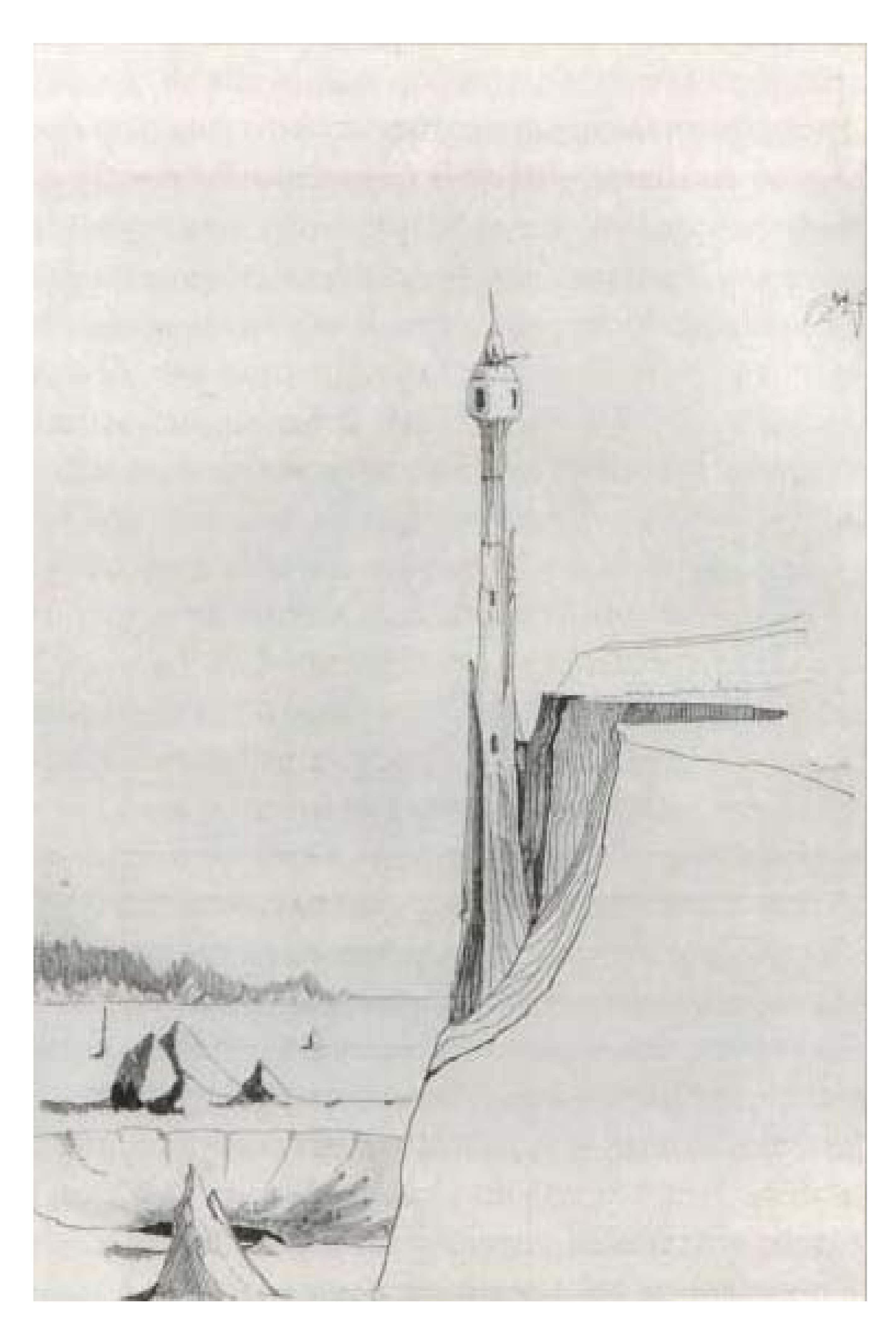
noche. De hecho allí siempre se oía una música tenue.[37]

Pero los pájaros guardaban silencio; casi todos eran muy pequeños, brincaban de un lado a otro, sobre la hierba gris, debajo de los árboles, eludiendo las moscas y los moscardones; y muchos habían perdido las alas o habían olvidado cómo utilizarlas. Roverandom acostumbraba a sorprenderlos en sus pequeños nidos terrestres, cuando caminaba quedamente sobre la hierba pálida, persiguiendo a los pequeños ratones blancos o husmeando ardillas grises en los lindes del bosque.

Los bosques estaban llenos de campanitas de plata; cuando las vio por primera vez todas tañían suavemente al unísono. Los tallos negros emergían, altos como iglesias, de la alfombra plateada, y estaban cubiertos con hojas azul claro que nunca caían[38], de modo que ni siquiera el más largo telescopio de la tierra ha visto alguna vez aquellos altos tallos o las campanitas de plata que hay debajo de ellos.

Más adelante, dentro del mismo año, todos los árboles se llenaban de flores doradas; y como los bosques de la luna son casi interminables, no cabe duda de que esto altera la imagen de la luna desde abajo, desde la tierra.

Pero no debes pensar que Roverandom se pasaba todo el tiempo vagabundeando. Después de todo, los perros sabían que el ojo del Hombre estaba fijo en ellos, y emprendían numerosas aventuras y se divertían de lo lindo. A veces recorrían kilómetros y kilómetros y durante días se olvidaban de volver a la torre. Una o dos veces subieron a las montañas lejanas, hasta que, al mirar atrás, sólo podían ver la torre de la luna como una aguja brillante en la distancia; y se sentaron en las rocas blancas y contemplaron las diminutas ovejas (no más grandes que el Rover del Hombre de la Luna) que vagaban en rebaños por las laderas de las colinas. Cada oveja llevaba una esquila dorada, y cada esquila sonaba cada vez que una oveja movía una pata hacia adelante para tomar un bocado fresco de hierba gris; y todas las esquilas tañían armoniosamente y todas las ovejas brillaban como nieve, y nadie las molestaba. Los Rovers estaban demasiado bien educados (y tenían demasiado miedo al Hombre) para hacer una cosa así, y en toda la luna no había otros perros, ni vacas, ni caballos, ni leones, ni tigres, ni lobos; de hecho, nada con cuatro patas más grande que los conejos y las ardillas (y además del tamaño de un juguete), aunque ocasionalmente sé podía ver, meditando en actitud solemne, un enorme elefante blanco casi tan grande como un burro[39]. No he mencionado los dragones, porque aún no entran en la historia, y en cualquier caso vivían a mucha distancia, lejos de la torre, pues tenían mucho miedo al Hombre de la Luna, excepto uno (y aun él le tenía un poco de miedo).





Cada vez que los perros volvían a la torre y entraban volando por la ventana, encontraban la comida a punto, como si lo hubieran planeado; pero rara vez veían u oían al Hombre. Éste tenía un taller abajo, en los sótanos, y por las escaleras acostumbraban a subir nubes de vapor blanco y niebla gris que se disolvían al salir por las ventanas superiores.

—¿Qué hace él solo todo el día? —dijo Roverandom a Rover.

—¿Hacer? —dijo el perro de la luna—. Oh, durante todo el día está bastante ocupado; aunque desde que llegaste parece aún más ocupado de lo que yo le había visto durante mucho tiempo. Inventando sueños, creo yo.

—¿Y para quién los inventa?

—¡Oh, para los del otro lado de la luna! En este lado nadie sueña; todos los que sueñan van a la parte de atrás.

Roverandom se sentó y se rascó; le pareció que la explicación no explicaba nada. El perro de la luna ya no le diría más, y si me preguntas, te diré que él tampoco sabía mucho del tema.

Sin embargo, poco después ocurrió algo que alejó de golpe, por algún tiempo, tales cuestiones de la mente de Roverandom. Los dos perros salieron y tuvieron una aventura muy emocionante, demasiado emocionante mientras duró; pero fue culpa de ellos. Estuvieron varios días fuera, mucho más lejos que nunca desde la llegada de Roverandom; y no se les ocurrió pensar a dónde se dirigían. De hecho, salieron y se

perdieron; y, al equivocar el camino, se alejaron más y más de la torre cuando pensaban que estaban regresando. El perro de la luna decía que ya había recorrido todo el lado blanco de la luna y se lo conocía todo de memoria (era muy dado a exagerar), pero a la postre tuvo que admitir que el paisaje le resultaba un poco extraño.

—Me temo que ha transcurrido mucho tiempo desde que llegué aquí— dijo—, y estoy empezando a olvidarlo un poco.

En realidad, el perro de la luna nunca había estado allí con anterioridad. Sin darse cuenta, se habían acercado demasiado al borde sombrío del lado oscuro, donde había toda suerte de cosas semiolvidadas, y los caminos y los recuerdos se confundían. Cuando se sintieron seguros de que por fin estaban en el correcto camino de vuelta, se sorprendieron al comprobar que delante de ellos se alzaban unas montañas silenciosas, desnudas e inquietantes; y esta vez el perro de la luna no presumió de haberlas visto antes. Eran grises, no blancas, y parecía como si estuvieran hechas de viejas, frías cenizas; y entre ellas se extendían largos y oscuros valles, sin signos de vida.

Entonces empezó a nevar. En la luna nieva a menudo, pero la nieve (como ellos lo llaman) es usualmente agradable y cálida, y completamente seca, y se convierte en fina arena blanca y se esparce por los aires. Ésta se parecía más a la nuestra. Era húmeda y fría; y estaba sucia.

—Eso me pone nostálgico —dijo el perro de la luna—. Es exactamente como la sustancia que acostumbraba a caer en el pueblo donde yo vivía cuando era un cachorro, en el mundo que tú conoces. ¡Oh! Mira aquellas chimeneas, son altas como árboles de la luna; y el humo negro; ¡y los fuegos del horno rojo![40] A veces me cansa un poco tanto color blanco. Es muy difícil ensuciarse de verdad en la luna.

Esto muestra bastante los bajos gustos del perro de la luna; y como si no hubiera pueblos así en el mundo desde hace cientos de años, también puedes ver que ha exagerado mucho el tiempo que había pasado desde que cayó por el borde. Sin embargo, en aquel preciso momento, un copo especialmente grande y sucio le golpeó en el ojo izquierdo, y cambió de parecer.

—Creo que este copo ha errado el camino y ha caído fuera del duro viejo mundo —dijo—. ¡Al demonio con él! Y parece que también nosotros hemos errado nuestro camino de plano. ¡Al infierno con él! ¡Busquemos un agujero y metámonos dentro!

Les costó algún tiempo encontrar un agujero, y antes de encontrarlo ya estaban completamente mojados y fríos: de hecho, su estado era tan lamentable que entraron en el primer refugio que encontraron y no tomaron precauciones, que es lo primero que debes hacer en los parajes desconocidos del borde de la luna[41]. El refugio en el que se metieron no era un agujero sino una cueva, y muy grande; oscura pero seca.

—Es bonita y caliente —dijo el perro de la luna, y cerró los ojos y casi

inmediatamente se quedó dormido.

—¡Ay! —gritó no mucho después, despertando bruscamente a la manera perruna de un agradable sueño—. ¡Demasiado caliente!

El perro de la luna se puso en pie de un salto. Oyó al pequeño Roverandom gritar un poco más allá, dentro de la cueva, y cuando fue a ver qué ocurría, descubrió un hilo de fuego que serpenteaba a lo largo del suelo hacia ellos. Entonces no echó de menos el hogar con hornos al rojo vivo; y agarrando al pequeño Roverandom por el cuello salió de la cueva con la rapidez de una centella y huyó hasta un pico de piedra que se alzaba justo fuera.

Allí los dos se sentaron en la nieve, temblando y mirando, cosa que era muy tonto de su parte. Lo que tendrían que haber hecho era volar a casa, o a cualquier otro sitio, más veloces que el viento. El perro de la luna no lo sabía todo sobre la luna, como puedes ver, pues de lo contrario habría sabido que aquella era la guarida del Gran Dragón Blanco, que sólo temía —a medias— al Hombre (y apenas cuando estaba enfadado). El Hombre mismo estaba un poco molesto con este dragón. Cuando se refería a él le llamaba «esa maldita criatura».

Todos los dragones blancos proceden originalmente de la luna, como probablemente sabes; pero éste había estado en el mundo y había vuelto, de modo que había aprendido un par de cosas. En tiempos de Merlín luchó con el Dragón Rojo en Caerdragón, como puedes ver en todos los libros de historia más actualizados, después de lo cual el dragón se puso muy rojo.[42] Posteriormente causó otros muchos daños en las Tres Islas[43], y durante un tiempo se fue a vivir a lo alto de Snowdon[44]. Mientras esto duró, la gente no se molestó en subir allí, con la sola excepción de un hombre, al que el dragón sorprendió bebiendo de una botella. El hombre huyó tan deprisa que dejó la botella allí arriba, y su ejemplo ha sido seguido por otros muchos posteriormente. Tras la desaparición del Rey Arturo, el dragón huyó a Gwynfa en una época en la que las colas de los dragones eran consideradas un manjar delicado por los reyes sajones.[45]

Gwynfa no está tan lejos del borde del mundo, y es muy sencillo volar desde allí hasta la luna para un dragón tan titánico y tan enormemente malo como éste. Ahora vivía en el borde de la luna, pues no estaba muy seguro de lo que el Hombre de la Luna podía hacer con sus hechizos y sus artimañas. Aun así, en ocasiones se atrevía a interferir en los esquemas de colores. A veces, cuando celebraba un banquete de dragones o tenía un berrinche, lanzaba llamas reales, rojas y verdes, desde la cueva; y eran frecuentes las nubes de humo. Se sabía que una o dos veces había dejado roja toda la luna[46], o la había hecho desaparecer por completo. En tan incómodas ocasiones el Hombre de la Luna se cubría (y cubría a su perro), y todo lo que decía era «otra vez esa maldita criatura». Nunca explicó qué criatura era, o donde vivía; simplemente bajaba a los sótanos, descorchaba los mejores hechizos y arreglaba las

cosas tan rápidamente como podía.

Ahora lo sabes todo; y si los perros hubieran sabido la mitad nunca se habrían detenido allí. Pero se detuvieron, al menos el tiempo que he necesitado para hablar del Dragón Blanco, y entonces todo él, blanco con ojos verdes, rezumando fuego verde por cada articulación, y desprendiendo humo negro como un barco de vapor, salió de la cueva y lanzó el más horrible bramido. Las montañas se agitaron y retumbaron, y la nieve se secó; las avalanchas se detuvieron y las cascadas quedaron inmóviles.[47]

Aquel dragón tenía alas, como las velas que tenían los barcos cuando todavía eran barcos, y no máquinas de vapor[48]; y no tenía reparos en matar a cualquier criatura, desde un ratón hasta una hija del emperador. Y planeó matar aquellos dos perros, y lo anunció varias veces antes de elevarse por los aires. Ése fue *su* error. Los dos salieron disparados como cohetes y se alejaron siguiendo el viento, a una velocidad que habría enorgullecido a la misma Mew. El dragón salió detrás de ellos, batiendo las alas como un dragón volador y lanzando dentelladas como un dragón mordedor[49], derribando las cimas de las montañas, y haciendo sonar todas las esquilas de las ovejas como una ciudad en llamas. (Ahora ya sabes por qué todas ellas llevan esquilas.)

Por fortuna, al seguir el viento los dos perros iban en la dirección correcta. Tan pronto como las esquilas alcanzaron un ritmo frenético, de la torre salió un cohete enorme. Se le pudo ver en toda la luna como un paraguas dorado que estalló en miles de penachos de plata, y no mucho después provocó una caída imprevista de estrellas fugaces en el mundo. Si fue una guía para los pobres perros, fue también un aviso para el dragón; pero él había emitido demasiado vapor para darse cuenta.

La persecución continuó de una manera feroz. Si has visto alguna vez un pájaro persiguiendo a una mariposa, y puedes imaginar un pájaro más que gigantesco persiguiendo a dos mariposas insignificantes entre montañas blancas, entonces puedes empezar a imaginar las vueltas y revueltas y la salvaje, zigzagueante rapidez de aquella huida. En más de una ocasión, antes de que hubieran cubierto la mitad del camino, el aliento del dragón chamuscó el rabo de Roverandom.

¿Qué hizo el Hombre de la Luna? Pues bien, lanzó un cohete realmente magnífico; y después dijo «¡esa maldita criatura!» y también «¡esos malditos perros! ¡Van a provocar un eclipse antes de tiempo!» Y después bajó a los sótanos y destapó un hechizo oscuro, negro, que parecía una jalea de alquitrán y miel (y olía a cinco de noviembre[50] y a caldo de repollo que hierve y rebosa).

En aquel preciso momento, el dragón se situó justamente encima de la torre y levantó una enorme garra para golpear a Roverandom, y lanzarlo al vacío. Pero no llegó a hacerlo. El Hombre de la Luna disparó un hechizo desde una ventana baja e hirió al dragón en la barriga (especialmente blanda en los dragones) y lo golpeó en el costado. El dragón perdió el sentido y cayó sobre una montaña antes de que pudiera

recuperar el dominio de su cuerpo; y era difícil decir cuál había sido el daño mayor: el de la nariz o el de la montaña; en cualquier caso los dos quedaron deformados.

Así, los dos perros se lanzaron hacia dentro por la ventana más alta, y tardaron una semana en recuperar el aliento; y el dragón, patituerto, volvió lentamente a la cueva, donde se estuvo rascando la nariz durante meses. El siguiente eclipse fue un fracaso, pues el dragón estaba muy ocupado lamiéndose la barriga[51]. Y nunca consiguió eliminar las manchas negras que le habían salido donde el hechizo lo alcanzó. Me temo que las va a llevar siempre. Ahora lo llaman el Monstruo Manchado.

3

AL DÍA SIGUIENTE, el Hombre de la Luna miró a Roverandom y dijo: —¡Te has escapado por los pelos! Parece que has explorado el lado blanco bastante bien para ser un perro joven. Pienso que cuando te hayas recuperado del susto será el momento de visitar el otro lado.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó el perro de la luna.

—No sería bueno para ti —dijo el Hombre—, y no te lo recomiendo. Podrías ver cosas que te pondrían más nostálgico que el fuego y las chimeneas, y a la postre eso sería tan malo como los dragones.

El perro de la luna no se puso rojo, porque no podía; y no dijo nada, pero se fue y se tendió en un rincón y se preguntó cuanto sabría el viejo de todo lo que pasaba, y también de todo lo que se decía. Por un momento se preguntó asimismo qué querría decir exactamente el viejo; pero esto no le preocupó mucho tiempo; él era un tipo despreocupado.

En cuanto a Roverandom, cuando recuperó el aliento, unos días después, el Hombre de la Luna llegó y lo llamó con un silbido. Luego bajaron y bajaron juntos, siempre escaleras abajo, hasta los sótanos, que estaban excavados dentro del acantilado y tenían unos ventanucos que miraban a un precipicio sobre los amplios espacios de la luna; y a continuación bajaron unos escalones secretos que parecían conducir directamente debajo de las montañas, hasta que después de un largo trecho llegaron a un sitio completamente oscuro y se detuvieron, aunque Roverandom no dejaba de volver la cabeza, como desconcertado, después de kilómetros de bajar escaleras y dar vueltas y más vueltas.

En completa oscuridad, el Hombre de la Luna brillaba pálidamente, todo él, como un gusano de luz, y ésa era la única luz de que disponían. Aun así, era suficiente para ver la puerta, una puerta grande en el suelo. El viejo tiró de ella, y, al levantarla, la oscuridad pareció salir de la abertura, como si fuera una niebla, Roverandom ya no pudo ver ni siquiera el débil resplandor del Hombre.

—¡Baja, perrito bueno! —dijo, y la voz del Hombre emergió de la oscuridad.

No debes sorprenderte si te digo que Roverandom no se comportó como un buen perro, pues no se movió. Retrocedió hasta el rincón más apartado de la pequeña sala y bajó las orejas. Tenía más miedo del agujero negro que del hombre viejo.

Pero no le sirvió de nada. El Hombre de la Luna lo agarró y lo arrojó al agujero sin rodeos; y cuando caía y caía en el vacío, Roverandom oyó que le gritaba, ya muy lejos, encima de él:

—¡Déjate caer en línea recta y luego vuela siguiendo la dirección del viento! ¡Espérame en el otro extremo!

Eso debería haberlo tranquilizado, pero no fue así. Después, Roverandom diría

siempre que ni siquiera caer por el borde del mundo podía ser peor, y que, en cualquier caso, fue la más mala de todas sus aventuras, y que cada vez que la recordaba tenía la sensación de haber perdido la barriga. Puedes creer que todavía sigue pensando así cuando grita en sueños y se aferra súbitamente a la alfombra de delante de la chimenea.

En cualquier caso, la caída llegó a su fin. Después de un buen rato, el descenso se fue haciendo más lento hasta que por último él casi se detuvo. Durante el resto del trayecto tuvo que utilizar sus alas; y era como volar hacia arriba, a lo largo de una gran chimenea; por suerte, ayudado en todo el trayecto por una corriente poderosa. Cuando por fin llegó a la cima estaba más que contento.

Allí, en el borde del agujero pero del otro lado, estuvo jadeando, esperando obedientemente, y angustiado, al Hombre de la Luna. Transcurrió un buen rato hasta que apareció, y Roverandom tuvo tiempo para ver que estaba en el fondo de un valle profundo y oscuro, entre montes bajos y sombríos. Nubes negras parecían reposar en las cimas, y más allá de las nubes sólo había una estrella.

De repente, tuvo mucho sueño; en unos oscuros arbustos cercanos un pájaro entonó un canto somnoliento que le pareció extraño y maravilloso después de los pequeños pájaros mudos del otro lado a los que se había acostumbrado. Roverandom cerró los ojos.

—¡Despierta, perrito! —gritó una voz; y Roverandom dio un salto justo a tiempo para ver cómo el Hombre salía del agujero sujeto a una soga que una gran araña gris (mucho más grande que él) se apresuró a sujetar a un árbol próximo.

El Hombre saltó fuera.

—¡Gracias! —dijo a la araña—. ¡Y ahora vete! —Y la araña se fue, contenta. En el lado oscuro hay arañas negras, venenosas, aunque no tan grandes como los monstruos del lado blanco. Odian todo lo blanco o pálido o claro, y especialmente a las arañas pálidas, a las que odian como a esos parientes ricos que rara vez se dejan ver.

La araña gris bajó por la soga al agujero, y en el mismo momento la araña negra bajó del árbol.

—¡Ahora! —gritó el viejo a la araña negra—. ¡Vuelve aquí! Ésa es mi puerta privada, y no debes olvidarlo. Sólo tienes que hacerme una bonita hamaca con esos dos tejos, y te perdonaré.

—Trepar arriba y abajo a través del centro de la luna es bastante pesado —le dijo la araña a Roverandom—, y creo que me vendría bien un poco de descanso antes de que lleguen. Son muy simpáticos, pero necesitan mucha energía. Naturalmente, yo podría echar mano de las alas, sólo que las gasto demasiado deprisa; además eso significaría hacer más grande el agujero, pues mis alas difícilmente entrarían, y yo soy una excelente trepadora con la cuerda.

—Y ahora, ¿qué piensas de este lado? —continuó el Hombre—. Es oscuro con un cielo pálido, mientras que el otro era pálido con un cielo oscuro, ¿no es así? Un cambio total, sólo que aquí no hay mucho más color real que allí, no lo que yo llamo color real, montones y montones de color[52]. Debajo de los árboles hay unos cuantos destellos, si miras, luciérnagas y escarabajos diamantinos y alevillas como rubíes, y otros similares. Pero muy pequeños; muy pequeños, como todas las cosas que brillan en este lado. Y tienen una vida terrible, con búhos como águilas[53] y tan negros como el carbón, y cuervos como buitres y tan numerosos como gorriones, y todas esas arañas negras. Pero lo que a mí, personalmente, menos me gustan son esos pájaros como terciopelo negro que vuelan todos juntos en nubes. Ni siquiera se apartan de mi camino. No me atrevo a esparcir un poco de luz, pues todos quedarían apresados en mi barba.

»Aun así, este lado tiene sus encantos, perrito; y uno de ellos es que nadie y ningún perro de la tierra lo ha visto hasta ahora, estando despierto, ¡excepto tú!

Entonces, el Hombre saltó de repente hasta la hamaca que la araña negra había tejido para él mientras hablaba, y se quedó dormido en un abrir y cerrar de ojos.

Roverandom se quedó solo y lo miró, con un ojo pendiente de las arañas negras. Aquí y allá, debajo de los árboles oscuros e inmóviles, parpadeaban y se movían pequeños focos de luz, rojos, verdes, dorados y azules. El cielo estaba pálido con extrañas estrellas encima de los mechones flotantes de la nube de terciopelo. Miles de ruiseñores parecían estar cantando en algún otro valle, un poco por debajo de las colinas más próximas. Y entonces Roverandom oyó el sonido de voces de niños, o el eco del eco de unas voces que llegaba con una brisa súbita y suave. Se detuvo y ladró con el ladrido más fuerte con que había ladrado desde que empezó este cuento.

—¡Válgame Dios! —gritó el Hombre de la Luna, despertando de golpe y saltando de la hamaca a la hierba, cerca del rabo de Roverandom—. ¿Han llegado ya?

—¿Quiénes? —preguntó Roverandom.

—Está bien, pero si no los has oído, ¿por qué ladrabas? —dijo el viejo—. ¡Ven por aquí!

Fueron por un largo sendero gris, marcado con piedras débilmente luminosas, y cubierto por arbustos que colgaban a los lados. El sendero seguía y seguía, y los arbustos se convirtieron en pinos, y de noche el aire estaba lleno del olor de los pinos. Después, el sendero empezó a subir; y al cabo de un rato llegaron a la cima del punto más bajo en la cadena de montañas en la que estaban encerrados.

Roverandom miró entonces abajo, al valle más próximo; y todos los ruiseñores dejaron de cantar al momento, y voces de niños flotaron, claras y dulces, pues cantaban una bonita canción con muchas voces integradas en una sola música.

El viejo y el perro corrían y saltaban juntos colina abajo. ¡Qué digo! ¡El Hombre de la Luna podía saltar de roca en roca!

—¡Venga, venga! —gritó—. ¡Es posible que yo sea un macho cabrío con barba, un macho cabrío salvaje o de jardín, pero tú no puedes atraparme! — Y Roverandom tenía que volar para poder seguirlo.

Y de repente llegaron a un precipicio escarpado, no muy alto, pero oscuro y terso como el azabache. Al echar una mirada, Roverandom vio abajo un jardín crepuscular[54]; y mientras miraba el crepúsculo se convirtió en la blanda luz de un sol de media tarde, aunque no pudo ver de dónde procedía ese leve resplandor que iluminaba todo aquel lugar protegido y nunca llegaba más allá. Allí había montañas grises, y grandes prados; y niños por todas partes, danzando adormecidos, caminando como en sueños y hablando consigo mismos. Algunos estaban aturdidos como si acabaran de despertar de un profundo sueño; otros corrían y reían, ya completamente despiertos: cavaban, recogían flores, levantaban tiendas y casas, cazaban mariposas, jugaban a la pelota, trepaban a los árboles; y todos cantaban.

—¿De dónde vienen todos ellos? —preguntó Roverandom, desconcertado y complacido.

—De sus casas y de sus camas, por supuesto —le dijo el Hombre.

—¿Y cómo llegan aquí?

—Eso no te lo voy a decir y nunca lo averiguarás. Eres un ser afortunado, como lo es todo aquel que llega aquí por el camino que sea; pero en cualquier caso los niños no llegan por tu camino[55]. Unos vienen a menudo, otros rara vez, y yo fabrico la mayor parte de los sueños. Una parte la traen ellos, naturalmente, como quien lleva el almuerzo a la escuela, y otra parte (lamento decirlo) la hacen las arañas, pero no en este valle, y siempre que yo no las sorprenda a tiempo. ¡Y ahora vamos y unámonos a la fiesta!

El acantilado de azabache era de paredes abruptas. Demasiado lisas para que alguien pudiera escalarlas aun una araña, aunque la verdad es que ninguna lo había intentado; de hecho las arañas podían deslizarse por la pendiente, pero no subir por ella; y en aquel jardín había centinelas ocultos, además del Hombre de la Luna, sin el cual ninguna fiesta estaba completa, pues era él quien las celebraba.

Y ahora se presentó de repente en ésta. Simplemente se sentó y, ¡zas!, fue a parar en medio de una multitud de niños, con Roverandom dando vueltas encima de él, sin acordarse para nada de que podía volar. O que había podido volar, pues cuando se encontró en el suelo comprobó que se había quedado sin alas.

—¿Qué hace aquí ese perrito? —le dijo un niño pequeño al Hombre.

Roverandom daba vueltas y más vueltas como una peonza, tratando de verse el lomo.

—Buscar sus alas, jovencito. Cree que se le han despegado al bajar, pero las tengo en mi bolsillo. Aquí abajo no se permiten las alas; de aquí no se marcha nadie sin permiso, ¿de acuerdo?

—¡Sí, papá barba larga! —dijeron unos veinte niños, todos a la vez, y un niño se aferró a la barba del viejo y trepó hasta el hombro. Roverandom pensó que iba a verlo convertido en una alevilla o en un trozo de caucho, o algo similar.

—¡Válgame Dios, eres un pequeño escalador de cuerda, jovencito! —dijo el Hombre—. Te tendré que dar unas lecciones. —Y al momento lanzó al niño al aire. Pero éste no cayó de nuevo al suelo, ni mucho menos. Permaneció en el aire; y el Hombre de la Luna le arrojó una cuerda de plata que sacó del bolsillo.

»¡Baja de ahí rápidamente! —dijo; y el niño se deslizó hasta los brazos del viejo, donde enseguida sintió que le hacían cosquillas—. Si ríes tan fuerte te vas a despertar —dijo el Hombre, y lo dejó sobre la hierba y se metió en la multitud.

A Roverandom lo dejaron que se divirtiera, y en este mismo momento corría detrás de una bonita pelota amarilla («exactamente igual a la que tengo en casa», pensó él), cuando oyó una voz conocida.

—¡Ahí está mi perrito! —dijo la voz—. ¡Ahí está mi perrito! Siempre pensé que era real. ¡Es fantástico que esté aquí, pues nosotros estuvimos mirando y remirando en todo el arenal y lo llamamos gritando y silbando cada día!

Tan pronto como Roverandom oyó aquella voz se sentó y alzó las patas de delante, suplicando.

—¡Es mi perrito! —dijo el niño Dos; y corrió hacia él y empezó a acariciarlo—. ¿Dónde has estado?

Pero todo lo que Roverandom pudo decir en el primer momento fue:

—¿Puedes oírme?

—Por supuesto que puedo —dijo el niño Dos—. Cuando mamá te llevó a casa, ni siquiera querías escucharme a pesar de que ensayé mi mejor lenguaje canino contigo. Y creo que tampoco querías hablar conmigo; parecía que estuvieras pensado en otra cosa.

Roverandom dijo lo mucho que lo lamentaba, y explicó al niño cómo se había caído de su bolsillo; y todo lo referente a Psámatos, y a Mew, y muchas de las aventuras que había vivido desde que se perdió. Así es como el niño y sus hermanos llegaron a conocer al extraño personaje de la arena, y aprendieron un montón de cosas útiles que de otro modo habrían ignorado. El niño Dos pensó que «Roverandom» era un nombre magnífico.

—Yo también te llamaré así —dijo—. ¡Y no olvides que todavía me perteneces!

Luego jugaron con la pelota, y al escondite, y corrieron, y dieron un largo paseo, y jugaron a la caza del conejo (sin otro resultado, por supuesto, que una gran excitación, pues los conejos eran demasiado esquivos), y chapotearon insistentemente en los charcos, y otras muchas cosas, una detrás de otra, durante un tiempo interminable, y cada una de ellas les gustaba más que las demás. El pequeño Dos estuvo rodando y rodando sobre la hierba cubierta de rocío, con una luz propia de la

hora de acostarse (pero en aquel sitio nadie parecía preocuparse por la hierba mojada o por la hora de ir a la cama), y el perrito estuvo también rodando y rodando con él, sosteniéndose sobre la cabeza como ningún perro de la tierra lo había hecho desde el perro muerto de la Madre Hubbard[56]; y el niño estuvo riéndose hasta que... desapareció de repente y dejó a Roverandom completamente solo en la hierba.

—Se ha despertado, eso es todo —dijo el Hombre de la Luna, que apareció de improviso—. Se ha ido a casa, era la hora. ¿Por qué? Pues porque sólo falta un cuarto de hora para el desayuno. Esta mañana se quedará sin paseo por el arenal. Bueno, bueno, me temo que también para nosotros es hora de irse.

Así, muy a pesar suyo, Roverandom volvió al lado blanco con el Hombre de la Luna. Hicieron todo el camino a pie y tardaron muchísimo; y Roverandom no disfrutó tanto como debiera, pues vieron toda suerte de cosas extrañas y vivieron muchas aventuras; por supuesto siempre totalmente a salvo, con el Hombre de la Luna pegado a él. Esto era de agradecer pues en las ciénagas había montones de horribles criaturas reptantes que de otro modo habrían apresado rápidamente al perrito. El lado oscuro era tan húmedo como seco el lado blanco, y estaba lleno de las más extraordinarias plantas y criaturas, de las que te hablaría si Roverandom se hubiera fijado en ellas. Pero no lo hizo; pensaba en el jardín y en el niño.

Finalmente llegaron al borde gris[57], y miraron más allá de los valles de cenizas donde vivían muchos de los dragones, y a través de un hueco en las montañas contemplaron la gran llanura blanca y los brillantes acantilados. Vieron cómo el mundo se elevaba, una luna de color verde pálido y dorado, enorme y redonda, sobre los hombros de las Montañas Lunares; y Roverandom pensó: «¡Ahí vive mi pequeño dueño!» Parecía un camino terriblemente largo.

—¿Es cierto que los sueños se hacen realidad? —preguntó.

—Algunos míos, sí —dijo el viejo—. Algunos, pero no todos; y rara vez enseguida, o exactamente como eran cuando se soñaron. Pero, ¿por qué quieres saber cosas de los sueños?

—Era sólo una pregunta —dijo Roverandom.

—Acerca del niño —dijo el Hombre—. Ya me lo imaginaba. —Enseguida sacó un telescopio del bolsillo. Una vez desplegado, era enormemente largo. —Creo que un vistazo no te hará ningún mal —añadió.

Roverandom miró por el telescopio cuando por fin consiguió cerrar un ojo y mantener abierto el otro. Sencillamente vio el mundo. Primero vio el extremo lejano de la senda de la luna que caía directamente en el mar; y pensó que veía unas largas hileras, débiles y más bien delgadas, de pequeños seres que bajaban a toda prisa, pero no estaba muy seguro. La luz de la luna se extinguió rápidamente. La luz del sol empezó a crecer; y de repente apareció la ensenada del hechicero de la arena (pero sin rastro de Psámatos, pues no permitía que lo espiaran); y al cabo de un rato los dos

niños entraron en escena: iban por la playa tomados de la mano. «¿Me buscan a mí o buscan caracolas?» se preguntó el perro.

Muy pronto la escena cambió, y Roverandom vio la casa blanca del niño sobre el acantilado, con un jardín que descendía hasta el mar; y junto a la cancela vio —una desagradable sorpresa— al viejo brujo sentado en una roca y fumando su pipa, como si no tuviera otra cosa que hacer que pasarse la vida mirando, con el viejo sombrero verde echado hacia atrás en la cabeza y el chaleco desabrochado.

—¿Qué está haciendo el viejo Arta..., o como lo llames, en la cancela? —preguntó Roverandom—. Debí pensar que se había olvidado de mí hace ya mucho tiempo. ¿No han terminado aún sus vacaciones?

—No, te está esperando, perrito. No te ha olvidado. Si vas hasta allí arriba ahora mismo, como animal de verdad o de juguete, te echará rápidamente un nuevo hechizo. No es que le preocupe mucho lo de los pantalones, enseguida fueron remendados, pero la interferencia de Sámatos le ha molestado mucho; y Sámatos aún no ha terminado de hacer componendas para tratar con él.

Entonces Roverandom vio que el viento se llevaba el sombrero de Artajerjes y que el brujo corría tras él; y como se podía ver fácilmente, tenía un precioso remiendo en sus pantalones, un remiendo de color naranja con puntos negros.

—¡Creí que un brujo podía remendarse mejor los pantalones! —dijo Roverandom.

—¡Pues él piensa que lo ha hecho muy bien! —dijo el viejo—. Hechizó un trozo de las cortinas de alguien, que recibió un seguro contra incendios, y él se quedó con el parche de color, y todos felices. Aun así, tienes razón. Ha fracasado, creo yo. Es triste ver cómo un hombre pierde su magia después de todos estos siglos; pero tal vez es una suerte para ti. —El Hombre de la Luna cerró el telescopio con un chasquido, y los dos salieron de allí.

—Aquí están de nuevo tus alas —dijo cuando llegaron a la torre—. ¡Ahora emprende el vuelo y diviértete! ¡No te preocupes por los rayos de luna, no mates mis conejos blancos y vuelve cuando tengas hambre! O algún otro contratiempo.

Roverandom emprendió el vuelo al momento en busca del perro de la luna para hablarle del otro lado, pero estaba un poco celoso de un visitante al que le habían permitido ver cosas que a él le estaban vedadas, y le dio a entender que le interesaban muy poco.

—En resumidas cuentas, una cosa horrible —gruñó—. Estoy seguro de que no quiero verla. Supongo que ahora te vas a aburrir en el lado blanco, y teniéndome sólo a mí para ir de paseo, en vez de todos tus amigos de dos patas. Es una lástima que el brujo persa sea tan terco y ahora no puedas volver al hogar.

Roverandom se sintió más bien herido; y le dijo de nuevo, una y otra vez, al perro de la luna que estaba contentísimo de estar otra vez en la torre, y que nunca se

aburriría en el lado blanco. Pronto los dos decidieron ser nuevamente buenos amigos y hacer montones y montones de cosas juntos; y, aun así, lo que el perro de la luna había dicho cuando estaba de mal humor resultó ser verdad. No fue culpa de Roverandom, quien hizo todo lo posible para que no se viera, pero en cierto modo ninguna de las aventuras o exploraciones le parecía tan excitante como las que habían hecho antes, y pensaba constantemente en lo bien que se lo pasaba en el jardín con su amo, el pequeño Dos.

Visitaron el valle de los gnomos blancos de la luna (en forma abreviada, gnomos lunares) que van de un lado a otro montados en conejos, y hacen *pancakes* con copos de nieve, y cultivan pequeños manzanos dorados no más grandes que botones de oro. Pusieron cristales rotos y clavos de estaño delante de las guaridas de algunos de los dragones más pequeños (mientras dormían) y permanecieron despiertos hasta medianoche para oírlos rugir de rabia, como ya te he dicho, los dragones acostumbran a tener blanda la barriga, y cada noche salen a beber a las doce, sin hablar ya de las horas intermedias. A veces los perros se atrevían incluso a hostigar a las arañas, mordiendo las telarañas y liberando los rayos de luna, y remontando vuelo justo a tiempo, mientras las arañas les lanzaban cuerdas con lazo desde lo alto de las colinas. Pero durante todo el tiempo Roverandom estuvo buscando al cartero Mew y el periódico *Noticias del Mundo*[58] (dedicado casi todo a asesinatos y partidos de fútbol, como sabe incluso un perro pequeño; pero a veces se encuentra una buena noticia escondida en un rincón).

Roverandom se perdió la siguiente visita de Mew, pues estaba de excursión, pero cuando volvió el viejo aún continuaba leyendo las cartas y las noticias (y también parecía de un excelente buen humor, sentado en el tejado con los pies colgando del borde, fumando la enorme pipa blanca de arcilla, lanzando nubes de humo como una máquina de tren y sonriendo con su redonda cara de viejo).

Roverandom sintió que no podía aguantar más.

—Tengo una pena en mi corazón —dijo—. Quiero volver junto al niño para que su sueño sea cierto.

El viejo dejó su carta (trataba de Artajerjes y era muy divertida) y se quitó la pipa de la boca.

—¿Tienes que irte? ¿No puedes quedarte? ¡Tan rápido! ¡Ha sido un placer conocerte! Tienes que dejarte caer por aquí algún otro día. ¡Me complacerá verte cuando se te ocurra! —dijo de un tirón, conteniendo el aliento.

»¡Muy bien! —siguió diciendo en un tono más sensible—. Artajerjes ya está preparado.

—¿Cómo? —preguntó Roverandom, realmente excitado de nuevo.

—Se ha casado con una sirena y se ha ido a vivir al fondo del Profundo Mar Azul.

—¡Espero que ella le remiende mejor los pantalones! Un remiendo de algas marinas hará juego con su sombrero verde.

—¡Mi querido perrito! Cuando se casó llevaba un traje completamente nuevo, verde como las algas marinas, con botones rosados de coral y charreteras de anémonas de mar; ¡y le quemaron el viejo sombrero en la playa! Sámatos se cuidó de todo. ¡Oh! Sámatos es muy profundo, tan profundo como el Profundo Mar Azul, y espero que arregle así, a su gusto, montones de cosas, además de lo tuyo, mi querido perrito.

»¡Me pregunto cómo va a terminar todo! Artajerjes tiene en estos momentos veinte o veintiún años, me parece; y monta un gran alboroto por cosas muy pequeñas. Es muy obstinado, sin duda. En otro tiempo era un mago bastante bueno, pero se ha convertido en un ser malhumorado y en un fastidio permanente. Cuando llegó y desenterró al viejo Sámatos con una azada de madera en plena tarde y lo sacó de su agujero por las orejas, el Samatista pensó que las cosas habían ido demasiado lejos, y no me sorprende. "Tanto alboroto, precisamente en mi mejor hora de dormir, y todo por culpa de un miserable pequeño chucho": eso es lo que me escribe, y no tienes por qué ruborizarte.

»Cuando se calmaron, invitó a Artajerjes a una fiesta de sirenas, y así fue como ocurrió todo. Se llevaron a Artajerjes para tomar un baño a la luz de la luna, y nunca más volvió a Persia, ni siquiera a Pershore. Se enamoró de la hija del rico rey de los mares, ya no muy joven pero encantadora, y una noche después se casaron.[59]

«Probablemente eso no esté mal, tampoco. Durante algún tiempo no ha habido un mago residente en el océano. Proteo, Poseidón, Tritón, Neptuno[60] y todos los demás se convirtieron hace mucho tiempo en pececillos o mejillones, y en cualquier caso nunca se interesaron mucho por las cosas que ocurrían fuera del Mediterráneo; les gustaban demasiado las sardinas. También el viejo Niord[61] se retiró hace mucho tiempo. Por supuesto, él no podía prestar mucha atención a los asuntos después de ese estúpido matrimonio con la giganta; recuerda que ella se enamoró de él porque tenía los pies limpios (cosa muy conveniente en casa) y se desenamoró de él cuando ya era demasiado tarde, porque los tenía mojados. Ahora él está de capa caída, tengo entendido; pobre y adorable viejo chocho. Por culpa del combustible líquido agarró una tos horrible, y se ha retirado a la costa de Islandia para tener un poco de sol.

»Estaba el Viejo del Mar[62], por supuesto. Era primo mío, lo cual no me enorgullece. En cierto modo era una carga, se resistía a andar y siempre quería que lo llevaran, tal como lo oyes. Eso fue su muerte. Estaba sentado encima de una mina flotante (si sabes lo que quiero decir) hace un año o dos, ¡justamente encima de uno de los botones![63] Ni siquiera mi magia pudo hacer algo en un caso así. Fue peor que lo de Humpty-Dumpty[64].

—¿Qué hay de Britania? —preguntó Roverandom, que después de todo era un

perro inglés; aunque estaba realmente un poco aburrido de todo esto, y quería oír más cosas acerca de su brujo—. Yo creía que Britania mandaba en las olas.

—A decir verdad, ella nunca se moja los pies. Prefiere acariciar leones en la playa y sentarse en un penique con un tenedor en la mano[65], y en cualquier caso hay cosas de las que ocuparse además de las olas. Ahora tienen a Artajerjes, y espero que les sea útil. Se va a pasar los primeros años intentando cultivar ciruelas en pólipos, espero, si le dejan; y eso va a ser más fácil que mantener a raya a la población marina.

»¡Bien, bien, bien! ¿Dónde estaba yo? Por supuesto que puedes volver ahora, si quieres. De hecho, sin querer ser demasiado cortés, es hora de que vuelvas lo antes posible. El viejo Sámatos es tu primera llamada, y no sigas mi mal ejemplo y no olvides las letras *Ps* cuando lo veas[66].

Mew apareció de nuevo al día siguiente, con correo extra, un inmenso número de cartas para el Hombre de la Luna y fardos de publicaciones periódicas: *La Flora Marina, Semanario Ilustrado, Nociones Oceánicas, El Correo de los Mares, La Caracola* y *La Rociada Matutina.* Todas ellas llevaban exactamente las mismas (exclusivas) fotografías de la boda de Artajerjes en la playa una noche de luna llena, con el señor Psámatos Psamátides, el conocido financiero (título marino de respeto), haciendo muecas al fondo. Pero eran más bonitas que nuestras fotos, pues al menos eran de color; y la sirena era realmente muy bella (la cola quedaba dentro de la espuma)[67].

Había llegado el momento de decir adiós. El Hombre de la Luna sonrió a Roverandom, y el perro de la luna se hizo el distraído. Roverandom tenía el rabo más bien caído, y todo lo que dijo fue:

—¡Adiós, perrito! ¡Cuídate, no te preocupes por los rayos de luna, no mates los conejos blancos y no comas demasiado en la cena!

—Tú también eres un perrito —dijo el Rover de la luna—. ¡Y deja de comerte los pantalones de los brujos! —Eso fue todo; y sin embargo, creo yo, Rover estuvo importunando constantemente al viejo Hombre de la Luna para que lo enviara de vacaciones a visitar a Roverandom, y en efecto le ha permitido ir varias veces desde entonces.

Después, Roverandom volvió con Mew, y el Hombre de la Luna regresó a sus sótanos, y el perro de la luna se sentó en el tejado y vio cómo los dos se perdían de vista.

4

DESDE LA ESTRELLA POLAR soplaba un viento frío cuando se acercaron al borde del mundo y el rocío gélido de las cataratas cayó sobre ellos. El camino de vuelta había sido más duro, pues entonces la magia del viejo Psámatos no demostró tener muchas prisas; y ellos se alegraron de poder descansar en la Isla de los Perros. Pero como Roverandom seguía con su tamaño de perro encantado no disfrutó mucho allí. Los otros perros eran demasiado grandes y alborotadores, y demasiado prepotentes; y los huesos de los árboles de hueso eran demasiado grandes y descarnados.

Era el amanecer del día después del día después de mañana cuando por fin divisaron los negros acantilados de la casa de Mew; y el sol era cálido detrás de ellos, y las cimas de las colinas de arena estaban ya secas y doradas en el momento en que bajaron hasta la ensenada de Psámatos.

Mew lanzó un pequeño grito y golpeó con el pico un trocito de madera que había en el suelo. Inmediatamente el trocito de madera se alzó en el aire y se convirtió en la oreja izquierda de Psámatos, a la que se unió la otra oreja, y pronto fue seguida por el resto de la fea cabeza y el cuello del mago.

—¿Qué queréis vosotros dos a estas horas del día? —gruñó Psámatos—. Es mi hora predilecta para dormir.

—¡Hemos vuelto! —dijo la gaviota.

—Y por lo que veo, tú has dejado que ella te trajera en su lomo —dijo Psámatos, volviéndose al perrito—. Después de escapar de la persecución del dragón debí pensar que un pequeño vuelo de vuelta a casa te iba a parecer casi un paseo.

—Pero por favor, señor —dijo Roverandom—. He dejado atrás mis alas; en realidad no me pertenecían. Y prefiero volver a ser un perro normal.

—¡Oh, está bien! Aun así, espero que lo hayas pasado bien como «Roverandom». Era tu deber. Ahora sólo puedes ser Rover de nuevo, si realmente quieres; y puedes ir a casa y jugar con tu pelota amarilla, y dormir en el sillón cuando tengas oportunidad, y descansar en las rodillas y ser de nuevo un respetable perrito ladrador.

—¿Qué hay del niño? —preguntó Rover.

—Pero tú, tonto, te escapaste y te fuiste corriendo a la luna —dijo Psámatos, fingiendo estar molesto o sorprendido, pero haciendo al mismo tiempo un pícaro guiño de complicidad con un ojo—. Dije casa y casa quise decir. ¡No me vengas ahora a farfullar y discutir!

El pobre Rover farfullaba porque trataba de decir con toda cortesía «Señor Psámatos». Al fin lo dijo.

—Por, P-Por favor, Señor P-P-Psámatos —dijo en el tono más conmovedor—. Por, por favor, p-perdóneme, pero he vuelto a verlo; y ahora no me escaparé; y en

realidad yo le pertenezco, ¿no es así? Por lo tanto debo volver a su lado.

—¡Eso es una majadería y un disparate! ¡Por supuesto que ni le perteneces ni debes volver a su lado! Tú perteneces a la anciana señora que te compró primero, y tendrás que ir con ella. No se pueden comprar cosas robadas, y tampoco cosas embrujadas, como sabrías si conocieras la ley, pequeño y tonto perro. La madre del niño Dos se gastó seis peniques en ti, y eso es todo. Y en cualquier caso, ¿de qué sirve vivir algo en sueños? — concluyó Psámatos con un guiño rotundo.

—Yo creía que algunos de los sueños del Hombre de la Luna se hacían verdad — dijo el pequeño Rover con tristeza.

—¡Oh! Está bien, eso es cosa del Hombre de la Luna. *Mi* cometido es devolverte enseguida a tu tamaño y enviarte de regreso a donde te corresponde. Artajerjes se ocupa ahora de otras cosas útiles, por lo tanto, no tiene que preocuparnos más. ¡Ven aquí!

Psámatos alzó a Rover *y* agitó una mano gorda sobre la cabeza del perrito, y... ¡no hubo ningún cambio!

Entonces, Psámatos se levantó de la arena, y Rover vio por primera vez que sus piernas eran como patas de conejo. Pateó y brincó, y lanzó arena al aire con los pies, y pisoteó las caracolas, y bufó como un perro faldero enfurecido; ¡y aun así no ocurrió absolutamente nada!

—Si esto es obra de un brujo de plantas marinas, ¡llénale de ampollas y verrugas! —juró—. Si es obra de un recolector de ciruelas persa, ¡envásalo y prénsalo! —gritó, y continuó gritando hasta que se sintió cansado. Luego se sentó.

»¡Bien, bien! —dijo al fin, cuando estaba ya más tranquilo—. ¡Vivir para aprender! Pero Artajerjes es sumamente peculiar. ¿Quién podía saber que se iba a acordar de ti en medio de toda la excitación de la boda, y que iba a malgastar su más poderoso conjuro en un perro antes de iniciar la luna de miel, como si su primer hechizo no valiera más que un estúpido pequeño perro? Como si no bastara con rasgarle a uno la piel.

»¡Bien! De todos modos, no necesito averiguar qué hay que hacer — continuó Psámatos—. Sólo hay una posibilidad. Tienes que ir y encontrarlo y pedirle perdón. Pero, ¡palabra de honor!, esto no se lo voy a perdonar hasta que el mar sea dos veces más salado y la mitad de húmedo. ¡Vosotros dos, id a dar un paseo y volved dentro de media hora cuando esté de mejor humor!

Mew y Rover fueron a lo largo de la costa y subieron al acantilado, Mew volando lentamente y Rover trotando a la par, muy triste. Se detuvieron delante de la casa del padre del niño; y Rover incluso se acercó a la cancela y se sentó en un macizo de flores, debajo de la ventana del niño. Aún era muy temprano, pero él ladró y ladró, esperanzado. Los niños o aún dormían profundamente o no estaban en casa, pues nadie acudió a la ventana. Eso fue al menos lo que pensó Rover. Había olvidado que

las cosas son diferentes en el mundo vistas desde el jardín trasero de la luna, y que el hechizo de Artajerjes seguía actuando sobre su tamaño y sobre la fuerza de sus ladridos.

Después de un rato, Mew lo llevó de nuevo, entristecido, a la ensenada. Allí lo esperaba una sorpresa absolutamente nueva. ¡Psámatos estaba hablando a una ballena! Una ballena grandísima, Uin, la más vieja de las ballenas reales[68]. Al pequeño Rover le pareció como una montaña; estaba sumergida en un charco profundo, con la enorme cabeza cerca del borde del agua.

—Lo siento, no pude conseguir nada más pequeño al recibir la noticia — dijo Psámatos—. Pero es muy confortable.

—¡Entra! —dijo la ballena.

—¡Adiós! ¡Entra! —dijo la gaviota.

—¡Entra! —dijo Psámatos—, ¡y date prisa! Y no muerdas y arañes dentro; eso podría hacer que Uin se pusiera a toser, y sería muy incómodo para ti.

Esto era casi tan malo como pedirle a uno que se lanzara al agujero, en los sótanos del Hombre de la Luna, y Rover se echó atrás, de modo que Mew y Psámatos tuvieron que empujarlo. Y lo empujaron, hay que decirlo, sin miramientos; y las mandíbulas de la ballena se cerraron con un chasquido.

Dentro estaba por cierto muy oscuro, y olía a pescado. Rover se había sentado y temblaba; y entretanto (sin atreverse ni siquiera a rascarse las orejas) oyó, o creyó oír, los latigazos y los golpes de la cola de la ballena en las aguas; y sintió, o creyó sentir, que la ballena se sumergía más y más, siempre buscando el fondo del Profundo Mar Azul.

Pero cuando la ballena se detuvo y abrió otra vez la boca cuanto pudo (y complacida, pues las ballenas prefieren nadar con las mandíbulas muy abiertas y capturando una buena cantidad de alimento, aunque Uin era un animal considerado), Rover miró fuera; era muy profundo, inconmensurablemente profundo, pero en absoluto azul. Sólo había una luz de un color verde pálido; y Rover salió y se encontró en un sendero blanco de arena que serpenteaba a través de un oscuro y fantástico bosque.

—¡Adelante, siempre recto! No tienes que andar mucho —dijo Uin.

Rover siguió adelante en línea recta, tan recta como permitía el sendero, y pronto tropezó con la puerta de un gran palacio, hecho, así parecía, de piedra blanca y rosada que desprendía una luz pálida; y en las numerosas ventanas brillaban unas luces nítidas de tonos verdes y azules. Alrededor de los muros crecían enormes árboles de mar, más altos que las cúpulas del vasto palacio que se elevaba resplandeciente en las aguas oscuras. Los grandes troncos de los árboles se inclinaban y movían como hierbas, y la sombra de las incontables ramas estaban abarrotadas de peces dorados, peces plateados, y peces rojos, y peces azules y peces fosforescentes como pájaros.

Pero los peces no cantaban. Las sirenas cantaban dentro del palacio. ¡Cómo cantaban! Y todas las hadas marinas cantaban a coro, y la música salía por las ventanas, cientos de criaturas marinas hacían sonar cuernos y flautas y caracolas.

Desde la oscuridad, debajo de los árboles, unos duendes marinos lo miraban sonrientes, y Rover siguió adelante tan deprisa como podía; tenía la sensación de que sus pasos eran lentos y se hundían profundamente en el agua. ¿Y por qué no se ahogaba? No lo sé, pero supongo que a Psámatos Psamátides se le había ocurrido algo (él sabía mucho más sobre el mar de lo que pensaba la mayoría de la gente, aunque si podía nunca metía en el agua ni un dedo del pie), mientras Rover y Mew habían ido a dar un paseo, y se había sentado y se había ido calmando poco a poco y había pensado un nuevo plan.

En cualquier caso, Rover no se ahogó; pero estaba deseando estar en algún otro sitio, incluso en el húmedo vientre de la ballena, ya antes de dirigirse hacia la puerta: aquellas formas y aquellas caras extrañas lo miraban desde los arbustos morados y la espesura esponjosa, junto al sendero que le pareció muy inseguro. Por fin llegó a la enorme puerta: una arcada dorada guarnecida de coral, y una puerta de madreperla tachonada de dientes de tiburón. La aldaba era un anillo enorme con percebes incrustados, y todos los pequeños apéndices de los percebes colgaban hacia fuera; pero naturalmente Rover no la alcanzaba, ni podía moverla de ninguna manera. Así pues, ladró, y para sorpresa suya fue un ladrido muy sonoro. Al tercer ladrido la música de dentro calló, y se abrió la puerta.

¿Quién crees que abrió la puerta? El propio Artajerjes, vestido con lo que parecía una prenda de terciopelo color ciruela y pantalones de seda verde; y aún tenía una gran pipa en la boca, sólo que ahora, al soplar, lanzaba preciosas burbujas con los colores del arco iris en vez de humo de tabaco; pero no llevaba sombrero.

—¡Hola! —dijo—. ¡De modo que has vuelto! Pensé que no tardarías en cansarte del viejo Psámatos (y bufó para emitir una exagerada P). Él no puede hacerlo todo. Bueno, ¿a qué has venido? Estamos en una fiesta, y has interrumpido la música.

—Por favor, señor Ertejerjes, quiero decir, Artajerjes —empezó a decir Rover, más bien atropelladamente y procurando ser muy educado.

—¡Oh, no te preocupes por la correcta pronunciación! ¡No me importa! —dijo el brujo más bien enojado—. Venga la explicación, y que sea corta; no tengo tiempo para largos galimatías. —Estaba bastante abrumado por su propia importancia (con extranjeros), desde su matrimonio con la hija del rico rey de los mares, y su destino en el Pacífico y el Atlántico como Mago (la gente lo llamaba en forma abreviada PAM[69], cuando no estaba delante)—. Si quieres verme para hablar de algo urgente, es mejor que vengas y esperes en la sala; puedo encontrar un momento después del baile.

Cerró la puerta detrás de Rover y salieron juntos. El perrito se encontró en un

inmenso espacio oscuro bajo una cúpula débilmente iluminada. Había arcadas puntiagudas cubiertas, todas ellas, con algas marinas, y la mayoría estaban a oscuras; pero había una rebosante de luz, y de ella salía una música sonora, una música que parecía continuar y continuar indefinidamente, sin repetirse nunca ni parar nunca para un descanso.

Rover se cansó pronto de esperar, así que fue hasta la puerta iluminada y miró a través de las algas. Entonces vio un amplio salón de baile con siete cúpulas y diez mil columnas de coral, iluminado con la magia más pura y lleno de agua caliente y rutilante. Allí todas las ninfas marinas de cabellos dorados y todas las sirenas de cabellos oscuros danzaban mientras cantaban; no danzando sobre sus colas, sino nadando maravillosamente, arriba y abajo, adelante y atrás, en las aguas claras.

Nadie advirtió la nariz del perrito que husmeaba a través de las algas marinas de la puerta, de modo que, al cabo de un rato, Rover entró cautelosamente. El suelo era de arena plateada y capullos rosados de mariposa, todos abiertos y moviéndose en el agua levemente arremolinada, y Rover se abrió camino cuidadosamente entre ellos, siempre pegado a la pared, hasta que una voz dijo de repente encima de él:

—¡Qué perrito tan lindo! Es un perrito de tierra, no de mar, estoy segura. ¡No entiendo cómo ha podido llegar hasta aquí una cosa tan pequeñita![70]

Rover levantó los ojos y vio a poca distancia encima de él una bellísima dama de mar con un gran peine negro en los cabellos dorados; le colgaba la cola, pues estaba sentada en una repisa, remendando los calcetines verdes de Artajerjes. Naturalmente se trataba de la nueva señora Artajerjes (conocida comúnmente como la Princesa Pañi; era bastante popular, mucho más de lo que se podía decir de su marido). En este momento, Artajerjes estaba sentado al lado de ella, y tuviera o no tuviera tiempo para largas monsergas, estaba escuchando la de su esposa. O la había estado escuchando antes de que apareciera Rover. La señora Artajerjes puso fin a su monserga y a su costura, tan pronto como vio a Rover, y tras deslizarse hacia abajo lo capturó y lo llevó al asiento. Éste era en realidad un asiento de ventana y estaba situado en el primer piso (una ventana interior); en las casas marinas no hay escaleras y, por la misma razón tampoco paraguas; y tampoco hay mucha diferencia entre ventanas y puertas.

Pronto, la dama de mar volvió a instalar en el asiento, confortablemente, su hermoso (y bastante voluminoso) cuerpo y puso a Rover en su regazo; inmediatamente se oyó un horrible gruñido debajo de la ventana.

—¡Estate quieto, Rover! ¡Estate quieto, perrito bueno! —dijo la señora Artajerjes. Pero no hablaba con Rover, hablaba con un perro de mar blanco, que en contra de lo que ella decía apareció ahora, gruñendo y rezongando y removiendo el agua con unos pies pequeños, y azotándola con la cola larga y plana y lanzando burbujas por la afilada nariz.

—¡Qué cosa tan pequeña y horrible! —dijo el perro recién llegado—. ¡Mira ese miserable rabo! ¡Mírale las patas! ¡Mírale el ridículo pelo!

—Mírate a ti —dijo Rover desde el regazo de la dama del mar—, y no querrás volver a hacerlo. ¿Quién te puso Rover? ¡Un cruce entre un pato y un renacuajo que pretende ser un perro! —De lo cual se puede ver que desde el primer momento se gustaron.

Ciertamente, pronto se hicieron grandes amigos, tal vez no exactamente como Rover y el perro de la luna, pues la estancia de Rover bajo el mar fue más corta y las profundidades no son un lugar tan divertido como la luna para los perros pequeños; de hecho están llenas de sitios oscuros y horribles adonde nunca ha llegado la luz y nunca llegará, pues no serán desvelados hasta que se extinga toda la luz. Allí viven criaturas horribles, demasiado viejas para la imaginación, demasiado poderosas para los hechizos, demasiado grandes para medirlas. Artajerjes ya lo sabía. El puesto de PAM no es el más agradable del mundo.

—¡Ahora empezad a nadar y divertíos! —dijo la esposa, cuando terminó la disputa perruna y los dos animales se pusieron a olfatearse recíprocamente—. ¡No os preocupéis de los peces de fuego, no mordáis a las anémonas, no os dejéis atrapar por las almejas; y volved para la cena!

—Por favor, yo no sé nadar —dijo Rover.

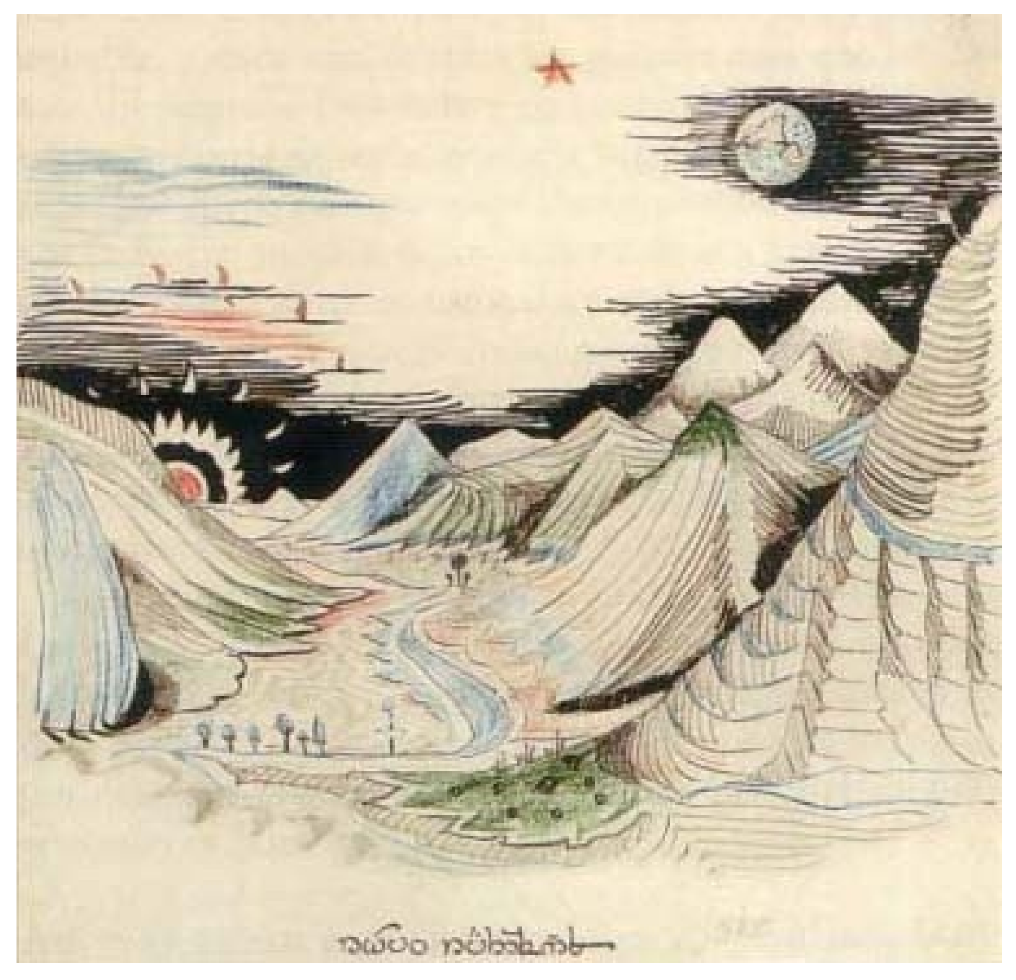
—¡Vaya por Dios! ¡Que engorro! —dijo la dama del mar—. ¡Venga, Pam! —Hasta el momento ella era la única que lo llamaba así a la cara.— ¡Aquí hay algo que realmente puedes hacer, por fin!

—¡Sí, querida! —dijo el brujo, deseoso de complacerla y contento de poder mostrar que efectivamente era un mago, y no un funcionario absolutamente inútil (en el lenguaje marino los llaman lapas)[71]. Del bolsillo de su chaleco sacó una pequeña varita (en realidad era una pluma, pero ya no servía para escribir: los pobladores del mar utilizan una extraña tinta viscosa que no sirve para las plumas) y se la entregó a Rover.

A pesar de lo que algunos decían, Artajerjes era por derecho propio un mago muy bueno (de lo contrario, Rover no habría vivido nunca estas aventuras), tal vez de una especie de arte menor pero que aun así requería mucha práctica[72]. En cualquier caso, tras el primer movimiento, el rabo de Rover empezó a moverse como la cola de un pez y las patas como si tuvieran membranas, y el pelo se le hizo más y más impermeable. Cuando terminó el cambio, enseguida se adaptó; y comprobó que nadar era bastante más fácil de aprender que volar, y casi tan agradable, y no tan fatigoso, a menos que uno quisiera ir hacia abajo.

Lo primero que hizo, después de un recorrido de prueba alrededor del salón de baile, fue morder al otro perro en el rabo. En broma, por supuesto; pero broma o no, al momento se organizó casi una pelea, pues el perro de mar era un poco quisquilloso.

Rover se salvó escapando a toda prisa; y además tuvo que ser ágil y rápido. ¡Válgame Dios! Hubo entonces una persecución entrando y saliendo por las ventanas, a lo largo de oscuros pasillos, alrededor de las columnas, hasta las cúpulas y alrededor de ellas, con lo que al final el perro de mar quedó exhausto, y también su mal carácter, y los dos se sentaron juntos encima de la cúpula más alta, junto al asta de la bandera. En él ondeaba el estandarte del rey de los mares, una tela hecha de algas marinas, verde y escarlata, adornada con perlas.



—¿Cómo te llamas? —dijo el perro de mar después de una pausa en silencio—. ¿Rover? —contestó él mismo—. Ése es mi nombre, y por lo tanto no puede ser el tuyo. A mí me lo pusieron primero.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Pues claro que lo sé! Puedo ver que tú eres sólo un cachorro, y apenas si llevas cinco minutos aquí abajo. Yo llevo una eternidad, cientos de años. Creo que soy el primero de todos los perros que se llaman Rover.

»Mi primer amo fue un rover, un auténtico vagabundo, un pirata que navegaba con su barco por las aguas del norte; era un barco muy largo, con velas rojas, y en la proa llevaba tallado un dragón, lo llamaban Gusano Rojo, y me gustaba mucho[73]. Me gustaba, a pesar de que yo sólo era un cachorro, y el pirata no me tenía muy en cuenta, pues no era suficientemente grande para ir de caza con él, y él no llevaba perros en el barco. Un día me fui con él sin que me lo pidiera. Se despidió de su

mujer, soplaba el viento, y los hombres estaban empujando el Gusano Rojo sobre los rodillos para meterlo en el agua. Alrededor del cuello del dragón había espuma blanca, y de repente tuve la sensación de que si no me iba con él, ya nunca más volvería a verlo. Salté a bordo como pude y me oculté detrás de un barril de agua; y no me encontraron hasta que ya estábamos lejos de la costa y apenas si se veían las señales de tierra.

»Entonces, cuando me sacaron tirando del rabo, fue cuando me pusieron de nombre Rover. "¡Aquí tenemos un buen pirata!", dijo alguien. "Que caiga sobre él una extraña maldición y no vuelva nunca a casa", dijo otro, de mirada rara. Y ciertamente nunca más volví a casa; y ya no crecí más, a pesar de que me hice mucho más viejo, y naturalmente mucho más sabio.

»En aquel viaje tuvo lugar una batalla naval, y yo corrí hasta la cubierta de proa mientras las flechas caían y las espadas golpeaban los escudos. Pero los hombres del Cisne Negro nos abordaron y arrojaron a los hombres de mi amo por la borda. Él fue el último en abandonar el barco. Permaneció de pie junto a la cabeza del dragón, y luego se lanzó al agua con toda su armadura, y yo detrás de él.

»Llegó al fondo antes que yo, y las sirenas lo capturaron[74]; pero yo les dije que lo llevaran rápidamente a tierra, pues si no volvía a casa muchos lo lamentarían. Ellas me sonrieron, y lo izaron y lo dejaron; y ahora algunos dicen que lo llevaron a la costa y algunos me hacen señas moviendo la cabeza. Uno no se puede fiar de las sirenas, como no sea para guardar sus propios secretos; en eso son mejores que las ostras.

»A menudo creo que en realidad lo enterraron en la arena blanca. Lejos de aquí aún se ve una parte del Gusano Rojo que los hombres del Cisne Negro hundieron entonces, o al menos estaba la última vez que pasé por allí. Alrededor y encima de él estaba creciendo un bosque de algas, sólo se salvaba la cabeza del dragón; en ella ni siquiera había percebes, y debajo se alzaba un montículo de arena blanca.

»Yo dejé aquellos lugares hace mucho tiempo. Poco a poco me fui convirtiendo en un perro de mar; en aquellos días, las mujeres de mar de cierta edad acostumbraban a hacer brujerías, y una de ellas me tenía mucho cariño. Ella fue la que me entregó como regalo al rey de los mares, el abuelo del que ahora reina, y desde entonces he estado en el palacio y sus alrededores. Eso es todo acerca de mí. Ocurrió hace cientos de años, y desde entonces he visto gran cantidad de mareas altas *y* mareas bajas, pero nunca he vuelto a casa. ¡Ahora cuéntame cosas de ti! Supongo que no vendrás del Mar del Norte, que en aquellos tiempos llamábamos Mar de Inglaterra, quiero creer que no, pero ¿conoces alguno de los viejos lugares de las Orkneys y sus inmediaciones?[75]

Nuestro Rover tuvo que confesar que hasta entonces sólo había oído hablar del «mar», y no mucho.

—Pero he estado en la luna —dijo, y contó a su nuevo amigo tantas cosas acerca de ella como pudo explicarle y hacerle comprender.

El perro de mar disfrutó inmensamente con el cuento de Rover, y al final se creyó al menos la mitad.

—Una divertida historieta —dijo el perro de mar—, la mejor que he oído en mucho tiempo. Yo he visto la luna. Alguna vez subo a la superficie, ya sabes, pero nunca imaginé que fuera así. Bueno, ese perro del cielo es un caradura. ¡Tres Rovers! ¡Dos es ya malo, pero tres es imposible! Y no creo ahora mismo que sea más viejo que yo; si tuviera cien años, me llevaría una gran sorpresa.

Probablemente el perro de mar tenía razón. El perro de la luna, como ya observaste, exageraba mucho.

—Y en cualquier caso —siguió diciendo el perro de mar—, él se puso el nombre a sí mismo. A mí me lo pusieron.

—Y a mí también —dijo nuestro perrito.

—Y sin ninguna razón, y antes de que empezaras a merecerlo de algún modo. Me gusta la idea del Hombre de la Luna. Yo también te llamaré Roverandom; y si estuviera en tu lugar me quedaría con él. ¡Parece como si nunca supieras a dónde quieres ir! ¡Bajemos a cenar!

Fue una cena de pescado, pero Roverandom se adaptó enseguida; parecía adecuada para sus patas membranosas.

Terminada la cena, recordó de repente por qué había recorrido todo el camino hasta el fondo del mar; y salió en busca de Artajerjes. Le encontró haciendo burbujas y convirtiéndolas en pelotas de verdad para los niños del mar.

—Por favor, señor Artajerjes, ¿me permitiría que lo moleste un momento? —empezó a decir Roverandom.

—¡Oh! ¡Fuera de aquí! —dijo el brujo—. ¿No ves que no quiero que me molesten? Ahora no, estoy ocupado. —Eso era lo que Artajerjes decía siempre a la gente que no le parecía importante. Él sabía muy bien lo que quería Rover; pero no tenía prisa.

Así, Roverandom se alejó y se fue a la cama, o más bien se tendió en un racimo de algas que crecía encima de una alta roca del jardín. Debajo descansaba la vieja ballena; y si alguien te dice que las ballenas no bajan hasta las profundidades o que no se detienen allí y duermen durante horas, no tienes que preocuparte. La vieja Uin era excepcional en todos los sentidos.

—¿Bien? —dijo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Veo que todavía tienes tamaño de juguete. ¿Qué pasa con Artajerjes? ¿No puede hacer nada por ti, o no quiere?

—Yo creo que puede —dijo Roverandom—. ¡Mira mi nuevo tamaño! Pero si intento hablar del tema del tamaño, empieza a decirme que está muy ocupado, y que

no tiene tiempo para largas explicaciones.

—¡Uf! —dijo la ballena, y golpeó lateralmente un árbol con la cola; la sacudida estuvo a punto de arrojar a Roverandom fuera de la roca—. No creo que PAM tenga éxito en estos lugares; pero no debo preocuparme. Antes o después estarás perfectamente. Mientras tanto, mañana podrás ver montones de cosas nuevas. ¡Vete a dormir! ¡Adiós!

Y se alejó nadando hacia la oscuridad. Sin embargo, el relato que llevó a la ensenada enfureció al viejo Psámatos.

Todas las luces del palacio estaban apagadas. A través de aquellas aguas profundas y oscuras no llegaban ni la luna ni las estrellas. El verde se fue haciendo más y más sombrío, hasta que todo fue negro, y ya no hubo ninguna claridad, excepto cuando algún enorme pez luminoso pasaba lentamente entre las algas. Sin embargo, Roverandom durmió a pata suelta aquella noche, y la noche siguiente, y varias noches más. Y al día siguiente, y al otro, se puso a buscar al brujo y no lo encontró en ninguna parte.

Una mañana, cuando ya empezaba a sentirse completamente como un perro de mar y a preguntarse si se iba a quedar allí para siempre, el perro de mar le dijo:

—¡Ve a dar la murga a ese brujo! ¡O, mejor, no lo hagas! Déjalo en paz por hoy. ¡Vamos a dar un largo paseo a nado!

Partieron los dos perros, y el largo paseo a nado se convirtió en una excursión que duró dos días. En ese tiempo cubrieron una distancia terrorífica; tienes que recordar que eran seres encantados, y en los mares había pocas criaturas que se pudieran comparar con ellos. Cuando se cansaban de los acantilados y las montañas del fondo, y de las carreras que organizaban en las alturas medias, subían más y más, como dos kilómetros y pico, a través de las aguas; y cuando llegaban arriba, no se veía la tierra.

Alrededor de ellos el mar era terso y gris, y estaba en calma. Entonces, de repente se agitó y se puso oscuro en partes, bajo el impulso de una brisa leve, la brisa matutina. Rápidamente el sol apareció con estruendo sobre el borde del mar, tan rojo como si hubiera bebido vino caliente; y se elevó rápido por los aires y emprendió su viaje diario, haciendo que las crestas de las olas se volvieran doradas y verdes las sombras entre ellas. Un barco de vela se deslizaba sobre la línea del mar y el cielo, e iba en línea recta hacia el sol, de modo que los mástiles aparecían negros sobre el fondo de fuego.

—¿A dónde va ese barco? —preguntó Roverandom.

—¡Oh! A Japón, o a Honolulu, o a Manila, o a la Isla de Pascua, o a Thursday Island, o a Vladivostok, o algún otro sitio, supongo —dijo el perro de mar, cuyos conocimientos de geografía eran un poco escasos, a pesar de los cientos de años que decía haber estado vagando de un lado a otro—. Esto es el Pacífico, creo; pero no sé qué parte, aunque el cuerpo me dice que es una parte caliente. Es sobre todo una gran

masa de agua. ¡Vamos a buscar algo de comer![76]

Cuando volvieron, algunos días después, Roverandom fue a buscar al brujo; pensaba que lo había dejado descansar el tiempo suficiente.

—Por favor, señor Artajerjes, ¿me permitiría que lo moleste...? — empezó a decir como de costumbre.

—¡No! ¡No me molestes! —dijo Artajerjes, incluso más categóricamente que de costumbre. Sin embargo, esta vez estaba en verdad ocupado. Las reclamaciones habían llegado por correo. Naturalmente, como puedes imaginar, en el mar había muchas cosas que iban mal; eran cosas que ni siquiera el mejor PAM del océano podía evitar, y se suponía que con algunas de ellas no tenía absolutamente nada que ver. Una y otra vez caen restos de naufragios sobre el tejado de la casa de alguien; en el lecho marino se producen explosiones[77] (¡oh, sí, allí hay volcanes y toda esa clase de trastornos que tenemos nosotros, y exactamente tan malos como los nuestros!) y los bancos de peces de colores, o los lechos de anémonas, o una sola y única madreperla, o los famosos jardines de roca y coral despiertan la codicia de alguien; o peces salvajes tienen una pelea en un camino real y lesionan a varias criaturas; o unos tiburones penetran distraídamente por la ventana del comedor y echan a perder los alimentos de mediodía; o los monstruos, oscuros, nefandos, de los negros abismos hacen cosas horribles y malignas.

Los moradores del mar siempre han soportado todo esto, pero no sin quejas. Les gusta quejarse. Por supuesto, acostumbran a escribir cartas a *Flora Marina, Semanario Ilustrado, El Correo del Mar* y *Nociones Oceánicas;* pero ahora tenían un PAM y le seguían escribiendo igualmente, y culpándolo de todo lo que ocurría, incluso de que las langostas domésticas les pellizcaban la cola. Decían que la magia de PAM era inadecuada (como efectivamente lo era en ocasiones) y que había que reducirle el salario (lo que era cierto pero poco amable); y que era demasiado corpulento para las botas que llevaba (cosa que también se acerca a la verdad, aunque tendrían que decir zapatillas, pues era demasiado vago para llevar botas a menudo); y decían montones de cosas con el propósito de abrumar a Artajerjes cada mañana, y de manera especial los lunes. Los lunes siempre era peor (con varios cientos de sobres); y como esta vez era lunes, Artajerjes arrojó una piedra a Roverandom y éste se escabulló como un camarón de la red.

Cuando salió al jardín y comprobó que aún no había cambiado de forma se puso muy contento; y se atrevió a decir que si no se hubiera apartado oportunamente, el brujo lo habría convertido en una babosa de mar, o lo habría enviado al fondo del más allá (dondequiera que esté), o incluso a la Olla (que está en el fondo del mar más profundo)[78]. Estaba muy molesto y fue a decírselo al Rover de mar.

—En todo caso será mejor que le des tiempo hasta que pase el lunes — le aconsejó el perro de mar—. Y si yo estuviera en tu lugar eliminaría de un tirón todos

los lunes. ¡Ven y volvamos a nadar un poco!

Después de esto, Roverandom concedió al brujo un descanso tan largo que casi se olvidaron de ellos mismos; no exactamente: los perros no olvidan rápidamente las piedras arrojadas contra ellos. Pero de acuerdo con todas las apariencias, Roverandom había pasado a ser un animal mimado de palacio. Siempre estaba fuera con el perro de mar, y a menudo otras criaturas de mar iban con ellos. No eran tan alegres como los niños reales de dos piernas en opinión de Roverandom (pero naturalmente Roverandom no pertenecía realmente al mar y por lo tanto no era un juez adecuado), pero hacían que se sintiera contento; y habrían podido retenerlo allí para siempre y hasta habrían conseguido que olvidara a Dos, si no hubiera sido por las cosas que ocurrieron después. Cuando las expliquemos podrás ver si Psámatos tuvo o no tuvo que ver con estos hechos.

De todos modos, había muchos de estos niños entre los que escoger. El viejo rey de los mares tenía cientos de hijas y miles de nietos, y todos vivían en el mismo palacio; y todos estaban encariñados con los dos Rovers, al igual que la señora Artajerjes. Era una lástima que Roverandom nunca pensara en contarle la historia que había vivido; ella sabía cómo había que tratar a PAM, cualquiera que fuera su humor. Pero, naturalmente, en ese caso Roverandom habría vuelto antes a casa y se habría quedado sin ver muchas cosas. Con la señora Artajerjes y algunos de los niños de mar visitó las Grandes Cuevas Blancas, donde se almacenan y esconden todas las joyas que se pierden en el mar, y muchas que siempre han estado en el mar, naturalmente junto con perlas y más perlas.

Otra vez fueron a visitar las pequeñas hadas de mar en las pequeñas casitas de cristal del fondo del mar. Las hadas de mar rara vez nadan, pero se mueven cantando sobre el lecho del mar en sitios planos, o conducen carruajes de caracola tirados por peces diminutos; otras veces montan a horcajadas en pequeños cangrejos verdes con bridas de finos hilos (cosa que, por supuesto, no impide que los cangrejos se muevan lateralmente como han hecho siempre); y tienen problemas con los duendes de mar que son más grandes, y horribles y pendencieros, y no hacen otra cosa que perseguir y cazar peces y correr al galope montados en caballitos de mar. Los duendes pueden permanecer un buen rato fuera del agua y cuando hay borrasca juegan a moverse sobre las olas. Eso también lo pueden hacer algunas hadas de mar, pero prefieren las cálidas y tranquilas noches de verano en costas solitarias (y, en consecuencia, se las ve muy rara vez).

Otro día reapareció la vieja Uin, pero esta vez llevó de paseo a los dos perros; para ellos fue como montar en una montaña móvil. Estuvieron ausentes durante días y días; y sólo volvieron del extremo oriental del mundo porque no tuvieron más remedio. Allí, la ballena se elevó y lanzó un surtidor de agua tan alto que gran parte de ella fue a caer directamente fuera del mundo, por encima del extremo.

Otra vez los llevó al otro lado (o tan cerca de él como pudo) y fue un viaje todavía más largo y más emocionante, el más maravilloso de todos los viajes de Roverandom, como dijo más tarde, cuando se hizo más viejo y más sabio. Sería como mínimo tanto como explicar otra historia si te contara todas sus aventuras en las Aguas Inexploradas y lo que vieron en tierras desconocidas para la geografía; después atravesaron los Mares Sombríos y llegaron a la gran Bahía del País Hermoso (como lo llamamos), más allá de las Islas Mágicas; y contemplaron el último Occidente de las Montañas del Hogar de los Elfos y la luz de Faéry sobre las olas[79]. Roverandom creyó ver un retazo de la ciudad de los Elfos en la colina verde debajo de las Montañas, un destello blanco en la lejanía; pero Uin se volvió a sumergir tan deprisa que Roverandom no estaba seguro. Si tenía razón, era una de las contadísimas criaturas de dos o cuatro extremidades que podía recorrer nuestras tierras y decir que había visto la otra tierra, a pesar de estar muy lejos.

—¡Si se llegara a saber yo me enteraría —dijo Uin—. Se supone que nadie de la Tierras Exteriores[80] ha estado aquí; y los que llegan ahora son muy pocos. ¡Punto en boca!

¿Qué dije de los perros? Que no olvidan fácilmente las piedras malhumoradas. Pues bien, a pesar de todo lo que vio y los emocionantes viajes que hizo, Roverandom no pensó mucho en estas cosas durante el tiempo que estuvo allí. Pero las recordó muy claramente tan pronto como regresó a casa.

Su primer pensamiento fue: «¿Dónde está aquel viejo brujo? ¿De qué sirve ser cortés con él? Por poco que pueda, le destrozaré de nuevo los pantalones».

Así pensaba Roverandom cuando, después de haber intentado en vano tener unas palabras a solas con Artajerjes, vio pasar al brujo por uno de los caminos reales que partían del palacio. Por supuesto, Artajerjes era demasiado orgulloso como para tener cola o aletas o aprender a nadar correctamente. Todo lo que hacía era beber, como todos los peces[81] (lo que significaba que incluso en el mar tenía sed); pasó mucho tiempo vertiendo sidra en grandes barriles que tenía en sus habitaciones, cuando habría podido emplearlo en asuntos oficiales. Si quería desplazarse de prisa conducía un vehículo. Cuando Roverandom le vio, conducía un vehículo expreso, un caparazón gigantesco en forma de caracol, tirado por siete tiburones. Todos se apartaban rápidamente del camino, pues los tiburones mordían.

—¡Vamos tras él! —dijo Roverandom al perro de mar; y así lo hicieron; y los dos perros malos se ponían a arrojar piedras al carruaje cada vez que pasaba por debajo de un acantilado. Como te he dicho, podían moverse y actuar con sorprendente rapidez; y se adelantaban, se escondían en las algas y empujaban sobre el borde todo lo que encontraban desprendido o a punto de desprenderse. Todo esto molestaba enormemente al brujo, pero los dos perros tenían mucho cuidado de que no los descubriera.

Antes de arrancar, Artajerjes estaba ya de muy mal humor, y antes de recorrer una gran distancia tuvo un ataque de cólera, una cólera no exenta de angustia, pues iba a investigar los daños causados por un inusitado remolino que había aparecido de repente, y en una zona del mar que a él no le gustaba en absoluto. Artajerjes pensaba (y estaba en lo cierto) que en aquella dirección había criaturas perversas a las que era mejor dejar solas. Creo que tú ya sabes lo que ocurría allí, Artajerjes también. La vieja serpiente de mar empezaba a despertar, o amenazaba con hacerlo.

La serpiente había dormido profundamente durante años, pero ahora empezaba a revolverse. Cuando estaba estirada, podía medir cientos de kilómetros (algunos decían que llegaba de Extremo a Extremo[82], pero esto es una exageración); y cuando está enroscada, aparte de la Olla (donde acostumbraba a vivir, y mucha gente desea que vuelva allí), sólo había una caverna en todos los océanos que la pudiera alojar y desgraciadamente esa caverna está a menos de doscientos kilómetros del palacio del rey de los mares.

Cuando, en sueños, deshizo una o dos anillas, las aguas se encresparon y se agitaron sacudiendo las casas de la gente y perturbando a los que dormían en kilómetros y kilómetros a la redonda. Pero fue una estupidez enviar al PAM a ver lo que ocurría, pues evidentemente la serpiente de mar es mucho más grande y fuerte y vieja e idiota para que alguien la domine (otros adjetivos que se le aplicaban eran: primordial, prehistórica, autotalásica, fabulosa, mítica y tonta[83]); y Artajerjes lo sabía muy bien.

Ni siquiera el Hombre de la Luna trabajando duramente durante cincuenta años podría confeccionar un hechizo tan largo o poderoso como para reducir a la serpiente. El Hombre de la Luna sólo lo había intentado una vez (cuando se le pidió expresamente), y el resultado fue el hundimiento de un continente en el mar[84].

El pobre Artajerjes se dirigió directamente hacia la boca de la cueva de la serpiente de mar. Pero aún no se había apeado de su carruaje cuando vio la punta de la cola de la serpiente de mar asomando por la entrada; era más grande que una hilera de gigantescos barriles de agua, y verde y viscosa. Para él esto era suficiente[85]. Enseguida quiso volver a casa, antes de que el Gusano se volviera de nuevo, y todas las serpientes lo hacen en momentos especiales e inesperados[86].

Al pequeño Roverandom todo le impresionaba profundamente. Él no sabía nada acerca de la serpiente de mar o de su monstruosidad; lo único que tenía en la mente era fastidiar al malhumorado brujo. Así, cuando se presentó la ocasión —Artajerjes estaba de pie, mirando fijamente, como un estúpido, al extremo visible de la serpiente, y sus animales de tiro no se enteraban de casi nada— se deslizó furtivamente y mordió a uno de los tiburones en la cola, por diversión. ¡Por diversión! ¡Menuda diversión! El tiburón salió disparado hacia adelante, y el carruaje con él; y Artajerjes, que se había vuelto para subir, cayó de espaldas. Luego el tiburón

mordió a lo único que tenía a su alcance en ese momento, que era el tiburón situado delante de él; y éste tiburón mordió al siguiente; y así sucesivamente, hasta el último de los siete, el cual, muy idiota —¡válgame Dios!—, va y muerde a la serpiente de mar en la cola.

¡La serpiente se revolvió de nuevo inesperadamente! Y los dos perros empezaron a dar vueltas en el agua, chocando con peces distraídos y arremolinados árboles marinos, muertos de miedo en una nube de hierbas arrancadas, arena, babosas, bígaros[87] y restos diversos. Y las cosas se fueron poniendo cada vez peor, y la serpiente seguía revolviéndose. Y allí estaba el viejo Artajerjes, agarrándose a las riendas de los tiburones, zarandeado también de acá para allá, y diciéndoles, me refiero a los tiburones, las cosas más horribles. Afortunadamente para esta historia, él nunca supo lo que había hecho Roverandom.

Ignoro cómo llegaron a casa los perros. En cualquier caso, fue hace mucho, mucho tiempo. En primer lugar fueron arrojados a la playa en una de las terribles mareas provocadas por las convulsiones de la serpiente de mar; y luego fueron recogidos por unos pescadores en la otra orilla del mar y fueron enviados casi jubilosamente a un acuario (un destino odioso); y después, tras escapar de todo ello por los pelos, tuvieron que hacer el camino de regreso lo mejor que pudieron, en medio de una perpetua conmoción subterránea.

Y cuando por fin llegaron a casa, allí también reinaba una terrible conmoción. Todos los habitantes del mar estaban reunidos alrededor del palacio y todos gritaban a la vez:

—¡Traigan a PAM! (¡Sí, ahora lo llamaban así en público, y ninguna otra cosa más larga o más digna!) ¡TRAIGAN a PAM! ¡TRAIGAN A PAM!

Y PAM estaba escondido en los sótanos. Finalmente, la señora Artajerjes lo encontró y lo hizo salir de allí; y cuando él se asomó a una ventana de la buhardilla, todo el pueblo marino gritó:

—¡Basta de disparates! ¡BASTA de disparates! ¡BASTA DE DISPARATES!

Y era tal el alboroto que a lo largo de todas las costas del mundo la gente pensaba que el mar rugía con más fuerza que de costumbre. ¡Así era! Y la serpiente de mar seguía revolviéndose todo el tiempo, intentando obsesivamente llevarse la punta de la cola a la boca[88]. Pero, ¡gracias al cielo! no estaba ni total ni propiamente despierta, pues de lo contrario habría podido salir y agitar coléricamente la cola, y entonces otro continente se habría hundido. (En verdad esto habría sido realmente lamentable o no habría dependido, en ese caso, de qué continente se hubiera hundido y en qué continente viviera uno.)

Pero el pueblo marino no vivía en un continente, sino en el mar, y precisamente en la zona media; y ésta iba creciendo. Y todos insistían en que era asunto del rey de los mares hacer que el PAM creara un hechizo, un remedio o solución para apaciguar

a la serpiente de mar: el agua estaba tan agitada que no podían llevarse las manos a la cara para alimentarse o sonarse la nariz; y todos chocaban unos con otros, y todos los peces estaban mareados de revueltas que se habían puesto las aguas, y éstas estaban tan turbias y tan llenas de arenas que todos tenían tos; y se suprimieron todos los bailes.

Artajerjes se quejó, pero tenía que hacer algo. Así pues, fue a su taller y permaneció encerrado durante una quincena, y durante este tiempo tuvieron lugar tres terremotos, dos huracanes submarinos y varias revueltas del pueblo marino. Luego salió y soltó un hechizo prodigioso donde los haya (acompañado de un encantamiento consolador) a cierta distancia de la cueva; y todos se fueron a sus casas y se pusieron a esperar en los sótanos, todos menos la señora Artajerjes y su desdichado marido. El brujo estaba obligado a estar allí (a cierta distancia, no muy segura) y observar el resultado; y la señora Artajerjes estaba obligada a estar allí y observar a su marido.

El hechizo hizo que la serpiente tuviera un sueño terrible: soñó que todo su cuerpo estaba cubierto de percebes (muy irritante y parcialmente cierto) y también que era asada lentamente en un volcán (muy doloroso, y por desgracia completamente imaginario). ¡Y esto la despertó!

Probablemente la magia de Artajerjes era mejor de lo que se suponía. En cualquier caso, la serpiente de mar no salió, por suerte para esta historia. Puso la cabeza donde tenía la cola y bostezó, abrió la boca, tan ancha como la cueva, y bufó con tanta fuerza que todos los habitantes de los reinos marinos lo oyeron en sus sótanos.

Y la serpiente de mar dijo:

—¡Basta de DISPARATES! —Y añadió—: Si este brujo charlatán no sale de aquí al instante, y si alguna vez entra de nuevo en el mar, SALDRÉ DE AQUÍ; y primero me lo comeré a él, y luego lo golpearé y dejaré hecho añicos. Esto es todo. ¡Buenas noches!

Y la señora Artajerjes llevó a la casa a PAM, que se había desmayado.

Cuando se recuperó, que fue pronto, aunque después de tener a todos en vilo, retiró el hechizo de la serpiente y recogió sus cosas, y la gente decía y gritaba:

—¡Despide al PAM! ¡Gracias! Esto es todo. ¡Adiós!

Y el rey de los mares dijo:

—No queremos perderte, pero pensamos que tienes que irte. —Y Artajerjes se sintió muy pequeño y muy insignificante a la vez (cosa que le convenía). Hasta el perro del mar se rió de él.

Pero curiosamente, Roverandom estaba muy contrariado. Al fin y al cabo, él tenía sus propias razones para saber que la magia de Artajerjes no carecía de eficacia. Y además él había sido el que había mordido al tiburón en la cola, ¿no es cierto? Y él había sido el que había iniciado todo el embrollo al morder al brujo en los pantalones.

Y él pertenecía a la tierra, y comprendía que tenía que ser duro para un pobre brujo de tierra verse atacado por todos los moradores del mar.

En cualquier caso, se acercó al viejo y le dijo:

—¡Por favor, señor Artajerjes!

—¿Bien? —dijo el brujo, con toda amabilidad (estaba muy contento de que no lo llamara PAM, y llevaba semanas sin oír un «señor»)—. ¿Bien? ¿Qué hay, perrito?

—Le pido perdón, de verdad. Lo siento muchísimo, créame. Nunca quise dañar la reputación de usted. —Roverandom pensaba ahora en la serpiente de mar y en la cola del tiburón, pero (¡afortunadamente!) Artajerjes creyó que se estaba refiriendo a sus pantalones.

—¡Ven, ven! —dijo—. No vamos a hablar del pasado. Y mucho menos cuando aquello quedó inmediatamente reparado o remendado. Creo que lo mejor que podemos hacer es volver a casa juntos.

—Pero, por favor, señor Artajerjes —dijo Roverandom—, ¿podría tomarse usted la molestia de devolverme mi tamaño?

—¡Claro que sí! —dijo el brujo, contento de encontrar a alguien que todavía creía que podía hacer algo—. ¡Claro que sí! Pero lo mejor y más seguro para ti es que sigas como hasta ahora mientras estés aquí abajo. ¡Primero tenemos que salir de aquí! Y ahora mismo estoy real y verdaderamente ocupado.

Y lo estaba real y verdaderamente. Entró en sus talleres y recogió toda su parafernalia, insignias, símbolos, apuntes, libros de recetas, secretos, aparatos, bolsas y botellas con hechizos de diversa naturaleza. Quemó todo lo que pudo quemar en su fragua impermeable; y el resto lo arrojó al jardín trasero. Enseguida ocurrieron allí cosas extraordinarias: todas las flores enloquecieron, las hortalizas crecieron monstruosamente y los peces que las comieron se convirtieron en gusanos de mar, gatos de mar, vacas de mar, leones de mar, tigres de mar, demonios de mar, marsopas, dugones, cefalópodos, manatíes, y calamidades, o simplemente se envenenaron[89]; y los fantasmas, las visiones, los trastornos, las ilusiones y las alucinaciones se propagaron de tal modo que en el palacio nadie tenía paz y se vieron obligados a mudarse. De hecho, todos empezaron a respetar la memoria del brujo cuando ya le habían perdido. Pero esto fue mucho después. De momento, clamaban para que se fuera.

Cuando todo estuvo a punto, Artajerjes dijo adiós al rey de los mares, más bien con frialdad; y ni siquiera los niños de mar parecían muy afectados, pues él había estado muy a menudo demasiado ocupado, y rara vez se había dedicado a hacer burbujas para ellos (como aquella ocasión de la que te hablé). Algunas de sus incontables cuñadas intentaron mostrarse educadas, de manera especial si la señora Artajerjes estaba delante; pero en realidad todos estaban impacientes por verlo salir por la puerta, a fin de poder enviar un mensaje respetuoso a la serpiente de mar:

«El lamentable brujo ha partido y no volverá nunca más. Por favor, duerme.»

Naturalmente, también la señora Artajerjes se fue. El rey de los mares tenía tantas hijas que podía perder alguna sin mucha congoja, sobre todo las diez mayores. Le dio una bolsa de joyas y un húmedo beso junto a la puerta y volvió a su trono. Pero todos los demás estaban muy tristes, y en especial la infinidad de sobrinas y sobrinos marinos de la señora Artajerjes; y también estaban muy tristes de perder a Roverandom.

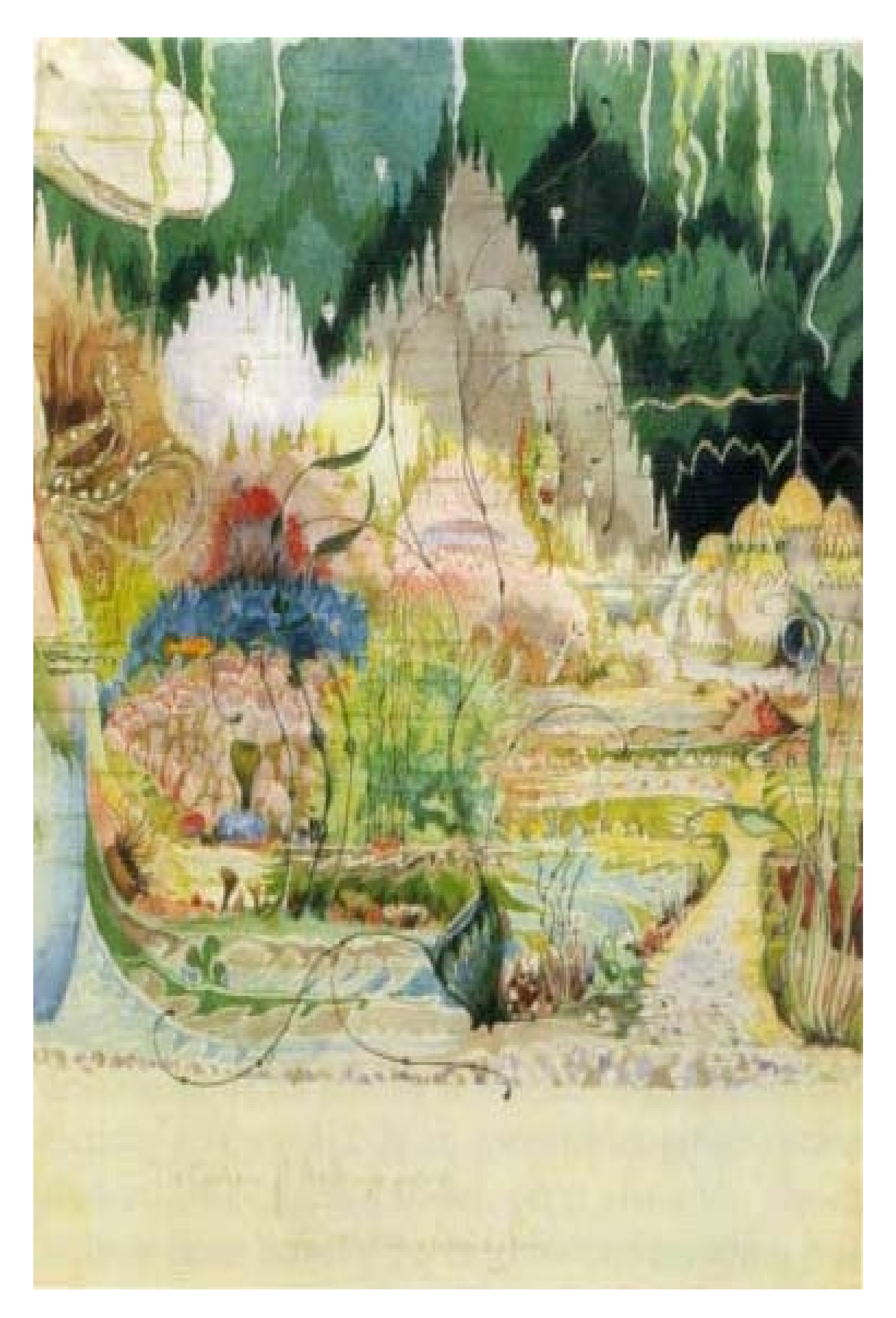
El más triste de todos y el más abatido era el perro de mar:

—Escríbeme unas líneas desde dondequiera que estés —dijo—, y rápidamente iré a verte.

—¡No lo olvidaré! —dijo Roverandom. Y se fueron.

La ballena más vieja estaba esperando. Roverandom estaba sentado en el regazo de la señora Artajerjes, y cuando estuvieron instalados en el lomo de la ballena, se pusieron en marcha.

Y toda la gente dijo «¡adiós!» en voz alta y «de menuda nos hemos librado» en voz baja, pero no tan baja; y ése fue el fin de Artajerjes como mago del Pacífico y el Atlántico. Ignoro quién ha hecho después los hechizos para aquellas gentes. El viejo Psámatos y el Hombre de la Luna, quiero creer, lo han arreglado entre ellos, son perfectamente capaces.



5

LA BALLENA FUE A PARAR en una costa tranquila, lejos, muy lejos, de la ensenada de Psámatos; sobre esto Artajerjes tenía las ideas más peregrinas. Mientras la señora Artajerjes y la ballena permanecían allí, el brujo (con Roverandom en el bolsillo) caminó unos cuatro kilómetros hasta el pueblo costero más próximo para adquirir un traje viejo y un sombrero verde y un poco de tabaco, a cambio del precioso traje de terciopelo (que produjo una gran sensación en las calles). Adquirió también una silla de baño para la señora Artajerjes (no debemos olvidar que ella tenía cola)[90].

—Por favor, señor Artajerjes —dijo Roverandom una vez más, cuando estaban sentados nuevamente en la playa por la tarde. El brujo fumaba su pipa apoyado de espaldas contra la ballena, con una expresión más feliz que tiempo atrás, y nada ocupado—. ¿Qué hay de mi forma primitiva, si no le importa? ¡Y también de mi tamaño, por favor![91]

—¡Oh, muy bien! —dijo Artajerjes—. Pensé que podía echar una cabezada antes de empezar a ocuparme; pero no me importa. ¡Vamos allá! ¿Dónde está mí...? —Y se detuvo en seco. Acababa de recordar de repente que había quemado y tirado todos los hechizos que tenía al fondo del Profundo Mar Azul.

Estaba realmente muy contrariado. Se puso de pie, hurgó en los bolsillos de los pantalones, y en los bolsillos del chaleco, y en los bolsillos de la chaqueta dentro y fuera, y en ningún sitio encontró un mínimo rastro de magia. (Por supuesto que no, pobre viejo; estaba tan alterado que hasta había llegado a olvidar que una o dos horas antes había comprado el traje que llevaba puesto en la tienda de un prestamista. Lo cierto es que el traje había pertenecido a un mayordomo de cierta edad, o al menos él se lo había vendido al prestamista, y ante todo había vaciado los bolsillos, de manera bastante concienzuda.)

El brujo se sentó y se secó la frente con un pañuelo morado, nuevamente con expresión de profundo abatimiento.

—¡Lo siento realmente mucho, muchísimo! —dijo—. Nunca quise dejarte así para siempre; pero ahora no veo cómo podría ayudarte. ¡Que te sirva de lección y no vuelvas a morder los pantalones de brujos amables y simpáticos!

—¡Eso es una estupidez! —dijo la señora Artajerjes—. ¡Brujos amables y simpáticos, sin duda! No hay brujo amable y simpático si no le devuelves al momento la forma y el tamaño al perrito; y es más, regresaré al fondo del Profundo Mar Azul y no volveré nunca más a tu lado.

El pobre Artajerjes pareció casi tan preocupado como en las ocasiones en que la serpiente de mar provocaba algún problema.

—¡Querida! —dijo— Lo siento muchísimo, pero le puse al perro mi hechizo más

poderoso (permanente e irreversible) después de que Psámatos empezara a entrometerse (¡maldito sea!) y sólo para demostrarle que no podía hacerlo todo, y que no quiero que un mago de pacotilla venga a inmiscuirse en mis pequeños juegos. Al fin me olvidé por completo de poner a salvo el antídoto cuando estaba haciendo limpieza allí abajo. Normalmente lo guardaba en una pequeña bolsa negra que colgaba de la puerta de mi taller.

»¡ Válgame Dios! Estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo en que lo hacía sólo para divertirme un poco —dijo Artajerjes, volviéndose a Roverandom, al tiempo que la nariz se le enrojecía y alargaba a causa del dolor.

Mientras tanto seguía diciendo «válgame Dios, válgame Dios» y moviendo la cabeza y la barba; y en ningún momento se dio cuenta de que Roverandom no le prestaba atención y que la ballena se hacía la distraída. La señora Artajerjes se había levantado y había ido a recoger su equipaje, y ahora se reía sosteniendo en la mano una vieja bolsa negra.

—¡Deja ya de menear la barba y ponte a trabajar! —dijo la señora Artajerjes. Pero cuando el brujo vio la bolsa quedó tan sorprendido que por un momento no pudo hacer otra cosa que mirarla con su boca de viejo muy abierta.

—¡Ven aquí! —dijo su esposa—. Es tu bolsa, ¿no? La recogí, con varias cositas mías, del horrible montón de trastos que dejaste en el jardín. —Abrió la bolsa para mirar dentro y la varita que era la pluma mágica del brujo salió fuera de un salto junto con una nube de un humo singular que se retorció en formas extrañas y caras curiosas.

Entonces Artajerjes se excitó.

—¡Venga, dámelo! ¡Lo estás malgastando! —gritó; y agarró a Roverandom por la nuca y en un periquete lo metió en la bolsa, entre pataleos y ladridos. Luego volteó la bolsa tres veces mientras sostenía la pluma en la otra mano.

—¡Gracias! ¡Esto funcionará estupendamente! —dijo, y abrió la bolsa.

Se oyó un golpe fuerte y seco, ¡y ya está! ¡y mirad! La bolsa había desaparecido; allí sólo estaba Rover tal como era antes de conocer al brujo aquella mañana en el césped. Bueno, tal vez no exactamente igual; ahora era un poco más grande, pues tenía unos meses más de vida.

De nada sirve intentar describir la excitación de Rover, o lo ridículo y pequeño que le parecía todo, incluida la ballena; ni lo fuerte y feroz que se sentía. Por un momento miró con nostalgia los pantalones del brujo; pero como no quería que la historia empezara de nuevo, después de correr de alegría un kilómetro en redondo y aturdirlo con sus ladridos, volvió junto a él y le dijo:

—¡Gracias! —y aún añadió—. Me alegro de haberlo conocido — expresión que sin duda era muy cortés.

—¡Está bien! —dijo Artajerjes—. Y ésta va a ser la última vez que utilice mi

magia. Me retiro. Y en cuanto a ti, será mejor que vuelvas a casa. Como no me queda magia para enviarte a casa, tendrás que volver a pie. Pero eso no es malo para un perro joven y fuerte.

Así, Rover dijo adiós, y la ballena guiñó un ojo y la señora Artajerjes le dio un trozo de pastel; y eso fue lo último que vio de ellos durante mucho tiempo. Mucho, muchísimo después, cuando visitaba un lugar de la costa donde nunca había estado, se enteró de lo que les había ocurrido, pues se encontraban allí. Naturalmente, no la ballena, pero sí el brujo, ya retirado, y su esposa.

Se habían instalado en un pueblo de la costa, y Artajerjes, con el nombre de señor A. Pam, había abierto una tienda de cigarrillos y chocolate cerca de la orilla del mar, pero tenía mucho, muchísimo cuidado de no tocar nunca el agua (ni siquiera el agua fresca, y esto no le parecía un castigo). Era una pobre actividad para un brujo, pero al menos procuraba limpiar la suciedad que los clientes dejaban en la playa; y ganaba un buen dinero con «Pam's Rock»[92], que era un caramelo muy rosado y pegajoso. Es posible que contuviera un último residuo de magia, pues a los niños les gustaba tanto que se lo comían incluso después de que se les cayera en la arena.

Pero la señora Artajerjes, mejor debería decir la señora A. Pam, ganaba mucho más dinero. Alquilaba tiendas de baño y carromatos[93], y daba clases de natación, volvía a casa en una silla de baño tirada por caballitos blancos y de noche se ponía las joyas del rey de los mares, y se hizo muy famosa, de modo que nadie aludía nunca a su cola.

Sin embargo, mientras tanto Rover recorre caminos y carreteras, dejándose guiar por la nariz, obligada a conducirlo al fin a casa, como corresponde a las narices de todos los perros.

«No todos los sueños del Hombre de la Luna llegan a ser verdad, como dijo él mismo —pensó Rover mientras seguía andando—. Éste ha sido evidentemente uno que no es verdad. Ni siquiera conozco el nombre del lugar donde viven los niños, y es una lástima.»

La tierra seca era a menudo, pensaba Rover, un lugar tan peligroso para un perro como la luna o el océano, aunque mucho más aburrido. Junto a él pasaban los motores, uno tras otro, llenos (pensaba Rover) de la misma gente, todos yendo a gran velocidad (y todos entre polvo y olores) a algún sitio[94].

«No creo que la mitad de ellos sepa a dónde va, o por qué va», rezongó Rover cuando empezó a toser y a ahogarse; y tenía cansadas las patas de tanto caminar por las duras, oscuras y negras carreteras. Por este motivo se adentró en los campos y tuvo muchas aventuras agradables con pájaros y conejos de manera imprevista y más de una divertida pelea con otros perros y varias huidas apresuradas cuando tropezaban con perros más grandes que él.

Y así, después de semanas o meses desde que empezó el cuento (él no sabría

decirlo), regresó por fin a la cancela de su jardín. ¡Y el niño estaba jugando en la hierba con la pelota amarilla! ¡Y el sueño se hizo verdad, en contra de lo que había pensado!

—¡Roverandom! —gritó el niño Dos con alegría.

Y Rover se tendió y suplicó, y se encontró sin voz para ladrar, y el niño lo besó en la cabeza, y entró rápidamente en la casa, gritando:

—¡Ha vuelto mi perrito suplicante, ahora es grande y de verdad!

El niño se lo explicó todo a su abuela. ¿Cómo iba a saber Rover que había pertenecido a la abuela del niño durante todo el tiempo? Cuando lo embrujaron sólo había estado con la abuela un mes o dos. Pero me pregunto qué habían sabido de todo eso Psámatos y Artajerjes.

La abuela (sin duda muy sorprendida de ver a su perro con tan buen aspecto y de que no lo hubiese aplastado ningún coche, ni destrozado algún camión) no entendía absolutamente nada de lo que estaba contando el niño, a pesar de que le dijo exactamente todo lo que sabía, una y otra vez. Con muchas dificultades la abuela (naturalmente era un poco dura de oído) entendió que al perro había que llamarlo Roverandom, y no Rover, porque el Hombre de la Luna así lo decía («¡Qué ideas tan extrañas tiene el niño!»); y que después de todo el perro no le pertenecía a ella sino al niño Dos, pues la mamá lo había llevado a casa con los camarones («Muy bien, querido, si así te gusta; pero pensaba que yo se lo había comprado al sobrino del jardinero»).

Evidentemente, no te he contado todos los detalles de la discusión entre el niño y su abuela; fue larga y complicada, como ocurre a menudo cuando las dos partes tienen razón. Todo lo que necesitas saber es que después de esto lo llamaron Roverandom y que efectivamente perteneció al niño *y* cuando terminó la visita de los niños a la abuela, volvió a casa, donde una vez se había sentado en la cómoda. Por supuesto, ya nunca más volvió a hacerlo. Unas veces vivían en el campo y otras, la mayor parte del tiempo, en una casa blanca sobre el acantilado, junto al mar.

Llegó a conocer muy bien al viejo Psámatos, pero nunca lo bastante como para suprimir la P, aunque sí lo bastante, cuando se convirtió en un perro grande y digno, para desenterrarlo de la arena y despertarlo y tener muchas, muchas conversaciones con él. Roverandom llegó a ser sabio, y gozaba de una inmensa reputación local, y tuvo toda suerte de nuevas aventuras (muchas de las cuales el niño compartió).

Pero las que te he contado fueron probablemente las más inusuales y las más emocionantes. Sólo Tinker dice que no se cree una palabra. ¡Gato celoso!

Notas

[1] Noticias de prensa. El *Times* del 7 de septiembre de 1925 informaba que «en Whitley Bay todas las casetas y los embarcaderos fueron destrozados y la playa quedó cubierta de maderas y hierros... Las olas alcanzaron una altura de 12 metros en Hornsea, arrancando los asientos de las glorietas del nuevo paseo e inundando los campos de una extensa zona. En la piscina de South Beach, situada en Scarborough, se desprendieron grandes bloques de piedra», y así sucesivamente. La previsión del tiempo había hablado de chubascos ocasionales.

[2] Las obras originales están en la Bodleian Library, Universidad de Oxford, como Dibujos de Tolkien MS 88, fol. 25 *(Paisaje lunar);* 89, fol. 1 (sin título, «Rover llega a la Luna»); 89, fol. 2 *(Casa donde «Rover» empezó sus aventuras como «juguete»);* 89, fol. 3 *(El Dragón Blanco persigue a Roverandom y al Perro de la Luna);* y 89, fol. 4 *(Jardines del Palacio de Merking).*

[3] En este caso, «juego o pasatiempo (comúnmente practicado en Navidad) consiste en capturar pasas de un bol o un plato lleno de aguardiente ardiendo u otra bebida alcohólica y comerlas mientras se queman» (*Oxford English Dictionary).*

[4] Cartas de «Papá Noel». La mayoría de éstas fueron publicadas en 1976 como *The Father Christmas Letters*, editadas por Baillie Tolkien. [Trad. cast., *Cartas de Papá Noel*, Minotauro, 1995.]

[5] Casi con toda certeza... un informe fechado el 7 de enero de 1937. El informe de Rayner Unwin cita el nombre «Psámatos» y el precio «6d» (seis peniques), detalles que no entraron en el texto de *Roverandom* hasta el segundo (fragmentario) y el tercero (completo) de los originales mecanografiados.

[6] Véase también *J.R.R. Tolkien: Una biografía*, de Humphrey Carpenter, págs. 179 ss.

[7] Rover. Nombre del protagonista, que da título al cuento. En inglés *rover* significa vagabundo y aparece en palabras compuestas como *sea-rover,* pirata, corsario.

[8] Hombres que se dedicaban a recoger huesos y botellas u otros materiales de desecho (equiparables por lo tanto a los traperos), que vendían, por ejemplo, a fábricas de papel, de vidrio y plantas trituradoras de huesos.

[9] Tom Bombadil, héroe de una historia temprana de Tolkien y personaje de *El Señor de los Anillos,* también lleva un sombrero con una pluma azul.

[10] Sólo después de medianoche podía andar. La idea de que los juguetes cobran vida de noche, o cuando nadie los ve, aparece en muchos relatos, como «El soldadito de plomo», de Hans Christian Andersen (1838) y «La muñeca de cera», de E.H. Knatchbull-Hugessen (1869).

[11] En el primer original mecanografiado Rover estaba marcado a «cuatro peniques». Esta cantidad fue cambiada por la de «seis peniques» en el segundo original mecanografiado; tal vez se debió a una reflexión del autor sobre la subida de los precios durante los años que transcurrieron entre uno y otro texto.

[12] Alrededor de las cuatro de la tarde, momento en el que se sirve un pequeño alimento integrado básicamente por té, pan, pastas, etc.

[13] La madre es por supuesto Edith (esposa de J.R.R. Tolkien), y los tres hijos son John, Michael y Christopher. Michael es al que «le gustaban de manera especial los perros pequeños».

[14] Envuelto en papel plegado en las puntas para la entrega al cliente.

[15] Las hadas epónimas de *Silvia y Bruno* (1889-1893), de Lewis Carroll, que Tolkien leyó con deleite, hablan con fluidez el lenguaje canino.

[16] En el primer borrador de esta parte (primer texto mecanografiado) a Rover lo puso en una «cómoda». Posiblemente Tolkien pensó que esto significaba una altura excesiva para que Rover saltara, incluso hasta la cama, para explorar la casa; además a la mañana siguiente habría tenido que trepar hasta allí. Después de todo, Rover era un perro de juguete, y muy pequeño (aunque a veces parezca más grande). La frase de la página 11 «[el niño] vio a Rover en la cómoda» es una reminiscencia del borrador anterior, a la que Tolkien añadió la explicación, un tanto forzada, «donde lo había puesto mientras se vestía». Además se mantiene la referencia de la página 97 «volvió a casa, donde una vez se había sentado en la cómoda».

[17] Es posible que la idea sea original de Tolkien, pero tiene una sorprendente similitud con la «brillante senda de la luna que se extiende desde la tierra oscura... hasta la luna», que aparece en *The Garden behind the Moon [El jardín detrás de la luna]* del escritor y artista estadounidense Howard Pyle (1895). El principal personaje

de esta obra camina desde la costa por un sendero de luz y visita al Hombre de la Luna. En *Roverandom* Rover no camina por la senda de la luna sino que es transportado por encima de ella; véanse también págs. vii-viii.

[18] Michael, segundo hijo de Tolkien.

[19] En el primer texto (manuscrito) se dice que el hechicero de la arena es un Psammead, palabra tomada directamente del «hada de la arena» que aparece en *Five Children and It* [Cinco niños y ello] (1902), y *The Story of the Amulet* [La historia del amuleto] (1906), de E. Nesbit. Como el psamatista de Tolkien, el psammead de Nesbit tiene una personalidad ruda y extravagante y no hay nada que le guste tanto como dormir en la arena caliente. En el primer borrador mecanografiado Tolkien a veces escribió samyad por psammead, y muy esporádicamente llamó a Psámatos nilbog (goblin, duende, escrito al revés). En el segundo borrador mecanografiado Psámatos es llamado por su nombre o simple mente «el psamatista».

[20] Tanto Psámatos y Psamátides como Psamatista contienen la raíz griega psammos, que significa «arena». De acuerdo con su etimología, Psámatos significa, pues, «arena del mar». Psamátides contiene además el patronímico -ides, que significa «hijo de», mientras que el sufijo -ista de Psamatista se refiere, como en otras muchas palabras, a la persona que se dedica a una actividad, intelectual o no; por lo tanto, podemos decir que Psámatos Psamátides significa, grosso modo, «Arenoso hijo de Arenoso» y Psamatista, «experto en arena».

[21] Las «largas orejas» del psamatista eran «cuernos» en todas las versiones, hasta que la palabra fue cambiada en el texto final. El personaje de Nesbit tiene ojos «con largos cuernos como ojos de caracol».

[22] Véase también pág. 13: «organizaba un gran alboroto a propósito de la pronunciación correcta». Tolkien juega con las palabras Psámatos, Psamátides y Psamatista. En inglés, lo correcto sería no pronunciar los sonidos P y Ps, según el Oxford English Dictionary.

[23] Un nombre muy apropiado para el brujo, dado su país de origen (véase la nota siguiente), compartido por tres reyes de Persia de los siglos V y IV a.C. y por el fundador de la dinastía Sasánida en el siglo III a.C.

[24] Pershore es un pequeño pueblo de cerca de Evesham, en Worcestershire. Evidentemente, Tolkien juega con las palabras *Persia y Pershore*, de pronunciación

similar en inglés; pero también es significativo que el valle de Evesham sea conocido por sus ciruelas (incluida la variedad amarilla Pershore), y que Hilary, hermano de Tolkien tuviera un huerto de árboles frutales y una huerta de hortalizas cerca de Evesham y durante muchos años cultivara ciruelos... «Hábil recolector de ciruelas» sugiere que Artajerjes sabía quedarse con lo mejor o más selecto.

[25] En Inglaterra, bebida alcohólica hecha con zumo fermentado de manzana. Algunos dicen que la mejor sidra proviene del oeste de Inglaterra, incluido el valle de Evesham.

[26] Aunque en este y otros libros de Tolkien aparece como nombre propio, esta palabra significa gaviota, como *gull sea gull*.

[27] Cerca de Filey se encuentran Speeton y Bempton, conocidos por sus altos acantilados (120 metros de caída), donde anidan innumerables aves marinas; pero éstos son acantilados de creta, no negros. A lo largo de las costas septentrionales de Gran Bretaña abundan las islas con acantilados y colonias de aves.

[28] La Isla de los Perros es en realidad una franja de tierra que penetra en el río Támesis, al sur de Londres. Es posible que el nombre, con el que ahora juega Tolkien, se deba a que Enrique VIII e Isabel I tenían allí sus perros, cuando residían en Greenwich.

[29] Esto concuerda con algunas tradiciones. Así, en *Sueño de una noche de verano* V, i, Shakespeare dice: «Y aquí, el de la lámpara, perro y espino / será Luz de Luna».

[30] En «El cuento del Sol y la Luna», de *El libro de los Cuentos Perdidos I* (pág. 237) Tolkien habla de un barco de la luna que navega a través del cielo, y en el que «un viejo Elfo de cabellera cana subió sin ser advertido a la Luna y se escondió en la Rosa, y allí vive siempre desde entonces..., y ha levantado una torrecilla blanca en la Luna a la que sube a menudo y vigila los cielos o el mundo de abajo... Algunos en verdad lo han llamado el Hombre de la Luna». En el poema «Por qué el Hombre de la Luna bajó demasiado pronto» (publicado en 1923) Tolkien dice que el hombre vive en un «pálido minarete / vertiginoso y blanco en la altura lunar / en un mundo engarzado de plata»; véase *El libro de los Cuentos Perdidos I*, págs. 251-253. En el libro *J.R.R. Tolkien: artista e ilustrador* (pág. 49), de Wayne G. Hammond y Christina Scull, se reproduce una ilustración de esta escena, en la que el Hombre se desliza hacia la tierra a lo largo de un «cabello finísimo» (véase también *Roverandom*, pág. 29, «hilos y cuerdas de plata» tejidos por las arañas de la luna.)

[31] Cuando Roverandom oye estas palabras de boca del perro de la luna entiende: «Entonces te llamas Rover en mi honor». Pero después, cuando dice «por lo tanto, ¡a ti te tuvieron que poner el nombre de Rover después de mí!» el perro de la luna habla en sentido cronológico.

[32] Para este pasaje véanse pág. xvii, y *El libro de los Cuentos Perdidos I* (págs. 266-267), "La Luna no se aventura a la completa soledad de la oscuridad exterior... y viaja todavía por debajo del mundo».

[33] Semejante prohibición, combinada con un consejo, es característica de los cuentos de hadas tradicionales, la recomendación al Hombre de la Luna es repetida de varias maneras y posteriormente encuentra eco en las palabras de la señora Artajerjes: «No os preocupéis de los peces de fuego», etc. (pág. 71).

[34] En realidad, nunca llegamos a saber por qué Psámatos envió a Rover a la luna. El texto del primer borrador dice: «[Rover] nunca lo averiguó, pues los brujos tienen a menudo profundas razones que no son des cifradas por generaciones de gatos, y mucho menos de perros, y lo que efectivamente averiguó le costó mucho tiempo».

[35] Aquí nos vienen a la memoria la «mosca caballo de madera», la «mosca dragón voraz» y la «mosca pan y mantequilla» que aparecen en el libro *A través del espejo* (1872), de Lewis Carroll. Véanse también las palabras «moscardones», pág. 32, y «escara bajos diamantinos» y «alevillas como rubíes», pág. 44.

[36] Alusión a las famosas cincuenta y siete variedades de alimentos envasados de Heinz Co.

[37] La música contribuye en gran medida a crear la atmósfera de Roverandom: la ejecuta la flora del lado blanco de la luna, los ruiseñores y los niños del jardín del lado oscuro (pág. 45) y los habitantes del mar (pág. 67). Los nombres florales (reales e imaginarios) de este párrafo evocan la música y los instrumentos musicales: campanas, silbidos, trompetas, cuernos, violines, metal, dulzainas (instrumentos de lengüeta). Polifonías alude a un mismo tiempo a polipodios (helecho del género Polypodium) y a polifonía, término de la música contrapuntística. La palabra lenguas de bronce sugiere el helecho lenguas de ciervo, a la vez que nos trae a la memoria el pasaje de la primera Epístola a los Corintios, 13, 1: «Aunque hable en todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, he venido a ser bronce resonante y platillo chillón».

[38] Más adelante, dentro del mismo año, todos los árboles se llenaban de flores doradas. Se trata posiblemente de una anticipación de los árboles de Lothlórien de *El Señor de los Anillos* (Libro 2, capítulo 6): «Pues en otoño sus hojas no caen, aunque amarillean».

[39] Posiblemente se trata de una alusión al caso de sir Paul Neale, investigador del siglo XVII que pretendía haber descubierto un elefante en la luna y en realidad se trataba de un ratón que se había introducido en su telescopio.

[40] Tanto Birmingham, cuando Tolkien era joven, como Leeds, donde vivía con su familia cuando concibió Roverandom, eran ciudades industriales sucias y llenas de humo; ahora están mucho más limpias.

[41] Véase El Hobbit, capítulo 4, en el que la compañía se refugió en una cueva sin explorarla completamente: «esto es lo peligroso de las cuevas: a veces uno no sabe lo profundas que son, o a dónde puede llevar un pasadizo, o lo que te espera dentro».

[42] La leyenda cuenta que el rey británico Vortigern quiso levantar una torre cerca del monte Snowdon para defenderse de sus enemigos, pero lo que construía de día se venía abajo de noche. El joven Merlín recomendó a Vortigern que destapara un estanque que había junto a los cimientos de la torre y lo desecara. En el fondo del estanque dormían dos dragones, uno blanco y el otro rojo, que, tan pronto como despertaron, se pusieron a pelear entre ellos. El dragón rojo, dijo Merlín, era el pueblo británico, y el dragón blanco eran los sajones, que acabarían imponiéndose. Entonces el dragón rojo se pondría «muy rojo», cubierto de sangre a causa de la derrota. Se supone que esto tuvo lugar en Dinas Emrys, en Gwynedd, Gales, aquí llamado *Caerdragón,* «castillo [o fortaleza] del dragón». El manuscrito dice Caervyrddin, «fuerte de Myrddin [Merlín]» (o sea, Carmarthen Dyfed), cambiado por *Caerddreichion;* después esta palabra fue tachada y sustituida por *Caerdragón* en el primer original mecanografiado.

[43] Del galés *Teir Ynys Prydein,* en el que *ynys* (literalmente «isla») significa «dominio», o sea, los tres dominios de Gran Bretaña: Inglaterra, Escocia y Gales.

[44] El pico más alto de Gales (1.100 metros), situado en Snowdonia National Park, Gwynedd. La observación de Tolkien acerca de un hombre que dejó una botella en lo alto del Snowdon es una alusión a la atracción que la montaña ejerce sobre los turistas y también a las basuras que la gente deja allí. En el primer texto Tolkien decía que los visitantes de Snowdon «fumaban cigarrillos y bebían cerveza de jengibre y

dejaban tiradas las botellas».

[45] La palabra galesa *gwynfa (o gwynva)* significa literalmente «lugar blanco (o bendito)», en sentido poético «paraíso» o «cielo». No hemos sido capaces de encontrar un *Gwynfa* en la leyenda o el folklore para aplicarlo a *Roverandom;* pero su conjunción aquí con «la desaparición del rey Arturo» (en el primer texto se dice «la muerte del rey Arturo»), o sea, su traslado al otro mundo (Avalon), sugiere que Gwynfa es un lugar de esa índole, «no lejos del borde del mundo». Compárese tal vez con Gwynyd, el mundo superior, situado en el cielo, de la tradición galesa. También cabe la posibilidad de que ese «lugar blanco» sea el sitio adonde iría un dragón blanco, y que su nombre aluda a *Snowdon,* literalmente «monte nevado». La idea de que la cola de dragón es un manjar delicado aparece también (y en el borrador, más o menos de la misma época) en *Egidio, granjero de Ham* (1949): «Todavía se conservaba la costumbre de servir al rey cola de dragón en el banquete de Navidad» (pág. 27). Pero esa historia tiene lugar antes de los tiempos de los reyes sajones. Tolkien parece indicar que el dragón se marchó para evitar que le dieran caza a causa de su cola. Pero «cuando las colas de los dragones eran estimadas», etc., también sirvió para introducir en el primer borrador mecanografiado un comentario (suprimido) sobre los «reyes sajones»: «una raza feroz [la de los sajones] que algunos franceses no creen que existiera nunca». Christopher Tolkien nos sugirió que esta frase podría ser una crítica al estudioso francés Emile Legouis; y efectivamente en la historia de la literatura inglesa de Legouis y Louis Cazamian, publicada en Inglaterra el año 1926 (antes en francés) se dice que los anglosajones eran un pueblo tranquilo y aposentado (quiere decirse, no una «raza feroz»), y que es imposible encontrar en su literatura un «reflejo de la barbarie germana».

[46] A veces, en los eclipses la luna adquiere un tono rojo cobrizo.

[47] Después de esto, pero marcado para su eliminación, en el texto final aparece: «ningún chico que recorriera en su moto un suburbio en reposo nocturno habría podido hacer más».

[48] El dragón de *La reina de las hadas*, de Edmund Spenser (1590), tiene alas «como dos velas, en las que el viento es apresa do y aprovechado rápidamente».

[49] En los dos casos -dragón volador y dragón mordedor- Tolkien se refiere a la representación de un dragón o una cabeza de dragón que puede abrir y cerrar la boca; lo suelen llevar cómicos enmascarados en Navidad y en procesiones y espectáculos municipales y cívicos.

[50] En esa fecha Gran Bretaña celebra, con fuegos artificiales y hogueras, el descubrimiento y la prevención en 1605 de una conspiración de los católicos para volar el Parlamento. El hecho histórico es conocido también como «noche de Guy Fawkes» de acuerdo con el nombre del más famoso de los conspiradores.

[51] Sobre este punto véase pág. xi. Sigue siendo un misterio cómo consigue el Hombre de la Luna que el Gran Dragón Blanco provoque los eclipses siguiendo un programa («¡Van a provocar un eclipse antes de tiempo!» y «el dragón estaba demasiado ocupado lamiéndose la barriga», págs. 39-40). Pero mucho antes de *Roverandom* existía una tradición en varias mitologías de que los eclipses eran provocados por dragones, pues devoraban, no oscurecían, la luna o el sol.

[52] En «Por qué el Hombre de la Luna bajó demasiado pronto» (véase nota para pág. 24) el Hombre está «cansado... del pálido minarete... Había anhelado tristemente el Fuego, / no las límpidas luces de la selene lánguida / sino una encarnada pira terrestre / con purpúreos resplandores de rosa y carmesí / y una saltarina lengua anaranjada; / y grandes mares azules y los apasionados tintes / del alba joven que baila».

[53] De hecho existe un «búho-águila», cuyas partes superiores son de un marrón negruzco. Sus ejemplares, de gran tamaño y feroces, visitan ocasionalmente Gran Bretaña procedentes de Escandinavia.

[54] Acerca de la similitud del jardín de la luna con la Cabaña de los Hijos de la Tierra de *El libro de los Cuentos Perdidos véase* pág. xvi. En *The Carden behind the Moon*, de Howard Pyle, el héroe, llamado David, también visita el jardín trasero del Hombre de la Luna, donde los niños corretean, juegan y gritan. Como en *Roverandom*, aquí los niños parecen haber viajado al jardín mientras dormían, pues sus cuerpos reales permanecen en la tierra. Sin embargo, David llega al jardín de una manera más prosaica que Roverandom: por las escaleras traseras de la casa del Hombre de la Luna.

[55] Sobre la «Senda de los Sueños», véase pág. xvi. El primer texto incluía, en términos poco elaborados: «“Éste es el valle de los felices soñadores”, dijo el Hombre. “Hay otro pero ahora no vamos a ocuparnos de él, y la mayo ría de la gente que lo ve se alegra de olvidarlo. Algunos de los sueños que tienen aquí duran siempre...”» ; «Yo fabrico la mayoría de los sueños. Algunos los traen ellos, y algunos, lamento decirlo, los hacen las arañas, pero no en este valle, y no si las sorprendo a tiempo. Éste es el valle de los Sueños Felices.»

[56] En la tonada infantil *La anciana madre Hubbard* figuran los versos «Pero cuando regresó / el pobre perro estaba muerto... Ella fue a la taberna / por vino blanco y tinto; / pero cuando volvió / el perro estaba erguido cabeza abajo.»

[57] En *Roverandom* la luna tiene clara mente un lado «blanco» y un lado «oscuro», y al parecer los dos subsisten durante todo el tiempo: un lado «oscuro con un cielo pálido», el otro «pálido con un cielo oscuro». Naturalmente, la luna real conoce el día y la noche (aunque a un ritmo diferente del de la Tierra), y el «lado oscuro» es «oscuro» no porque no reciba luz, sino porque mira siempre al lado opuesto de la Tierra. Aunque la tierra del relato parece plana (véase pág. xvi), la luna es claramente una esfera: Roverandom cae di rectamente en el lado oscuro, y cuando él y el Hombre de la Luna se dirigen a casa ven que la tierra se levanta. John Tolkien no recuerda que a él o a su hermano Michael les sorprendieran tales anomalías cuando su padre les contaba el cuento, y subraya que *Roverandom* fue escrito evidentemente para niños pequeños, para los que tales detalles son meramente parte del aspecto mágico del relato.

[58] *News of the World.* Periódico británico conocido por su sensacionalismo.

[59] Alusión al párrafo «Así me enamoré de la hija más bien vieja y fea de un abogado rico» de la ópera *Trial by Jury [Juicio por Jurado]* (1871), de Gilbert y Sullivan.

[60] En la mitología griega, Proteo y Poseidón son dioses del mar. Neptuno es el equivalente de Poseidón en la mitología romana. Tritón, hijo de Poseidón, es también un dios del mar.

[61] Deidad marina noruega. «Ese estúpido matrimonio» es una alusión a la historia narrada en *Gylfaginning y Skáldaskarpmál* de la *Edda Menor*, de Snorri Sturluson (1178/9-1241). Los dioses prometieron a una hija del gigante que se podría casar con uno de ellos como compensación por la muerte de su padre a manos de Thor, pero, antes de que se efectuara la elección, le permitieron ver los pies de su posible novio. Ella eligió los pies más bellos, esperando que fueran los de Balder, el más bello de los dioses, pero los pies correspondían a Niord. Los comentaristas han discutido sobre el hecho de que Niord tuviera unos pies más bellos que Balder; la explicación de Tolkien de que la giganta eligió a Niord porque tenía los pies limpios «(muy conveniente en casa)» es, por supuesto, una humorada, pero E.V. Gordon, compañero de Tolkien en Leeds, en una nota de su Introducción al noruego antiguo (1927, en la que agradece a Tolkien la sugerencia), decía que Niord tenía los pies tan limpios

porque era dios del mar (presumiblemente, Gordon quería decir con ello que se los lavaba regularmente).

[62] Personaje de las *Mil y una noches* encontrado por Simbad el marino cuando naufragó en su quinto viaje. El viejo pide a Simbad que le transporte a través de un río y éste accede, pero después se encuentra con que no puede quitárselo de encima. Para conseguirlo tiene que emborracharlo y luego matarlo con una piedra.

[63] Una mina de ese tipo colocada en el agua durante la primera guerra mundial. (Evidentemente el Viejo del Mar pretende que lo «transporten» en una de ellas.) Los «botones» son detonadores en forma de pernos.

[64] El huevo de la tonada infantil que, una vez roto, «todos los caballos del rey / y todos los hombres del rey» no pudieron recomponer.

[65] Britania, que «manda en las olas» en una canción popular, es un símbolo de Gran Bretaña. Se la representa comúnmente como una mujer sentada, con un escudo, un tridente (el tenedor) y un león. Britania ha aparecido en las monedas y las medallas británicas desde el reinado de Carlos II.

[66] Literalmente, no te olvides de pronunciar las primeras letras de «Psámatos». Pero como esta historia empezaba cuando Rover dejó de decir «por favor» a Artajerjes, y el dicho «recuerda las Ps y Qs» significa procura portarte bien, el Hombre de la Luna está haciendo también un juego de palabras.

[67] En aquella época, los periódicos no se imprimían en color. *La Flora Marina, Semanario Ilustrado,* uno de los periódicos de los moradores del mar, recuerda a *The Illustrated London News [Las Noticias Ilustradas de Londres].*

[68] Véase pág. xvi. En el lenguaje de los balleneros una «ballena real» es una ballena adecuada para su captura, es decir de la familia de las *Balaenidae,* rica en carne y fácil de capturar.

[69] Alusión al sobrenombre del conocido político británico Lord Palmersron (1784-1865).

[70] Evidentemente, aquí el término debe entenderse en sentido literal, aunque Tolkien alude también a su acepción como equivalente de «marino, lobo de mar».

[71] Gasterópodos marinos que se aferran a las rocas, pero también «funcionarios a los que se considera superfluos y que, no obstante, se aferran a sus cargos» *(Oxford English Dictionary).*

[72] Tolkien sugiere que la magia de Artajerjes tiene sus limitaciones. En el primer texto el pasaje anterior a estas palabras incluye una frase esclarecedora, que aquí ponemos en cursiva: «Artajerjes era real mente un buen mago a su manera, *de los que conocen el truco de hacer conjuros* (de lo contrario, Rover nunca habría vivido estas aventuras)». En su ensayo *Sobre los cuentos de hadas* (1947) Tolkien escribió con desdén acerca del «conjuro de alto rango» como opuesto a la verdadera magia (que Psámatos y el Hombre de la Luna practicaban).

[73] La historia del perro de mar deriva en parte de la saga de Olaf Tryggvason, ambientada en el siglo XIII e incluida en *La saga de los reyes de Noruega,* de Snorri Sturluson. En esta obra Olaf Tryggvason, rey de Noruega durante los años 995-1000 a.C., es derrotado en una batalla naval.

Aunque se arrojó al agua desde su famoso barco, la Larga Serpiente (o Largo Gusano), la leyenda dice que no se ahogó, sino que se salvó a nado y finalmente murió como monje en Grecia o Siria. De hecho, en el manuscrito de *Roverandom* el barco se llama «Gusano Largo», y Tolkien mencionó el barco del rey Olaf con este nombre en la conferencia sobre dragones que pronunció en enero de 1938 en el University Museum de Oxford. El rey Olaf tenía un perro famoso, llamado Vige, que murió de tristeza tras la desaparición de su amo.

[74] De acuerdo con la leyenda, a las sirenas les gusta atraer a los mortales hasta las profundidades del mar, donde mantienen cautivas sus almas. Tolkien distingue a las «ninfas de cabellos dorados» de las «sirenas de cabellos oscuros» (pág. 69), sus precursoras mitológicas.

[75] Grupo de islas en el nordeste de Escocia que fueron colonizadas por los vikingos en los siglos VIII y XIX; en 1476 pasaron a la corona de Escocia.

[76] Todos los lugares que menciona el perro de mar se encuentran en el océano Pacífico: Japón, Honolulu, Hawai; Manila, Las Filipinas; Isla de Pascua, zona occidental de Perú; Thursday Island, frente a Queensland, Australia; y Vladivostok, Rusia.

[77] En Santorini (Thera), mar Egeo, tuvo lugar una erupción submarina en agosto de

1925, un mes antes de que Tolkien contara *Roverandom* a sus hijos.

[78] En el primer texto se dice que Roverandom «no sabía que mientras el poderosísimo hechizo actuaba sobre él Artajerjes no podía aplicarle ningún otro»; pero esto no tenía sentido, pues Artajerjes ya había «hechizado» a Roverandom por segunda vez, cuando lo convirtió en perro de mar. El «fondo del más allá» es cualquier sitio apartado, lejano. En cuanto a «incluso a la Olla» hay que tener presente que después, en el relato, se nos dice que «la Olla» *(Poí)* es una de las dos únicas cuevas suficientemente grandes para alojar a la enorme serpiente de mar; es posible que Tolkien recordara entonces que en un dialecto del norte de Inglaterra *fot* significa «cavidad profunda, abismo, infierno».

[79] Véase la pág. xvi. El primer texto decía: «Fue la ballena la que los llevó a la Bahía del País Hermoso, más allá de las Islas Mágicas, y lejos, al oeste, vieron las costas del País Hermoso, y las montañas de la Ultima Tierra y la luz de País Hermoso sobre las olas.» En la mitología de Tolkien los Mares Sombríos y las Islas Mágicas esconden y protegen a Aman (hogar de los Elfos, y morada de los Valar o dioses) del resto del mundo. Una buena ilustración de esta geografía, de la década de 1930, aparece en *Ambarkanta (La formación de la Tierra Media*, pág. 291), de Tolkien.

[80] Véase pág. xvi. En los primeros borradores del cuento Tolkien empleó el término «tierras ordinarias».

[81] Quiere decir que bebía alcohol en exceso.

[82] Alusión a la serpiente Midgard de la mitología noruega, que serpentea por todo el mundo, pero véase también el pasaje referente a Leviathán en *Libro de Job*, 41 («Cuando se yergue, los poderosos temen»).

[83] La lista desde *primordial* hasta *tonta* es un resumen de las eruditas conclusiones sobre las serpientes de mar, y reminiscencia de un comentario que Tolkien hizo en su conferencia de 1936 sobre *Los monstruos y los críticos* acerca de la «conflictiva babel» de opiniones críticas en torno a *Beowulf.*

[84] Presumiblemente la Atlántida, pues en 1927 la isla hundida de Númenor aún no había entrado en la mitología de Tolkien, y la frase citada aparece ya en el primer texto de *Roverandom.*

[85] Véase también *Egidio, el granjero de Ham:* «[Garm] se topó, tropezó en

realidad, con la cola de Crisófilax Dives, que acababa de aterrizar. Nunca un perro giró sobre su rabo y salió disparado hacia casa con mayor celeridad que Garm; pág. 32.

[86] Alusión al dicho inglés «hasta un gusano se vuelve» (hasta la más débil criatura se vuelve contra sus torturadores si se ve obligada), aquí aplicado en sentido literal a la poderosa serpiente de mar. En la mitología anglosajona y noruega *gusano (worm* y *wyrm)* es una palabra de uso común como sinónimo de dragón o serpiente.

[87] Moluscos gasterópodos, del género *littorina*, con concha turbinada.

[88] Aquí Tolkien recuerda el *ouroboros*, antiguo símbolo de la unidad, la renovación y la eternidad en forma de serpiente que se comía su propia cola.

[89] Tolkien parece sugerir que los peces han sido convertidos por la magia de Artajerjes en criaturas no plenamente marinas (el propio Artajerjes tampoco lo es). En realidad, la mayoría de éstos corresponden, a pesar de sus nombres, a especies reales de la fauna marina.

[90] Una silla grande sobre ruedas para inválidos.

[91] Los trece párrafos que siguen a la petición de Roverandom fueron en su mayor parte un añadido a la segunda versión (primer original mecanografiado). En el primer borrador el brujo simplemente «atrapó a Roverandom y le dio tres vueltas y dijo "Gracias, esto va a funcionar estupendamente", y Roverandom comprobó que volvía a ser como antes de tropezar con Artajerjes aquella mañana en el césped». Pero esto habría presentado a Artajerjes como algo más que un «artífice de conjuros» (y habría destruido también sus hechizos en esta versión); véase nota de pág. 72.

[92] Azúcar confitado que se vende tradicionalmente sujeto a un palito en las playas británicas. La variante más conocida es blanca por dentro con una fina capa exterior pegajosa de color rosado y a me nudo el nombre de la playa (en este caso tal vez PAM) escrito en el núcleo blanco con azúcar confitado de otro color.

[93] En la década de 1920, por motivos de pudor, nadie se cambiaba de ropa y se ponía el traje de baño en la playa. Unos se cambiaban en tiendas, otros en vehículos que los bañistas acercaban a la orilla del mar. El bañista entraba en él por una puerta que daba a tierra, se cambiaba dentro y salía por otra puerta que daba directamente al mar.

[94] *Motor* equivale aquí a motorcar, que significa automóvil. En las páginas de *Roverandom* Tolkien expresa su preocupación por la contaminación ambiental y los efectos de la industrialización. El hombre que sube al Snowdon ensucia el lugar; el aceite combustible provoca una tos horrible a Niord; Artajerjes se cuida de retirar las basuras que sus clientes dejan en la playa; y el tráfico, aunque mucho menor en los tiempos de Roverandom que en la actualidad, era ya excesivo para los gustos de Tolkien. Véase también su poema *Progress in Bimble Town [Progreso en Bimble Town],* publicado en 1931, que, de acuerdo con Carpenter (*Biografía*, pág. 123), refleja los sentimientos de Tolkien hacia Filey después de la visita que hizo a esta localidad en 1922. En los escaparates de las tiendas de Bimble Town vio: cigarrillos *y* goma de mascar (envueltos en papel, empaquetados en cajas de cartón, para que la gente los tire en la hierba y en la playa); garajes ruidosos, donde gente muy trabajadora, mugrienta, golpea y grita, y los motores zumban y las luces permanecen encendidas durante toda la noche, ¡ruido jubiloso! A veces, en medio de él (cosa rara) se pueden oír los gritos de los chicos; a veces, tarde, cuando las motocicletas no pasan con un chillido, uno oye débilmente (si le gusta) el mar tranquilo en la playa. ¿Cómo? Removiendo cáscaras de naranja, amontonando pieles de plátano, retirando papel, tratando de triturar una masa de botellas, paquetes, latas, antes de que llegue un nuevo día con más, antes de que, a la mañana siguiente, los autocares, tras parar junto a la puerta del viejo albergue con humo y estruendo, con resoplidos y rugidos, lleven más gente a dios-sabe-donde y a-ellos-no-les-preocupa, a Bimble Town, donde la calle, que una vez fue hermosa, con muchas casas desciende en escalones.